

DOCUMENTOS DE HISTORIA DE ESPAÑA

INDICE

PRIMERA ETAPA: 1931-1933

1 - Andrés Nin:

- LA CAIDA DE LA MONARQUIA.-
- EL CARACTER DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA.-
- PERSPECTIVAS.-
- LA TACTICA DE LOS COMUNISTAS.-

2 - PCE:

- EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA Y LA REPUBLICA.-

3 - PCE:

- LOS PARTIDOS REPUBLICANOS EN EL PODER. *

4 - Andrés Nin: LA HUELGA GENERAL DE ENERO Y SUS ENSEÑANZAS. *

- UNA BATALLA IMPORTANTE.
- EL CARACTER Y LA EXTENSION DEL MOVIMIENTO EN CATALUÑA.
- LA INOPORTUNIDAD POLITICA DEL MOVIMIENTO.
- LOS ERRORES ESTRATEGICOS Y TACTICOS.
- EL ARTE DE LA INSURRECCION.
- UN HECHO DE GRAN IMPORTANCIA POLITICA.
- ¡POR LOS SOVIETS!
- LA HUELGA Y LOS OBREROS SOCIALISTAS.
- EL TRISTE PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA OFICIAL.
- LA HUELGA Y LA CRISIS INTERIOR DE LA C.N.T.
- EL DEBER DEL MOMENTO.

5 - PCE:

- LA AMENAZA FASCISTA. *
- LA C.E.D.A. *
- ESPAÑA EN LOS PAISES BELICOS DE LAS POTENCIAS IMPERIALISTAS. *

6 - Joaquín Maurín:

- EL PARTIDO SOCIALISTA. *
- LOS ANARQUISTAS.
- LOS COMUNISTAS.

7 - Andrés Nin:

- LA SITUACION POLITICA ESPAÑOLA Y LOS COMUNISTAS. *

SEGUNDA ETAPA: 1934-1936

1 - Fernando Claudín: LA EXPERIENCIA FRENTISTA.

- RECUPERACION CAPITALISTA Y CONTRAOFENSIVA OBRERA.
- EL VIRAJE DE 1934.
- SEPTIMO CONGRESO de la INTERNACIONAL COMUNISTA.

2 - Joaquín Maurín:

- POSIBILIDADES FASCISTAS.

3 - José Peirats: DE LAS ELECCIONES DE NOVIEMBRE A LA REVOLUCION DE OCTUBRE.

- ALIANZA REVOLUCIONARIA, SI! OPORTUNISMO DE BANDERIA, NO!
- LA UNIDAD COMBATIVA, CUESTION DE VIDA O MUERTE.
- SITUARSE FRENTE A LA UNIDAD ES SITUARSE FRENTE A LA REVOLUCION.

- NEGOCIOS DE PARTIDO, NO!
- TAMBIEN LOS SOCIALISTAS.
- PLATAFORMA DE ALIANZA.
- DEMOCRACIA OBRERA REVOLUCIONARIA.
- LINEAS DIRECTRICES.

4 - PCE:

- LA LUCHA POR LA UNIDAD OBRERA.
- EL MOVIMIENTO DE OCTUBRE.
- FRANCO, VERDUGO DE ASTURIAS.
- LOS "AFRICANISTAS" en el MINISTERIO DE LA GUERRA.
- SE FORMA EL FRENTE POPULAR.
- LAS ELECCIONES DEL 16 DE FEBRERO.

5 - Andrés Nin: REACCION Y REVOLUCION EN ESPAÑA.-
LA REVOLUCION DE OCTUBRE DE 1934.-

- LAS ELECCIONES DEL 19 DE NOVIEMBRE.
- ¿QUE ES EL FASCISMO?
- LA PEQUENA BURGUESIA Y EL FASCISMO.
- LA EXPERIENCIA DE ITALIA Y ALEMANIA.
- LA POLITICA DE LOS GOBIERNOS DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA HA PREPARADO EL AVANCE DE LA REACCION.

6 - Andrés Nin:

LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCION ESPANOLA (1931-1937)

7 - Joaquin Maurin:
LA EXPERIENCIA DE UNA INSURRECCION FRACASADA.

TERCERA ETAPA: 1936-1939

(del libro GUERRA Y REVOLUCION EN
ESPAÑA 1936-1939; PCE)

1 - DEFENSA Y RENOVACION DE LA REPUBLICA:

- COMITES DE FRENTE POPULAR.
- UNA NUEVA REPUBLICA.
- COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS.
- PRIMERAS DISPOSICIONES REVOLUCIONARIAS.
- LA JUSTICIA REPUBLICANA.
- MEDIDAS ECONOMICAS.

2 - LA INTERVENCION MILITAR DE ALEMANIA E ITALIA:

- ORGANIZACION Y PROPORCIONES DE LA INTERVENCION ALEMANA.
- LA ACCION DE MUSSOLINI EN ESPAÑA.
- LOS OBJETIVOS DE HITLER Y MUSSOLINI.

3 - LA Falsa NEUTRALIDAD DE EE.UU.:

- LA LEY DE EMBARGO.
- EL SUMINISTRO DE PETROLEO A FRANCO.
- BOMBAS YANQUIS SOBRE BARCELONA.
- LA "NO INTERVENCION".
- PRIMERAS FELONIAS.
- UNA MONSTRUOSIDAD JURIDICA Y POLITICA.
- DOBLEZ BRITANICA.
- TEMORES DE LOS SOCIALISTAS FRANCESES.

EDITA: CIRCULOS OBREROS COMUNISTAS

DOCUMENTOS DE HISTORIA

ESQUEMA DE LA ETAPA QUE VA DESDE 1931 a 1939: DE ESPAÑA

1. Etapa 1931-1933

- a) El carácter de la República Española.
- b) Las Organizaciones Políticas en presencia: Republicanos, Anarquistas, Socialistas y Comunistas.
- c) Análisis y balance del bienio azañista: de la ley de Defensa de la República y la de Vagos y Maleantes a la represión de Casas Viejas y la Insurrección de Enero de 1933.

2. Etapa de 1934-1936

- a) El peligro fascista.
- b) Los intentos de unidad en el seno del M.O.: inicios del Frente Popular y planteamientos de la Alianza Obrera.
- c) Octubre de 1934: el carácter de la REVOLUCIÓN ESPAÑOLA.
- d) Las elecciones de 1936
- e) Análisis y balance del bienio negro o radical-cedista: el auge de las derechas, la búsqueda de soluciones para la unificación obrera, la radicalización de los socialistas, las maniobras de los stalinistas.

3. Etapa de 1936-1939

- a) El carácter del gobierno de Frente Popular.
- b) España, eslabón débil en la cadena imperialista, la intervención extranjera, la falsa neutralidad norteamericana, la no-intervención.
- c) Ganar la Guerra para defender la República o ganar la guerra para proseguir la Revolución: el dilema en el seno del MOVIMIENTO OBRERO.
- d) Los problemas del poder: los gobiernos de Giral, Largo Caballero y Negrín. Los anarquistas en el poder.
- e) Las crisis de Mayo de 1937: los stalinistas aseguran la contrarrevolución en las filas del MOVIMIENTO OBRERO.
- f) Análisis y balance de la guerra de España.

FCE : LOS PARTIDOS REPUBLICANOS EN EL GOBERNACION (1931-33)

El primer Gobierno de la República estaba presidido por Alcalá Zamora, terrateniente andaluz, católico, antiguo ministro del rey que, con Miguel Maura, fundó, en Abril de 1930, el Partido de la Derecha Liberal Republicana, donde se agrupaban aquellos sectores de la gran burguesía y de los terratenientes que veían en el advenimiento de una república dirigida por ellos el medio de conservar al máximo la estructura económico-social del país.

Formaba también en la derecha del gobierno el Partido Radical dirigido por Alejandro Lerroux, viejo político republicano de turbia historia, que se había creado cierta popularidad en Barcelona explotando el gesto demagógico y la frase anticlerical. Inactivo durante la dictadura primoriverista, el Partido Radical consiguió capitalizar, en los años 1930-1931, el desplazamiento hacia la República de una parte de la burguesía de Levante, Andalucía, Cataluña y otros lugares. Su equipo dirigente, constituido por elementos como Emilio Iglesias, Ricardo Samper, Salazar Alonso, el exministro de la Monarquía Santiago Alba y el propio Lerroux, estaba ligado a las zonas más oscuras de la oligarquía firaniera.

A finales de 1931, como resultado de los choques producidos entre los propios ministros al ser discutida la Constitución - en particular los artículos referentes a la Iglesia - y bajo la presión de la lucha de las masas populares, del Gobierno republicano socialista salieron sucesivamente los representantes de la Derecha Liberal y del Partido Radical.

Se formó un nuevo gobierno presidido por Manuel Azaña e integrado por los siguientes partidos: el de Acción Republicana, cuyos dirigentes eran el nuevo presidente del gobierno y José Giral, y en el que se agrupaban amplios sectores de la pequeña y media burguesía comercial e industrial, campesinos, funcionarios, hombres de profesiones liberales e intelectuales, especialmente de Castilla, Levante, Aragón y otros puntos.

El Partido Radical Socialista -dirigido por Alvaro de Albornoz, Marcelino Domingo y Ángel Galarza- que, fundado en el período de la dictadura de Primo de Rivera, había conseguido atraer a sus filas a sectores populares -particularmente en Levante, León, Andalucía y Tarragona- defraudados por la política colaboracionista del Partido Socialista con el dictador, representaba con frases y ademanes izquierdistas y con frecuencia demagógicas, el radicalismo verbal y la acción vacilante, típicos de la pequeña burguesía.

Figuraba asimismo en el gobierno la Organización Republicana Gallega autonomista (O.R.G.A.), presidida por Casares Quiroga, que en 1934 se integraría con Acción Republicana y con una fracción de los radicales socialistas en un nuevo partido, Izquierda Republicana, encabezado por Azaña.

En Cataluña, donde el coronel Maciá era el símbolo y la figura cumbre del movimiento nacional, las principales fuerzas de la burguesía urbana y rural se agruparon en el Partido de Esquerra Republicana de Cataluña, entre cuyos dirigentes estaban Luis Companys y José Carner, ministro de Hacienda en el Gobierno de Azaña.

Al lado de estas organizaciones políticas, participaba en el gobierno el Partido Socialista Obrero Español, representado por Largo Caballero, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos.

-2-

Ante el Gobierno Azaña -cuya constitución significaba un paso hacia la izquierda- se abría de nuevo la posibilidad efectiva de desarrollar la revolución democrática. Desgraciadamente no se hizo.

Fue la segunda ocasión perdida por la República.

Influyó no poco en este fracaso la personalidad de Manuel Azaña, que gozaba de gran ascendiente sobre sus ministros. Típico representante de la intelectualidad liberal, orador brillante y destacado publicista, Azaña no era un hombre de acción.

Al igual que el resto de los gobernantes republicanos, actuaba más atento a no herir a las clases y castas que habían sido desplazadas del poder, que a dar satisfacción con una política ampliamente democrática a las masas que habían derrocado la Monarquía.

La no disposición de los dirigentes republicanos a hacer cambios profundos, especialmente en el campo, necesidad vital para el ulterior desarrollo económico del país, fue expresada por Azaña en sus declaraciones a un periodista inglés, representante de la London General Press:

"Al estallar la revolución -dijo Azaña- todos esos parias se regocijaron. Se les había dicho que su salvación estaba a las puertas y que la tierra que les había sido negada se les repartiría generosamente de acuerdo con sus necesidades... Al aplicarse a la reforma de un Estado, no basta con decir: Haré esto o lo de más allá; cogeré la tierra perteneciente a la aristocracia, que la tiene en barbecho, y la distribuiré entre los pobres y miserables agricultores, que, año tras año, la han regado con el sudor de su frente a cambio de un jornal diario que cualquier obrero francés o inglés hubiera desdenado. El Gobierno republicano ha hecho, seguramente de buena fe, muchas promesas, pero sin tener en cuenta los medios de realizarlas".

Por su parte, Marcelino Domingo, precisamente el ministro encargado de la Reforma Agraria, escribía que, a diferencia de otras revoluciones, cuyo eje había sido el problema de la tierra,

"el sentido profundo de la revolución española fue éste: entrar España en la ley, vivir España plenamente, dignamente, la vida del derecho".

No es extraño que con tales conceptos las discusiones sobre la Reforma Agraria durasen 17 meses en el Parlamento. No menos de seis proyectos de ley fueron presentados sucesivamente. En la práctica, a los dos años y medio de instaurada la República, en un país con más de cuatro millones de campesinos pobres y obreros agrícolas, sólo habían recibido tierra 12.260 campesinos.

La masa rural española seguía viviendo en durísimas condiciones:

"Habitan chozas y cabañas, cuevas y viejos silos, en promiscuidad con las bestias; comen alimentos corruptos y beben aguas infec-
tas; ignoran lo que sea higiene, cultura, hospitales, ferrocarriles, libros, periódicos y teatros". (Cristóbal de Castro)

A los cinco años de República subsistían en España sangrientos anacronismos feudales, denunciados en parte por el periódico de Acción Católica, en el que se decía lo siguiente:

"...El término municipal de Garciez (Jaén) constituye una finca de un solo propietario; el término de Castellar de la Frontera (Cádiz) del que el 94 % de su extensión, 17.000 hectáreas, pertenecen a un solo propietario; el término de Otívar (Granada) del que el 92% de su extensión constituye una sola finca de 5.000 hectáreas".

La propiedad latifundista seguía predominando en el campo.

En relación con las grandes empresas capitalistas, los gobernantes de la República siguieron el mismo derrotero. No se tomó ninguna medida de nacionalización de servicios públicos ni de restricción de los privilegios y beneficios de las compañías monopolistas ni de los bancos.

Pese a las rotundas afirmaciones del dirigente socialista Indalecio Prieto, no fueron reducidos ni limitados los privilegios abusivos del capital norteamericano, dueño de la Telefónica, que la dictadura de Primo de Rivera había concedido a la International Telegraph and Telephone Co., del grupo Morgan.

El capital extranjero quedó intacto.

El Banco de España, llamado a financiar la Reforma Agraria y el programa de obras públicas, no fue convertido en Banco del Estado español; continuó en manos de la oligarquía financiera, que desde su Consejo de Administración saboteaba impune, pero eficazmente, las tímidas reformas republicanas. Ni siquiera fue modificado de manera apreciable el sistema fiscal español, hecho a la medida de las clases oligárquicas.

Cuando Marcelino Domingo, siendo ministro de Economía, decidió constituir un "Consejo Ordenador de la Economía Nacional", con cierta orientación planificadora, incluyó en dicho Consejo a los propios agentes del gran capital monopolista.

Para comprobarlo basta señalar cuál ha sido la carrera ulterior de algunas de esas personalidades seleccionadas por Marcelino Domingo, entre las que figuraban: Pedro Gual Villalbí (nombrado ministro del Gobierno de Franco en 1957); Epifanio Ridruejo (Gobernador del Banco de España, nombrado por el gobierno de Franco); Antonio Garrigués (ex embajador del Gobierno de Franco en Washington y actualmente en el Vaticano), etc. Estos datos confirman hasta qué punto el aparato estatal de la República, incluso en el período en que los socialistas participaban en el poder, estaba mediatisado y controlado por la oligarquía financiera.

Tampoco fue abordado de manera correcta el problema nacional de Cataluña, Euzkadi y Galicia, que es una herida permanente abierta en el costado de España. La Monarquía intentó ahogar, bajo el peso de un centralismo absorbente, las aspiraciones y derechos de estas nacionalidades. Y sólo consiguió lo contrario: estimular un amplio y profundo movimiento nacional.

La República estaba obligada a resolver este problema sobre una base auténticamente democrática, única forma de fortalecer la unidad del Estado español. Pero los partidos republicanos y el Partido Socialista, en lugar de defender el Estatuto de Cataluña -vetado por las Cortes tras encarnados debates en septiembre de 1932- como una causa de interés común para toda la democracia española, presentaron el Estatuto como una desgracia para España, que no se podía eludir por la "intransigencia catalana". Esta política vacilante e inconsecuente facilitaba, por una parte, la demagogia chovinista de la reacción centralista, que acusaba a la República de debilitar la unidad de España. Por otra, estimulaba las corrientes separatistas en Cataluña.

Por añadidura, la negativa del gobierno a otorgar el Estatuto a Euzkadi y a Galicia, y a resolver los problemas peculiares de Navarra debilitaba a la democracia española y abonaba el terreno para el desarrollo de las actividades antirrepublicanas de las fuerzas más reaccionarias, especialmente de las de Navarra.

A la cortedad en las obras, se contraponía la exuberancia discursante de los gobernantes republicanos, que tuvo manifestaciones particularmente negativas en la cuestión religiosa.

El anticlericalismo del Gobierno republicano - plasmado en la tan impolítica como falsa apreciación de Azaña: "España ha dejado de ser católica" - no amenguaba, ciertamente, ni la influencia, ni el poderío financiero de la Iglesia. En cambio facilitaba la lucha contra la República y la democracia de las fuerzas de extrema derecha con el pretexto de la defensa de los sentimientos católicos de los españoles. Error de demagogia, que alejaba de la República a muchas gentes, que enfriaba los fervores republicanos de otras.

En el terreno de las relaciones internacionales, la política de la República continuó, en aspectos esenciales, la orientación de la Monarquía.

Y si bien se insertó en la constitución una solemne declaración de renuncia a la guerra, el Gobierno republicano no hizo nada por afirmar una política exterior española verdaderamente independiente.

Las presiones de las grandes potencias imperialistas, particularmente de Londres y París, determinaban en gran medida las decisiones del Palacio de Santa Cruz (Residencia del ministro de Estado), donde los diplomáticos monárquicos seguían ocupando puestos clave.

Así pudo darse el hecho de que el Gobierno republicano, con participación socialista, tardara más de dos años en reconocer a la Unión Soviética, reconocimiento que quedó, además, en el papel, pues no llegó ni siquiera al intercambio de misiones diplomáticas.

(ANDRES NIN) 1931-1933

LA HUELGA GENERAL DE ENERO Y SUS ENSEÑANZASUNA BATALLA IMPORTANTE

El proletariado español acaba de sostener una nueva batalla. El enemigo de clase ha obtenido una victoria una vez mas. Las cárceles de la República están atestadas de obreros. El vapor Buenos Aires, convertido en prisión flotante, espera, en el puerto de Barcelona, la orden de zarpar para conducir a la deportación a centenares de trabajadores. La burguesía, superados los primeros momentos de miedo, respira satisfecha. Se ha salvado el orden. Se ha salvado el derecho de propiedad. La clase obrera está vencida.

¿Vencida? Ha sufrido -no se puede negar- un rudo golpe. La derrota ha producido una desmoralización indudable -e inevitable- entre una buena parte del proletariado. Sus organizaciones de combate atraviesan una profunda crisis: unas han sido clausuradas, otras ven disminuir sus efectivos. La confianza en el triunfo ha menguado.

Pero no se apresure la burguesía a cantar victoria. No es esta la primera vez que considera a la clase obrera aplastada, y que esta vuelve a erguirse con un vigor redoblado para reanudar el combate. A pesar de los graves errores políticos y tácticos cometidos, el levantamiento de enero marcará una etapa importantísima en el desarrollo de nuestro movimiento obrero en general y de nuestra revolución en particular. La derrota es temporal. Las organizaciones se constituirán rápidamente y el movimiento proletario, estimulado por la situación revolucionaria por que atraviesa nuestro país, recobrará un nuevo impulso.

La revolución proletaria no es la obra de un día ni el resultado de un golpe de mano audaz, sino que se compone de una larga cadena de errores y de aciertos, de derrotas y de victorias. La clase obrera no puede aprender más que valiéndose de su propia experiencia. Del provecho que saque de esta depende que el camino que ha de conducirle a la victoria sea más o menos largo, más o menos penoso. De aquí la inmensa importancia que tiene estudiar detenidamente todas las grandes batallas de clase, analizando sus lados fuertes y sus lados flojos y elaborando, con ayuda de éste, la estrategia y la táctica de que ha de valerse el proletariado para abatir al enemigo y conseguir su emancipación.

El movimiento de enero ofrece, en este sentido un copioso material de estudio que sería suicida despreciar. Los errores cometidos no deben repetirse. La clase obrera ha salir de este combate enriquecida con un caudal de experiencia que ha de utilizar para las nuevas batallas que se avecinan y que -esperémoslo- se verán coronadas por la victoria.

EL CARÁCTER Y LA EXTENSIÓN DEL MOVIMIENTO EN CATALUÑA

1932

El movimiento se inició el martes 19, en Figols, entre los mineros. El jueves 21 se declaraba la huelga general en Manresa y el movimiento se extendía rápidamente a un gran número de pueblos de la comarca del Car-

dona y del Alto Llobregat (San Vicenç de Castellet, Sallent, Berga, Suria, Cardona, Navarcles, Serchs, etc.). El movimiento toma, desde el primer momento, un carácter netamente revolucionario: los obreros ocupan los ayuntamientos e izan la bandera roja en los balcones de los mismos, desarman a los somatenistas, cupan las centrales telefónicas levantan las vías férreas, se incautan de los depósitos de dinamita, requisan los víveres de los economatos atacan con explosivos los cuartellos de la guardia civil etc. Sin embargo, los actos de violencia son mínimos. Los obreros se conducen con una moderación sin precedentes en las revueltas obreras catalanas.

El movimiento completamente inesperado, suscita una gran emoción en toda Cataluña. La burguesía pasa por unos momentos de pánico. El proletariado, perplejo, espera órdenes de los organismos directivos de la CNT, la central revolucionaria que, a pesar de todos los errores de sus dirigentes, sigue conservando un gran prestigio y ejerciendo la hegemonía indiscutible en el movimiento obrero de Cataluña. El jueves por la noche se reúne en Barcelona el comité de la Confederación Regional del Trabajo con los representantes de las principales organizaciones sindicales catalanas. Un cierto número de delegados, los comunistas entre ellos, aboga por la declaración de la huelga general de solidaridad en toda Cataluña para la mañana siguiente. Pero el Comité Regional, en el cual predominan los elementos oportunistas del llamado "grupo de los treinta" se opone a la huelga y consigue imponer su criterio. Y como si esto no fuera bastante, al día siguiente un delegado de dicho comité sale para la región de la huelga, con la cooperación directa de las autoridades barcelonesas -según se afirma-, para recomendar la vuelta al trabajo.

Esta intervención y la llegada de un verdadero ejército de ocupación determinan el fin de la huelga. No se producen colisiones de gravedad. Setecientos cincuenta mineros se retiran a las montañas. Muchos de ellos serán detenidos al regresar a los pueblos unos días después. El viernes por la noche, el movimiento está virtualmente liquidado.

Aquella misma noche la Federación local de sindicatos de Barcelona, en la cual predominan los elementos de la FAI, decide, con una oportunidad manifiesta, ir a la huelga general catalana al día siguiente. Segundo al movimiento los obreros de los tranvías, de los autobuses, de los ferrocarriles de Cataluña y del Metropolitano, y aproximadamente el 50% de los de las fábricas y talleres. No se cierra una sola tienda. Siguen abiertos los cafés y restaurantes. La ciudad ofrece un aspecto normal. El fracaso de la huelga es evidente, y la Federación local acuerda la vuelta al trabajo para el lunes.

En el resto de Cataluña secunda el movimiento únicamente Lérida, cuya organización sindical se halla dirigida por elementos del Bloque Obrero y Campesino.

Fuera de Cataluña, paralelamente, van desarrollándose una serie de movimientos de una cierta importancia. Entre el 22 y el 25 estallan huelgas generales en Málaga, Sevilla y algunos pueblos de la provincia, Alcoy, Valencia y su provincia (Utiel, Montserrat, Turís, Godella, etc.) en varias poblaciones de las provincias de Huesca y Teruel, en la Coruña, Pontevedra y Santiago de Compostela, y huelgas parciales en Alicante y Algeciras.

El movimiento adquiere un carácter incontestablemente revolucionario en algunos puntos, y muy particularmente en la provincia de Valencia, en las de Teruel y Huesca y en Alicante: se cortan las líneas telegráficas, se pega fuego a los archivos municipales y a alguna iglesia, se izza asimismo la bandera de la revolución en varios ayuntamientos y en algunas localidades en que no se ha secundado la huelga, se intenta asaltar el cuartel de la guardia civil (como ocurrió en Aledín, provincia de Granada) y ocupar las centrales telefónicas (como sucedió en Vizcaya).

Este era, traído a grandes rasgos, el cuadro que ofrecía España en la última semana del mes de enero. Si se añaden a este cuadro las agitaciones campesinas esporádicas surgidas en Andalucía, con actos de expropiación como el realizado el 23 en Gibraleón (Huelva) en la finca de Veguerilla -para citar únicamente uno de los más característicos- se tendrá una idea de la atmósfera caldeada que se respiraba por aquellos días en nuestro país y de la extensión y profundidad del movimiento.

LA IMPORTUNIDAD POLÍTICA DEL MOVIMIENTO

Una vez puesta de relieve la importancia del movimiento, cabe preguntar si las circunstancias eran políticamente favorables a una insurrección proletaria victoriosa? Hay que contestar a esta pregunta con una negativa rotunda.

Desde la huelga de septiembre acá las ilusiones democráticas de las masas obreras han disminuido considerablemente; es más, se puede afirmar sin vacilar que la parte más consciente y avanzada del proletariado se ha librado casi completamente de estas ilusiones, tan arraigadas durante los primeros meses de la República. Entre esta parte avanzada se va afirmando cada vez más la convicción de que solo la insurrección proletaria puede resolver la crisis por que atraviesa el país y llevar hasta sus últimas consecuencias el desarrollo del proceso revolucionario. Pero la evolución de la conciencia de la mayoría de la clase obrera ha sido mucho más lenta. A pesar de su importancia incontestable, el movimiento de enero no ha arrastrado más que a una minoría, del proletariado. Dos centros industriales tan importantes como Asturias y Vizcaya no han secundado la huelga. En todos las poblaciones en que la Unión General de Trabajadores es predominante los obreros, dóciles a las órdenes de sus dirigentes, han ido todos al trabajo. A pesar de los hechos aislados a que hemos aludido, las grandes masas de obreros agrícolas y de campesinos pobres de Andalucía, Extremadura y Castilla no se han movido. De aquí se puede sacar la conclusión incontrovertible de que el espíritu revolucionario no ha hecho aún presa entre la gran mayoría de las masas obreras y campesinas, y de que las ilusiones democráticas de las mismas, aunque quebrantadas, ejercen aún una cierta seducción sobre ellas.

¿Y las masas pequeño burguesas urbanas? en éstas, si el entusiasmo por la República ha disminuido considerablemente, no se nota aún, ni mucho menos, una tendencia favorable a la revolución obrera, la cual les inspira más bien temor que confianza. En Cataluña esperan mucho, si no todo, de la implantación del Estatuto. En el resto de España creen todavía en la posibilidad de una política de izquierda, y una parte de ella vuelve los ojos hacia Léon y Maura, en los cuales ven a los hombres capaces de "acabar con el desorden" y darles la posibilidad de dedicarse - "en paz" - a sus negocios.

Finalmente la burguesía no se ha jugado aún la última carta; económicamente, aunque quebrantada, no se deja llevar por la desesperación: la situación considerablemente más grave, del capitalismo en otros países la consuela y la anima, y no se halla "en la imposibilidad de mantener integralmente su dominación", uno de los indicios que, según Lenin, indican la proximidad de la revolución.

En estas circunstancias, la victoria de la revolución proletaria es imposible. Esta solo puede triunfar cuando la burguesía se siente desmoraliizada y la mayoría de la población (la masa obrera, los campesinos y la pequeña burguesía urbana) apoyan a la vanguardia revolucionaria, o cuando el proletariado consigue, por lo menos, neutralizar a los sectores pequeñoburgueses.

Añadamos a esto que la clase obrera no cuenta con los elementos indispensables para triunfar: organizaciones revolucionarias de masas tales como los soviets y un gran partido comunista. "Para un marxista -dice Lenin- es un axioma que no es posible ninguna revolución si falta la situación revolucionaria (...). Toda situación revolucionaria no engendra necesariamente una revolución, porque esto no se realiza más que cuando a los factores objetivos se une el factor subjetivo, es decir, la aptitud de la clase revolucionaria para la acción revolucionaria, la aptitud de las masas, suficientemente fuertes para derribar o hacer tambalear al gobierno, el cual, incluso en el apogeo de las crisis, no "caerá si no se le hace caer".

En la última semana de enero, ni las condiciones objetivas ni las subjetivas eran favorables a una insurrección proletaria victoriosa.

LOS ERRORES ESTRATEGICOS Y TACTICOS

El gobierno ha pretendido presentar el movimiento como un vasto complot, perfectamente organizado que se proponía como fin derribar la República. El complot -según el ineфable Casares Quiroga- "estaba dirigido desde el extranjero por cierta persona que conoce los manejos de esta clase" y que el día 9 (!que admirable precisión!) había girado a España dos millones de pesetas.

En realidad, no ha habido plan, en el verdadero sentido de la palabra. De haber existido, el gobierno no habría sofocado el movimiento con tanta facilidad. Si las premisas políticas del levantamiento eran desfavorables, la estrategia y la táctica del mismo han adolecido de defectos gravísimos.

El error fundamental del movimiento consistió en haberlo iniciado en la periferia y no en el centro. Los grandes levantamientos populares han de iniciarse en los centros industriales importantes, que son los puntos neurálgicos del país y ejercen una influencia decisiva en el resto del mismo. Las revoluciones europeas del 48 estallaron en París, en Berlín, en Viena. La revolución húngara se produjo en Budapest; la finlandesa en Helsingfor. Las dos revoluciones rusas de 1917 surgieron en Petrogrado. El resto del país siguió.

La huelga, por la ausencia de las condiciones objetivas y subjetivas que hemos aludido más arriba, no podía perseguir más que un fin limitado: demostrar la fuerza y la cohesión de la clase obrera, advertir a la burguesía que estaba en pie de guerra, dispuesta a defenderse y atacar. Pero para que el proletariado pudiera secundar una huelga de esta índole era preciso asignar a la misma un objetivo... la instauración del "comunismo libertario", es demasiado abstracto y vago para levantar a las masas. En Barcelona, la Federación Local se limitó a lanzar la orden de huelga, sin asignar a la misma ninguna finalidad, sin publicar una sola hoja. En estas condiciones el fracaso era inevitable. Si la huelga se hubiera declarado el viernes por la mañana, limitando su duración a veinticuatro horas o cuarenta y ocho como máximo, señalándole como objetivo la solidaridad con los huelguistas del Cardoner y del Alto Llobregat, es indudable que el movimiento hubiera sido secundado únicamente y la clase obrera habría hecho una magnífica demostración de fuerza. Digamos, de paso, que la clase obrera española hubiera podido aprovechar para ello con anterioridad las circunstancias excepcionalmente favorables que le ofrecía la ignominiosa matanza de Arnedo.

Finalmente, otro de los errores fundamentales fue el declarar la huelga general en Barcelona el siñado. No creemos sea necesario insistir para demostrar que este dia es el menos indicado para ir a un paro general. Cualquier obrero lo comprenderá sin necesidad de argumentos. El hecho no tiene precedentes -que sepamos- en la historia de nuestras luchas proletarias, y la Federación Local de Barcelona no podfa ignorar que al no tener en cuenta esas circunstancias desfavorables iba inevitablemente a un fracaso rotundo. Que es lo que ocurrió.

CNT

EL ARTE DE LA INSURRECCION

La insurrección es un arte, hemos afirmado repetidamente los comunistas, basindose en las enseñanzas de nuestros grandes maestros. El movimiento de enero ha puesto de manifiesto algunos progresos sensibles en este sentido; pero !cuando deja aún que desear desde el punto de vista del arte de la insurrección! Esto ha de inducir a nuestra vanguardia revolucionaria a estudiar seriamente la técnica de la insurrección, tomando como base orientadora las palabras clásicas de Marx, que tanto gustaba Lenin de repetir y que no vacilamos en reproducir íntegramente. De tan fundamental importancia las consideramos. Hélas aquí:

"La insurrección es un arte, y se halla sujeta a ciertas reglas, cuya negligencia trae aparejada la ruina del partido que incurra en ella. Estas reglas, que son deducciones de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que se debe contar en semejante caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 ha bastado para enseñárlas a los alemanes. En primer lugar, no jugadis nunca con la insurrección si no estais dispuestos a afrontar todas las consecuencias de vuestro juego. La insurrección es un cálculo von unidades de magnitud desconocida, cuyo valor puede variar todos los días; las fuerzas contra las cuales combatís tienen sobre vosotros la ventaja de la organización, de la disciplina, e la autoridad tradicional. Si no podeis oponerles fuerzas superiores, sereis vencidos, estais perdidos. En segundo lugar, una vez entrados en la carrera revolucionaria, obrad con la mayor decisión y tomad la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo levantamiento armado; está perdida antes de medir sus fuerzas con el enemigo. Atacad a vuestros adversarios de improvviso, mientras sus tropas están diseminadas; alcanzad todos los días nuevos éxitos, por pequeños que sean; mantened el ascendente moral que os habrá valido el primer ataque victorioso; agrupad a vuestro alrededor a los elementos que siguen siempre el impulso más fuerte y se ponen siempre del lado más seguro; obligad a vuestros enemigos a batirse en retirada antes que haya podido reunir sus fuerzas contra vosotros. Seguid la consigna de Danton, el más grande maestro en táctica revolucionaria conocido hasta aquí: audacia, audacia, y siempre audacia!"

UN HECHO DE GRAN IMPORTANCIA POLITICA

En el levantamiento de enero, a pesar de sus enormes errores y defectos, hay que señalar un hecho de importancia inmena, cuyas consecuencias pueden ser incalculables. Como regla general, los obreros se han apoderado de los ayuntamientos e izado la bandera roja en los mismos. Es decir, que se han adueñado del poder político, y no precisamente para decretar inmediatamente, a la manera anarquista, su abolición, sino para ejercerlo. He aquí, como ilustración, un documento del más alto interés, publicado cuando el movimiento se hallaba en su apogeo:

Al pueblo de Sallent: Proclamada la revolución social en toda España, el Comité ejecutivo pone en conocimiento del proletariado de esta villa que todo aquel que esté en disconformidad con el programa que persigue nuestra ideología será responsable de sus actos. Por el Comité Libertario. El Comité ejecutivo. Sallent, 21 de enero de 1932.

Resulta, pues que en un movimiento promovido y dirigido por los anarquistas se toma posesión del poder político y se impone la dictadura, no ya del proletariado (rechazada en principio por los anarquistas) sino de un Comité ejecutivo libertario, el cual anuncia que "todo aquel que esté en disconformidad" con el programa que persigue, "será responsable de sus actos". Estas palabras, pueden tener otro sentido que el de que se aplicarán las medidas coercitivas contra los que no estén conformes con el nuevo régimen? ¿Puede haber nada menos libertario, más autoritario que esto?

Sea como sea, esto representa un gran paso adelante, que los comunistas no podemos dejar de señalar sin gozo. Los dirigentes del movimiento han renunciado prácticamente a los principios fundamentales del anarquismo para acercarse considerablemente a nuestras posiciones.

Esto ha de impulsarnos a intensificar nuestra propaganda con energía redoblada, demostrando pacientemente a los obreros que se hallan bajo la influencia anarquista, la necesidad de no detenerse a medio camino, de llegar a las últimas consecuencias, aceptando las cosas tal como son y llamándolas por su nombre; es decir, que si quiere triunfar el proletariado ha de instaurar su dictadura y apresurarse a forjar un gran Partido Comunista.

!POR LOS SOVIETS!

Los obreros, como hemos visto, se apoderaron de los ayuntamientos y se hicieron dueños del poder local mediante los "Comités ejecutivos de los Comités libertarios", es decir, que el movimiento fué dirigido por un organismo estrecho, limitado, no elegido por las masas. En una palabra, de haber triunfado la insurrección, no hubiera contado con un organismo representativo verdaderamente popular. Pero, aún vencido, el movimiento tenía necesidad de un organismo parecido. La batalla no ha sido perdida pero la clase obrera habría conquistado en ella posiciones más firmes si hubiera creado soviets, juntas revolucionarias u otras organizaciones de masa análogas. Esta primera experiencia no habría sido inútil; el proletariado habría aprendido a sentir su fuerza, a ver con sus propios ojos, por decirlo así, la encarnación plástica de su poder, y esos insustituibles organismos de combate volverían a surgir en las nuevas e inevitables contiendas que se desarrollarán en su porvenir próximo.

Hay que propagar incansablemente la idea de los soviets, instrumento de combate hoy, base del régimen de la dictadura proletaria, mañana, y, sobre todo, hay que aprovechar toda huelga de cierta importancia, todo movimiento de masas que surja para crearlos.

LA HUELGA Y LOS OBREROS SOCIALISTAS

Los dirigentes de la UGT, ni que decir tiene, se declararon contrarios al movimiento y dieron orden terminante a sus afiliados de no secundar la huelga. Y hay que reconocer que la orden fue cumplida con perfecta disciplina y unanimidad. En todos aquellos sitios en que la organización sindical se halla en manos de los socialistas, no hubo huelga. Esto demuestra cuan profundo es el error de los que, como los dirigentes del Bloque Obrero y Campesino y buena parte de los militantes de la CNT consideran como despreciable la influencia de la UGT. Se puede afirmar, sin vacilación, que sin contar con los obreros de dicha central no es posible ir a una huelga verdaderamente general. Diremos más: la victoria de la revolución proletaria en nuestro país no es posible si no se conquista a los obreros, y sobre todo a las grandes masas campesinas, que se hallan influenciados por los socialistas.

La política más indicada en este sentido es la del frente único; pero claro está, una política inteligente, y al decir inteligente queremos significar que no puede ser la del partido oficial, inspirada en la teoría absurda del socialfascismo -destinada a vivir hasta que uno de los roveses acostumbrados obliguen al "gran organizador de derrotas" a retirarla-, y que si tiene alguna virtud es la de hacer repelente el comunismo a una gran parte de la masa trabajadora. Hemos de demostrar a ésta que el frente único para nosotros no es una maniobra, sino una necesidad vital de la clase obrera, y que solo los intereses superiores de la misma nos inducen a proponerlo. No hay que olvidar que, fundamentalmente, el obrero organizado en la UGT no es mejor ni peor que el afiliado a la CNT. La materia prima es la misma. Lo que falta es saber elaborarla, transferirla en el crisol del movimiento revolucionario. Para ello, la primera condición consiste en ganarse su confianza. Solo teniendo confianza en nosotros nos escuchará, y una vez nos haya escuchado, si sabemos hablarle el lenguaje adecuado y que todo obrero con una conciencia de clase medianamente desarrollada es capaz de comprender, es más que seguro que lo conquistaremos para nuestra causa.

El papel del partido puede ser, en este sentido, realmente immense. Pero para que pueda desempeñar este papel es necesario, en primer término, que el partido, es decir, un partido digno da visto nombre, exista.

EL TRISTE PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA OFICIAL

Los dirigentes del partido parecen, en cambio, no tener otro empeño que el de evitar que, a pesar de las circunstancias objetivas, excepcionalmente favorables, pueda dicho partido salir del estado embrionario en que se encuentra, convirtiéndose en la gran fuerza política de que el proletariado español tiene inaplazable necesidad.

Si el enemigo de clase hubiera confiado a alguien la misión de desacreditar el comunismo a los ojos de las masas, no lo hubiera hecho mejor de lo que lo ha hecho el partido oficial durante los últimos acontecimientos.

Después de los sucesos de Arnedo, el Comité ejecutivo se dirigió a las organizaciones revolucionarias del proletariado proponiendo la declaración de una huelga general de protesta. La iniciativa era justa, y en caso de ser aceptada, hubiera podido dar origen a un movimiento de proporciones relativamente vastas, a pesar de que adolecía de un defecto fundamental: el de proponer como fecha de declaración de huelga el día 25 de enero, es decir, más de dos semanas después de los acontecimientos de Arnedo.

Una vez rechazada la proposición por las únicas organizaciones que podían llevarla a la práctica, el partido había de retirar su consigna. Mantenerla era aventurerismo puro, demostrar una vez más que su política está basada exclusivamente en el bluff y en el sentido más escandaloso de la irresponsabilidad, y que el único fin que sus directores persiguen es quedar bien ante la burocracia de la Internacional, aunque a trueque de malograrse las posibilidades inmensas que la situación española ofrece al desarrollo del comunismo. ¿Qué importa que resulten perjudicados los intereses vitales de la clase obrera con tal que se puedan mandar informes a la Internacional demostrando el "terrible revolucionarismo" del partido y adquirir con ello el derecho a octazarlo, presentando una factura más crecida?

La dirección del partido se mostró fiel a sí misma, a su tradición, y sin tener en cuenta para nada las circunstancias, evidentemente desfavorables, mantuvo su consigna de huelga general para el 25. Cuando el movimiento de Cardoner y del Alto Llobregat ya había sido sofocado y la huelga de Barcelona estaba liquidada, publicaba un manifiesto invitando a la clase obrera a lanzarse al movimiento, con un programa que contenía cerca de una veintena de reivindicaciones! ¿Por qué se llamará leninista esta gente? ¿Ignoran acaso que para lanzar a los obreros al combate es preciso formular solamente dos o tres consignas concretas y claras?)

¿Puede imaginarse nada más insensato?

La conducta de la dirección del partido durante los últimos acontecimientos nos ha confirmado una vez más en nuestra opinión de que eliminar de nuestro movimiento revolucionario la teoría y la práctica del stalinismo es una cuestión de vida o muerte para la revolución española.

LA HUELGA Y LA CRISIS INTERIOR DE LA CNT

En nuestro artículo sobre la huelga general de septiembre al hablar de la crisis interior de la CNT, provocada por la lucha de tendencias que se desarrolla en la misma, decíamos: "La crisis se acentuará todavía más. En circunstancias más o menos normales, crisis parecidas se pueden conjurar con facilidad relativa. En circunstancias revolucionarias como las actuales, es mucho más difícil. Las divergencias no tienen un carácter abstracto, sino que son una consecuencia lógica del problema que la situación plantea a la CNT, exigiendo de ella, inexorablemente, una respuesta clara y precisa: cómo hacer la revolución".

Los últimos acontecimientos han acentuado, en efecto, la crisis. La lucha entre las dos tendencias que fundamentalmente se disputan la dirección, fue en realidad una de las causas del carácter inconexo del movimiento y, por consiguiente, de su fracaso. La Regional se pronunciaba contra la declaración de huelga en Cataluña; veinticuatro horas después, la Federación local, influenciada por la FAI, la declaraba en Barcelona.

La lucha adquirirá ahora todavía mayor intensidad. Los elementos del "grupo de los treinta" se aprovecharán del fracaso para redoblar el ataque contra la FAI y echar agua al molino de su política oportunista. Los comunistas, lo hemos dicho más de una vez, no podemos permanecer al margen de esta lucha. La línea de conducta a seguir no puede ofrecer la menor duda. Lucha irreconciliable contra los elementos del "grupo de los treinta", que, con los dirigentes de la UGT - dicho sea guardando todas las distancias y estableciendo las diferencias de matiz que se quieran - constituyen el freno más poderoso al desarrollo de la revolución. "Eliminarlos de la dirección de las organizaciones obreras -decía la oposición Comunista de izquierda de Cataluña en la declaración publicada con motivo de la huelga- es una condición indispensable a la victoria".

Con respecto a los elementos de la FAI, nuestra actitud no debe variar fundamentalmente de la que hemos mantenido hasta ahora. Es evidente que dicho sector de nuestro movimiento comprende infinitamente mejor que los oportunistas de la tendencia Peiró-Pestaña las exigencias revolucionarias del momento histórico actual. Hay en ellos un espíritu revolucionario auténtico; Pero su acción queda esterilizada por la terrible inconsistencia doctrinal del anarquismo. Sin embargo, como lo hemos señalado ya, en los últimos acontecimientos se ha iniciado una evolución, aunque confusa y tímida, hacia nuestras posiciones.

"Hay que contribuir -se dice en la declaración de la Oposición a que hemos aludido- a impulsar esta evolución, intensificando la propaganda de nuestros principios e intentando una aproximación práctica - para la acción inmediata- con la FAI sin que ello signifique, ni mucho menos, que enajenamos nuestra libertad de crítica".

EL DEBER DEL MOMENTO

El movimiento de emero señala una etapa importantísima en el desarrollo de nuestra revolución. Por primera vez durante este periodo revolucionario, el proletariado ha ido a una vasta acción de carácter netamente de clase; por primera vez se ha orientado en el sentido de latomar del poder. De aquí los Comités ejecutivos del Bloque Obrero y Campesino y de la Federación Comunista Catalana-Balear sacan la conclusión que la consigna : "¡todo el poder al proletario!", "dada en agosto", era justa, con lo cual han tenido a demostrar una vez más su incomprendición absoluta de las diferencias existentes entre los fines estratégicos y los fines tácticos.

La consigna "todo el poder al proletario", es justa siempre en general, porque este es el fin que perseguimos los comunistas. Pero cuando se lanza en las circunstancias en que lo hizo el BOC, la consigna adquiere un carácter táctico: significa, sencillamente que el momento actual es oportuno para que el proletariado español tome el poder político en sus manos. Es, en este sentido, que la consigna es fundamentalmente falsa. La experiencia del último movimiento ha venido a demostrar con particular eloquencia que para que el proletariado se pueda lanzar a la conquista inmediata del poder faltan las condiciones subjetivas indispensables, y , en primer lugar, organizaciones tales como los soviets y un gran partido comunista unificado, centralizado, vivo.

El problema que se plantea, no es por consiguiente, el de la lucha por la conquista inmediata del poder, sino el de la organización de las masas para esta lucha. "De la misma manera, ha dicho Trotski recientemente, que el herrero no puede coger simplemente con la mano el hierro candente, el proletariado no puede tomar el poder con las manos desnudas: tiene necesidad de una organización adecuada para este fin".

Crear esta organización es el deber que el momento impone a los comunistas. De la rapidez y el acierto con que lo creemos depende todo el porvenir de la revolución española.

=====

EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA Y LA REPUBLICA

(1931-1933)

Fundado en abril de 1920 el Partido Comunista de España recogía y continuaba la tradición marxista que estaba en el origen y formación del viejo Partido Socialista Obrero, cuyo contenido clasista había sido desfigurado bajo influencia del oportunismo y reformismo.

En la nueva situación creada en el mundo por la Revolución socialista de Octubre de 1917, con la que se abría la era del socialismo, la agudización de la lucha entre el capitalismo y el socialismo exigía que los partidos obreros tuvieran una base ideológica revolucionaria científica, que no podía ser otra que el marxismo, enriquecido con la gran experiencia de la primera revolución socialista triunfante.

El Partido Comunista nació de lo más combativo del movimiento socialista, de la Juventud Socialista que, con su Comité Central a la cabeza, se transformó en Partido Comunista de España. A él se unieron poco después importantes grupos de dirigentes y militantes socialistas, entre los que se hallaban hombres tan prestigiosos como Antonio García Quejido, fundador del P.S.O.E. y de la U.G.T., Facundo Pérezagua, uno de los primeros propagandistas socialistas del País Vasco, Virginia González, dirigente nacional, Daniel Anguiano, de la dirección activa del Partido Socialista, y otros, para los que la Revolución de Octubre representaba la plasmación del ideal por el que habían luchado y al que permanecieron fieles hasta la muerte.

Desde su nacimiento, el Partido Comunista luchó por la unidad de la clase obrera y del pueblo para transformar la España atrasada, monárquica y semifeudal, en un país de auténtica democracia y de progreso social.

En su III Congreso, celebrado en 1929, en plena crisis política de la dictadura primoriverista, el Partido Comunista abordó los grandes problemas con los que se enfrentaba entonces el país. El Congreso definió el carácter de la revolución que se gestaba en España como una revolución democrática-burguesa, que en su esencia era una revolución agraria anti-feudal en lo económico y antimonárquica en lo político, y declaró que en un país capitalista como era España, la dirección de la revolución correspondía al proletariado y no a la burguesía. El Congreso lanzó también la consigna de Gobierno Obrero y Campesino, que tendría por misión llevar hasta el fin las tareas de la revolución democrática y despejar así el camino hacia el socialismo.

Ante las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, el Partido Comunista presentó un programa revolucionario para movilizar a las masas contra la Monarquía de Alfonso XIII y por el establecimiento de una "República de los obreros y los campesinos". Según el programa, esta República democrático-revolucionaria debía dar solución al problema agrario, realizando una profunda reforma agraria, y a la cuestión de las nacionallidades, concediendo el derecho de autodeterminación a Cataluña, País Vasco y Galicia. Debía conceder también la independencia a Marruecos y a las demás colonias españolas, adoptar medidas urgentes para la elevación del nivel de vida de los trabajadores, llevar a cabo la separación de la Iglesia y del Estado y la reforma de la enseñanza; otorgar a la mujer derechos civiles y políticos y un salario igual al de los hombres; proteger y estimular el desarrollo de la juventud obrera, y emprender negociaciones para el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con la Unión Soviética.

En vísperas de la revolución de 1931, el Partido Comunista no era sólo el partido obrero de ideología más avanzada, sino también el que daba mayores pruebas de combatividad. Al producirse la sublevación de Jaca en diciembre de 1930, mientras dirigentes responsables de la Unión General de Trabajadores, como Besteiro, Trifón Gómez, Saborit, Muñoz y otros saboteaban el acuerdo de la Ejecutiva del Partido Socialista de declarar la huelga general, el Partido Comunista, tanto en Bilbao como en Asturias y en Sevilla, declaró la huelga, que fue secundada por miles de trabajadores, especialmente en la capital del País Vasco y en Sevilla, donde se llegó a la huelga general.

No obstante esta actividad, los años de persecución dictatorial, de clandestinidad o semilegalidad habían convertido al Partido en un grupo de agitadores y propagandistas que, aunque activo y heroico, se distinguía por un extremado sectarismo izquierdista que lo aislaban de las masas. Salvo en algunas regiones industriales como el País Vasco y Asturias y en zonas campesinas de Andalucía y Castilla, el Partido Comunista apenas si tenía organización.

Ese sectarismo y, por ende, la debilidad orgánica y escasez de sus efectivos, impidieron al Partido Comunista ejercer una influencia sobre las masas obreras y populares en abril de 1931, al ser derribada la Monarquía y proclamada la República.

Sólo en 1932, cuando en su IV Congreso empezó a liberarse de las tendencias dogmáticas del grupo de dirección, el Partido Comunista pudo comenzar a resolver la contradicción que existía entre sus viejos métodos sectarios y las nuevas exigencias que la situación política del país planteaba. La lucha por la satisfacción de las aspiraciones acuciantes de las masas obreras y campesinas y por la realización de los cambios económicos, sociales y políticos que demandaba la revolución comenzada en 1931, favoreció el crecimiento del Partido Comunista y su arraigo entre la clase obrera, en algunas regiones campesinas y entre los estudiantes e intelectuales.

La elección de un nuevo Comité Central, en el que figuraban destacados dirigentes obreros, como José Díaz -sobre quien recayó la responsabilidad del cargo de Secretario General-, de Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Antonio Mije, Pedro Checa, Manuel Delicado, Jesús Larrañaga, Cristóbal Valenzuela, Daniel Ortega y otros, desempeñó un papel importante en el proceso de consolidación y reafirmación del Partido Comunista iniciado con el IV Congreso.

Su posición sobre los problemas fundamentales de la revolución y su lucha sincera y tenaz en defensa de la democracia española, le granjearon la simpatía y la adhesión de amplios sectores sociales, que hicieron del Partido Comunista una fuerza política influyente, con la cual había que contar.

PCE : LA AMENAZA FASCISTA (1931-1933)

En enero de 1933, se produjo en Alemania un acontecimiento que habría de tener trágicas consecuencias para toda Europa: Hitler, apoyado y respaldado por los Thyssen, los Krupp, los Shroeder y todos los grandes tiburones de la industria y de las finanzas, subió al poder y estableció una sangrienta dictadura, cuyos objetivos fundamentales eran, en el plano exterior, la conquista de "espacio vital" para Alemania, es decir, la liquidación del Tratado de Versalles, la preparación de un nuevo reparto del mundo y, por tanto, de una nueva guerra. En el plano interior, el hitlerismo significaba la puesta del aparato estatal al servicio del gran capital monopolista y el aplastamiento por los métodos terroristas más salvajes del movimiento obrero y democrático en Alemania. El objetivo de los hitlerianos era liquidar la democracia y la libertad no sólo en Alemania, sino en todos los países de Europa. A tal fin, fomentaban el anticomunismo, apoyaban por todas partes a las fuerzas más reaccionarias y desplegaban en todos los terrenos una lucha implacable contra la Unión Soviética, bastión del socialismo y de la paz.

Con el ascenso de Hitler al poder, la extrema derecha española recibió un fuerte estímulo en su lucha contra la República y la democracia.

En los planes agresivos de las dos potencias fascistas más importantes de la época, Alemania e Italia, España, situada en un lugar estratégico clave, entre el Mediterráneo y el Atlántico, poseedora de extraordinarias riquezas mineras, adquiría singular importancia.

Hitler y Mussolini empezaron a interesarse en las cosas de España con el propósito de instalar en Madrid un gobierno dispuesto a servirles. Ni el uno ni el otro desconocían la carencia de sentido nacional de las capas superiores de la aristocracia y gran burguesía españolas, acostumbradas a considerar las riquezas y la soberanía de la patria como una mercancía de la que ellas podían disponer. A Roma y Berlín fueron a buscar inspiración y apoyos quienes conspiraban contra la República española.

El político monárquico Calvo Sotelo, es ministro primoriverista, y resuelto partidario del fascismo, fue encargado de ir a Roma a entrevistarse con dos dirigentes fascistas italianos a fin de preparar un nuevo movimiento subversivo contra la República. Así lo refiere Eduardo Aunós:

"Calvo Sotelo se sintió muy contrariado por el fracaso de Sanjurjo y sus colaboradores en el levantamiento del 10 de agosto. Todo su afán era que no se diluyesen los entusiasmos y que las masas, susceptibles de respaldar en su día un nuevo acto de sana rebeldía, se mantuviesen en tensión y confiadas. Recibimos en París muchos emisarios, por los cuales sabíamos que se había constituido un nuevo núcleo de conspiración frente a la República. Calvo me encargó siguiése personalmente la marcha de esta organización, que nos parecía solvente y adecuada, y que de hecho se mantuvo en pie con sus fuerzas y elementos básicos hasta el levantamiento nacional. En 1933 fuimos requeridos por tales elementos para trasladarnos a Roma y entrar allí en contacto con ciertas personalidades salientes del fascismo italiano, y a tales fines se nos proporcionaron falsos pasaportes. A Calvo se le dio

un pasaporte diplomático que aparecía expedido en la Embajada de España en París, desde donde, dicho sea de paso, se intensificaba de día en día nuestra persecución, y a mí, uno fechado en San Sebastián, figurando como ingeniero. Al fin, fue mi ilustre amigo quien se trasladó a Roma con un inteligente y heroico oficial de la aviación española, y volvieron muy satisfechos de su cometido, cuyo fruto hubo de tocarse más tarde, en los albores del levantamiento nacional de 1936".

Después del fracaso de Sanjurjo en 1932, la reacción española emprendió el reagrupamiento de sus fuerzas y constituyó, con el propósito de crearse una base de masas, nuevos partidos políticos adaptados a las nuevas exigencias de la lucha contra la democracia y el movimiento obrero.

El 16 de marzo de 1933 salió el primero y único número del periódico *El Fascio*, en él que toda una serie de fascistas o fascistizantes, como Rafael Sánchez Mazas, Ramiro Ledesma, Jiménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera (hijo del dictador) expresaban su admiración fervorosa por Hitler y Mussolini. Muchos de los artículos publicados en ese periódico eran mera traducción de los textos "doctrinales" del fascismo italiano y del nacionalsocialismo germánico.

En el verano de 1933, José Antonio Primo de Rivera, ayudado por el aviador Ruiz de Alda, realizó las labores preparatorias para constituir en España un partido fascista.

El 9 de octubre, Primo de Rivera celebró en Roma una conversación con Mussolini. Y el 20 de octubre, a raíz de su regreso a Madrid, pronunció un discurso en un mitin celebrado en el Teatro de la Comedia, que representó el acto fundacional del nuevo partido.

En todo ese período, el nombre previsto por Primo de Rivera para designar a su partido era el de *Fascismo Español*. Por eso, las primeras octavillas redactadas por él iban firmadas por las iniciales *F.E.* En todos sus escritos de ese período, J. A. Primo de Rivera abogaba sin tapujos en pro del fascismo.

En su carta a Luca de Tena, director del *A.B.C.*, escribía:

"El fascismo es una táctica: la violencia. Es una idea: la unidad. El fascismo ha nacido para inspirar una fe que no es de derecha... ni de izquierda... sino una fe colectiva, integral, nacional".

Después del mitin de la Comedia, Primo de Rivera comprendió que el empleo de la terminología fascista era un serio obstáculo para desarrollar su actividad. Y el 2 de noviembre de 1933 decidió cambiar el nombre de *Fascismo Español* por el de *Falange Española*, propuesto al parecer por Ruiz de Alda, y que tenía las mismas iniciales (*F.E.*) que el anterior.

En marzo de 1934, al integrarse en Falange Española los grupitos fascistas creados anteriormente por Onésimo Redondo y Ledesma Ramos, al título de Falange Española le salió la siguiente cola, no por más larga menos confusa: "de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista", o sea, *F.E. de las J.O.N.S.*

Desde su nacimiento, Falange, que según declaración de su fundador "no reconocía más dialéctica q' e la de las pistolas", actuó como un grupo de choque de las fuerzas más reaccionarias de nuestro país, compuesto fundamentalmente de señoritos educados en el odio al pueblo, en el desprecio a todos los valores humanos y progresivos y de pequeños grupos de obreros desclasados, alimentados y pagados por la organización falangista, que necesitaba aditamiento obrerista en su demagogia. Falange hizo acto de presencia en la vida política asesinando a sencillos trabajadores provocando el desencadenamiento de la violencia física en las relaciones entre las derechas y las izquierdas y creando en el país un clima de inquietud y desasosiego.

Falange era financiada, tanto por las embajadas italiana y alemana como por los círculos del capital monopolista español. Recibía, entre otros, subsidios de Juan March, de Antonio Goicochea (jefe monárquico y abogado de la oligarquía financiera y latifundista), de José Félix de Lequerica (político vinculado a los grandes capitalistas de Bilbao) y del Banco de Vizcaya, controlado en parte por los jesuitas.

. El 20 de agosto de 1934 se firmó un pacto secreto en siete puntos entre Antonio Goicochea, jefe del Partido monárquico Renovación Española y José Antonio Primo de Rivera, en virtud del cual

"Falange no atacaría en su propaganda ni obstaculizaría en modo alguno las actividades de Renovación Española o del movimiento monárquico. A cambio de ello, Renovación Española se esforzaría en procurar ayudas financieras a la Falange en la medida en que lo permitiesen las circunstancias".

El pacto secreto Falange-Renovación Española estipulaba asimismo que la primera se comprometía a utilizar la mitad de los subsidios recibidos en constituir "una organización obrera sindicalista antimarxista". Y en aplicación del compromiso que habían contraído con los banqueros y aristócratas de Renovación Española, los jefes falangistas intentaron crear, en agosto de 1934, una llamada Confederación de Obreros Nacional-Sindicalista (C.O.N.S.), que resultó un fracaso absoluto.

Si Falange encubría sus servicios a la reacción con un barniz de demagogia social, "revolucionaria", e incluso "anticapitalista", Renovación Española era el partido típico, abierto, de las fuerzas más retrógradas de la sociedad española. Fundado en virtud de un acuerdo tomado en enero de 1933, en presencia de Alfonso XIII, por los aristócratas emigrados en París, agrupaba el grueso de la nobleza latifundista, a algunos de los principales elementos del capital financiero, a dignatarios eclesiásticos y a jefes militares ligados a la destronada familia real.

Renovación Española sólo aspiraba a "renovar" la dominación terrorista de la oligarquía y a tal fin conjugaba el monarquismo a ultranza con posiciones de abierta factura fascista. Como cabeza más visible tenía entonces a Antonio Goicochea, que posteriormente -en 1935- delegó la jefatura en el político Calvo Sotelo.

Al lado de los monárquicos alfonsinos, reagrupados en Renovación Española, formaban en la Comunión Tradicionalista los carlistas, encabezados por el conde de Rodezno y por Fal Conde, siempre dispuestos a precipitar al país en la guerra civil en nombre de la Tradición, de la Religión y de la Monarquía absolutista.

El nexo ideológico entre alfonsinos y carlistas fue la asociación contrarrevolucionaria creada bajo el rótulo de "Acción Española" en diciembre de 1931. A ella pertenecían Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera, Eugenio Montes, Jorge Vigón y otros, que colocaban los intereses generales de la reacción por encima de sus disensiones en torno al pleito dinástico.

Este grupo editó más tarde la revista del mismo nombre, en cuyos números exponían sus ideas programáticas. El grupo "Acción Española" aspiraba a dotar a la contrarrevolución de una plataforma ideológica adecuada a la lucha contra la República y la democracia y a justificar el recurso a la guerra civil con abundantes citas de Balmes, Danoso Cortés, Vázquez Mella y demás exponentes del pensamiento católico integrista en España.

Contrariamente a lo que sucedía en Alemania y, en cierto modo, en Italia, el fascismo español (salvo casos individuales que no tardaron en desaparecer) tenía un carácter marcadamente clerical; se inspiraba en una mezcla de los postulados hitlerianos y de los dogmas de la Iglesia Católica.

La Iglesia española era una gran potencia económica y política, orgánicamente ensamblada con la oligarquía financiera. Ella fue uno de los principales aglutinantes de las fuerzas fascistas y reaccionarias.

Las altas jerarquías eclesiásticas se habían declarado incompatibles con la República desde los primeros días del nuevo régimen, que tuvo escandalosa exteriorización en una pastoral agresiva del Cardenal Segura, Primado a la sazón de la Iglesia española.

Cierto que más tarde el Episcopado español, aconsejado por la diplomacia vaticana, aconsejó en su carta colectiva del 20 de diciembre de 1931 el reconocimiento, al menos como una situación de hecho, del nuevo régimen.

Pero ello no modificó, en lo esencial, su actividad antidemocrática. Las jerarquías eclesiásticas -con muy honrosas excepciones, como la del obispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, y algún otro-, siguieron interfiriéndose activamente en la vida política; púlpitos y confesionarios fueron, con harta frecuencia, tribunas de agitación antirrepublicana. Aprovechando las demasiadas verbales de ciertos gobernantes, la Iglesia se presentó ante sus fieles, con notoria inexactitud, en el papel de mártir, deslizando la idea de que no era posible la convivencia con la República.

Los principios de la Iglesia se negaban a reconocer la realidad de que en España, si una parte de la población era católica, otra parte no lo era, en el sentido militante de la palabra, y tachaban de "anti-España" a los millones de españoles que no comulgaban con las ideas católicas o a quienes, siendo formalmente católicos por su bautismo, formaban en los partidos de izquierda o en las organizaciones sindicales.

La reiterada propaganda sobre este tema tendía a escindir la sociedad, a convencer a los católicos de que había "dos Españas" incompatibles, irreconciliables, que sólo por la violencia podían dirimir su pleito.

Las jerarquías eclesiásticas fueron así uno de los principales instrumentos de la oligarquía en la preparación ideológica de la guerra civil.

LA C.E.D.A.

Entre 1933 y 1936 la Confederación Española de Derechas Autónomas (C.E.D.A.) fue la organización política más importante de la contrarrevolución.

Constituida en octubre de 1932 mediante la flexible integración de diferentes organizaciones derechistas como Acción Popular, Agrarios, Derecha Regional Valenciana y otras - que conservaban no obstante su personalidad propia-, la CEDA tenía su principal base de masas en el campo sobre todo en Castilla.

Su jefe era José María Gil Robles, un abogado de los grandes terratenientes castellanos y de los círculos financieros ligados a los jesuitas. Pero su verdadero cerebro político era el jesuita Agustín Herrera Oria, director de *El Debate*, que había creado Acción Popular al mes siguiente de proclamarse la República.

La J.A.P. (Juventud de Acción Popular) era el destacamento de choque para la lucha contra los hombres de las organizaciones democráticas.

La C.E.D.A. no se pronunciaba explícitamente ni por la Monarquía ni por la República; adaptaba una táctica ecléctica, sinuosa, que no entrañaba aceptación del limpio juego democrático. Su objetivo era instalarse en el gobierno para destruir "desde dentro" la República.

Con respecto a los otros partidos de la derecha, la C.E.D.A. aparecía más "moderna" en su reaccionarismo, menos dogmática, dispuesta siempre a ajustarse a las necesidades políticas de la oligarquía financiera. Era un partido clerical parecido al de Dollfuss en Austria, influido en alto rango por los métodos de Hitler y Mussolini.

En septiembre de 1933, Gil Robles estuvo presente en el Congreso de Nuremberg del partido nazi. El leitmotiv de la propaganda cedista, "Todo el poder para el jefe" era de corte fascista.

En el discurso pronunciado por el jefe de la C.E.D.A. el 15 de octubre de 1933, éste declaró públicamente:

"Necesitamos el poder íntegro y eso es lo que pedimos. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un estado nuevo; llegado el momento, el Parlamento se somete o le hacemos desaparecer."

Los partidos políticos de la reacción aprovecharon los errores, las vacilaciones y la actuación antipopular de los gobiernos republicanos para desencadenar contra ellos una campaña de descrédito.

Disponiendo de centenares de periódicos y revistas de todo tipo, a sí coo de cuantiosos medios económicos, realizaron una delirante propaganda antidemocrática y antirrepublicana; calificativos como "ladrones", "asesinos" y "antipatria", refiriéndose a los gobernantes republicanos, eran en ellos moneda corriente para escándalo incluso de algunos católicos honestos que llegaban a dudar de la catolicidad de quienes recurrían a tan ruinas calumnias contra sus adversarios políticos.

En junio de 1933, Gil Robles se entrevistó en Fontainebleau con el ex rey Alfonso XIII para conseguir que los monárquicos apoyasen una amplia coalición de derechas en las elecciones que ya entonces se preveían para una fecha no lejana.

Y mientras las derechas apretaban sus filas, el Gabinete republicano-socialista se desmoronaba bajo el peso de sus propios errores. El 12

de septiembre de 1933, Aznar presentó la dimisión, y la conjunción republicano-socialista se disgregó al encargarse de formar Gobierno el aventurero político Lerroux, sustituido el 10 de octubre en la Presidencia el Consejo de Ministros por Martínez Barrio, Gran Oriente de la Masonería, que todavía militaba en las huestes radicales.

Martínez Barrio disolvió las Cortes Constituyentes y convocó a elecciones generales en noviembre de 1933.

A ellas acudieron, separados, los partidos de izquierda, y aun combatiéndose, afusándose mutuamente del fracaso del Gobierno republicano socialista, frente a las fuerzas de derecha, que se presentaban en bloquecompacto y que disponían de sumas ingentes para la campaña electoral, puestas a su disposición por la oligarquía financiera y terrateniente.

El resultado fue la victoria de la reacción y la derrota de las fuerzas democráticas. El camino del fascismo hacia el poder quedaba abierto.

Se inició así el llamado Biénio Negro, etapa en que la República fue gobernada por las fuerzas de derecha.

ESPAÑA EN LOS PLANES BELICOS DE LAS POTENCIAS IMPERIALISTAS

En este período el ambiente político europeo se hacía cada día más tenso. Los estados fuertes fascistas comenzaban a desarrollar a velas desplegadas sus planes de guerra y agresión, con la táctica complicidad de las potencias vencedoras en la Primera guerra mundial.

Ayudado en Alemania al hitlerismo, tolerando en África el expansionismo mussoliniano, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos creyeron poder encauzar la agresividad de las dos potencias fascistas hacia la guerra contra el primer Estado socialista que había surgido en el mundo, la Unión Soviética, cuya existencia era el vivo testimonio de la caducidad del sistema capitalista.

El 16 de marzo de 1935, Hitler reconstruyó el ejército alemán, violando el Tratado de Versalles, sin oposición por parte de las potencias occidentales. En mayo del mismo año, Mussolini realizó su agresión a Etiopía, proyectando una inquietante y sangrienta amenaza sobre la cuenca del Mediterráneo y sobre el continente africano.

En este período complicado y difícil, cuando se tejían tantas turbias maquinaciones contra la paz, la Unión Soviética propugnaba firmemente la coexistencia pacífica y el respeto a la independencia y a la soberanía de los Estados, y aparecía como la más tenaz defensora de la seguridad colectiva frente a la política de capitulación ante los agresores, seguida por los gobiernos de Londres, Washington y París.

Pese a que los proyectos de Hitler y Mussolini amenazaban a las posiciones de Inglaterra y de Francia en África y en Europa, éstas se negaban a organizar, como proponía la U.R.S.S., un sistema de seguridad colectiva, que hubiese paralizado las agresiones fascistas, y estimulaban la política de rearme, de chantaje y de guerra de Alemania e Italia.

Constituían la base económica de esta política de complicidad con las agresiones fascistas los estrechos lazos anudados antes del acceso de Hitler al poder, y mantenidos y reforzados después, entre los monopolios financieros americanos, ingleses y alemanes.

Los principales grupos monopolistas de EE.UU., Inglaterra y otros países prestaron a Hitler una ayuda considerable, sin la cual éste no hubiese podido crear su potente máquina militar.

Esta evolución internacional afectaba profundamente a la situación interior española. A medida que se desarrollaban los planes agresivos de Hitler y Mussolini, éstos tomaban medidas concretas con vistas a englobar a España en la órbita fascista.

Ya se ha dicho que en 1934 y 1935 Roma y Berlín fueron escenario de una serie de negociaciones secretas entre representantes de la oligarquía financiera española, de los partidos de derecha y de los generales "africanistas" con gobernantes alemanes e italianos, negociaciones preparadas por los agentes fascistas que residían en Madrid, bajo el amparo de embajadas, consulados y representaciones comerciales y culturales.

Los principales políticos fascistas y fasciantes españoles, como Calvo Sotelo, Gil Robles, Goicoechea, José Antonio Primo de Rivera, Orlázarbal y Lizarza (representantes de los tradicionalistas), y el general Barrera, concluyeron en Roma un pacto con Mussolini, en virtud del cual éste se comprometía a ayudar a los partidos derechistas a derribar el régimen republicano, y si era necesario "a desencadenar una guerra civil". Como prueba de tales intenciones, Mussolini se declaraba dispuesto a facilitarles inmediatamente 20.000 fusiles, 20.000 granadas, 200 ametralladoras y un millón y medio de pesetas en metálico.

"Tales auxilios -dice el texto del pacto- tendrán solamente un carácter inicial y serán oportunamente completados por otros mayores, a medida que la tarea realizada lo justificase y las circunstancias lo hiciesen necesario."

Sobre la base de este acuerdo, 400 carlistas fueron a Italia, donde recibieron un entrenamiento militar.

Uno de los principales intermediarios entre la reacción española y el Gobierno italiano fue el diplomático "Camisa Negra" Orazio Pedrazzi; Mussolini le envió como embajador a Madrid en 1935 con el fin de entrar en relación con Goicoechea y Calvo Sotelo y acelerar la sublevación fascista.

Pero no eran sólo Alemania e Italia quienes estimulaban el levantamiento, sino también círculos dirigentes imperialistas de EE.UU., Inglaterra y Francia.

Un rasgo esencial de la situación política española consistía en que la conspiración contra la República era obra de la oligarquía financiera y terrateniente en su conjunto. En dicha preparación intervenían tanto los círculos de la oligarquía financiera, que estaban más ligados a Alemania, como los que tenían vínculos más estrechos con Francia, Estados Unidos o Inglaterra.

Los monopolios extranjeros que tenían intereses en España apoyaban

ban a los grupos fascistas y reaccionarios, seguros de que si éstos triunfaban, los partidos obreros, los sindicatos de clase y les permitirían elevar sus beneficios incrementando la explotación de la clase trabajadora española.

El imperialismo norteamericano desempeñó en la lucha contra la democracia española un papel muy importante y en general poco conocido. Desde que en 1924 una empresa del grupo Morgan consiguió de Primo de Rivera la concesión del monopolio de las comunicaciones telefónicas, el capital yanqui, en pugna con el predominio tradicional de Inglaterra y Francia en España, se esforzó por ensanchar y afondar su penetración económica en el país y su influencia sobre la vida política española.

El general Primo de Rivera, de acuerdo con la gran Banca española, creó por decreto del 28 de junio de 1927 el monopolio estatal del petróleo, romando los intereses de la Standard Oil. Desde Wall Street se emprendió inmediatamente, a modo de represalia, un ataque afondo contra la peseta, que contribuyó no poco a deteriorar la situación de la dictadura primorriovista.

Al constituirse el Gobierno del almirante Aznar, el Banco Morgan de Nueva York intentó salvar a la agonizante monarquía borbónica con la inyección de un crédito de 6º millones de dólares. Pero era demasiado tarde.

Desde la instauración de la República, la Banca Morgan, a través de la Telefónica, se entrometió con descaro en la política española en apoyo de las fuerzas reaccionarias.

A los dos meses de proclamada la República, en junio de 1931, se produjo un ataque de la M. Morgan contra la peseta, que obligó al Gobierno de la República, para defender el valor de la peseta en los mercados internacionales, a exportar a Francia una parte considerable de sus reservas de oro -por valor de 257 millones de pesetas oro-, que más tarde el Gobierno francés, presidido por el socialista León Blum, congeló, impidiendo al Gobierno republicano servirse de ese dinero en el transcurso de la guerra civil. Al finalizar ésta, ese oro fue entregado a Franco por el gobierno francés.

En 1932, cuando el Gobierno republicano-socialista se só en limitar los privilegios esaudiosos otorgados por Primo de Rivera a la Telefónica, los Estados Unidos amenazaron con romper las relaciones diplomáticas.

Durante el periodo del Bienio Negro, en los ministerios regentados por lerrouxistas, cedistas y otros políticos de derecha, pululaban agentes de la oligarquía y hombres corrompidos del tipo de Chapaprieta, asociados con los grandes monopolios estadounidenses. Estos encontraron facilidades considerables para extender su penetración en España. El trust petrolero yanqui "Texaco" concluyó en julio de 1935 un contrato con la Campsa, que le aseguraba el monopolio del mercado español.

Los círculos conservadores ingleses prestaron asimismo una gran ayuda a los conspiradores reaccionarios y fascistas españoles. En Londres existía, desde 1933, un comité anglo-español cuya misión era coor-

dinar los esfuerzos de la reacción española e inglesa para el restablecimiento de la Monarquía en España; participaban en ese Comité el escritor inglés D.Jerrold y el marqués del Moral, que mantenía relaciones con Alfonso XIII y con Renovación Española.

. Sanjurjo, en Estoril, paralelamente a sus relaciones con agentes alemanes e italianos, mantenía contactos con los representantes de los trusts petroleros americanos y de las compañías capitalistas inglesas q que tenían intereses en España.

Pero si la oligarquía financiera encontraba en el extranjero apoyo y ayuda importantes en sus manejos contra la República, la evolución de la situación política en España, por el contrario, no le era favorable.

Si en 1930-1931, en España hubiera habido un Partido Socialista revolucionario dotado de una doctrina revolucionaria justa, el proletariado sin grandes dificultades -como pudo hacerlo en 1919-, hubiese tomado el poder, iniciando un ensayo histórico de la mayor transcendencia nacional e internacional. En 1919 fué el sindicalismo el que quebró. En 1930 fue la socialdemocracia la que fracasó.

El Partido Socialista español, como los demás partidos socialistas de Europa, no era revolucionario. Se había formado en la escuela del reformismo clásico. Doctrinalmente, venía más que de Kautsky y otros teorizantes alemanes, de Guesde y Lafargue que representaban, en Francia, a fines del siglo XIX y comienzos del actual, un socialismo esquemático, hecho de fórmulas, sin la flexibilidad dialéctica que solamente Lenin ha sabido imprimir al socialismo. El marxismo de Guesde, que fue el de Pablo Iglesias, era teóricamente rígido, escolástico casi. Rendía culto a la frase, pero la realidad se le escapaba. Guesde que en Francia fue el gran adversario de Jaurés, el reformista, el idealista, acabó, durante la guerra, formando "l'unión sacrée" al lado de Poincaré, Clemenceau, Hervé y Maurras.

Para un Partido marxista revolucionario se presentaba, en 1930, aproximadamente el siguiente panorama:

La dictadura, que era el último recurso de la Monarquía, se hunde. Con la dictadura se desmorona la Monarquía. Y con la dictadura y la Monarquía cae todo el régimen político social basado sobre la entente forzada de los restos del feudalismo y la burguesía. No hay más que una solución justa: la revolución democrático-socialista. Quien tome el Poder en el momento de la caída de la Monarquía tendrá la llave para abrir la puerta del porvenir. Si es la burguesía, fracasará la revolución y será necesario reñir nuevas batallas para imponer la segunda revolución. Si es la clase trabajadora, el proletariado hará la revolución democrática y sin solución de continuidad, puesto que ambas están unidas, pasará a la revolución socialista. Hay que tomar el Poder, pues. Mas para tomar el Poder no basta solo con el proletariado. El proletariado ha de atraerse otras fuerzas revolucionarias, que son los campesinos y el movimiento de liberación nacional. Una parte de la pequeña burguesía será asimismo atraída, y la otra, neutralizada y puesta fuera de combate. Haremos la revolución democrática, esto es: aboliremos la Monarquía, destruiremos el viejo Estado, nacionalizaremos la tierra distribuyéndola entre los que la trabajan, aplastaremos el poder de la Iglesia, daremos la libertad a Cataluña, Vasconia, es decir, haremos un cambio político y social profundo: la estructuración federal de la Península, mejoraremos la situación económica de las clases trabajadoras, daremos libertades políticas....

El proletariado unido, formando bloque con los campesinos y la pequeña burguesía autonomista, hubiera obtenido el triunfo. Al caer la dictadura y la Monarquía, revolucionariamente -en 1930 el torrente revolucionario era imbancible-, hubiera venido un gobierno de mayoría obrera, con la participación de la pequeña burguesía campesina y autonomista. La revolución hubiese sido puesta sobre los carriles que correspondían a una revolución democrático-socialista.

Un tal Partido no existía y, claro está, no es posible hacer una revolución con hipótesis. Los acontecimientos siguieron el curso que inevitablemente debían seguir dada la contextura y la mentalidad del movimiento obrero.

La revolución sorprendió al Partido Socialista precisamente cuando terminaba de hacer el ensayo de adaptarse con habilidad a la dictadura para que esta no le destruyera su organización. Reformista por tradición, no había de cambiar en breves momentos.

Su actuación contemporizadora durante la dictadura pesaba. La división honda entre socialistas y anarcosindicalistas y comunistas era otro obstáculo poderoso.

El Partido Socialista se dejó llevar por la burguesía convertida al republicanismo. Con la proclamación de la República creyó que España daba comienzo a un nuevo tipo de revolución, de revolución pacífica e incruenta. La influencia de la forma aparentemente electoral como se hizo el paso de la Monarquía a la República fue para el socialismo reformista un verdadero espejismo. "Todo era posible sin violencias, legalmente, -electoralmente, parlamentariamente". Y el Partido Socialista sin romper con su pasado, se puso a actuar siguiendo las huellas de los partidos socialistas de Bélgica, de Suecia, de Holanda, de Dinamarca. Los directivos socialistas españoles en 1931, tenían como modelo a Mac Donald y al laborismo inglés. Ese era el camino que ellos pensaban seguir. Mas que marxistas eran fabianos. No querían. No querían ver lo que les había ocurrido a sus camaradas de Alemania y Austria, que estaban ya sitiados por el fascismo. Con esa audacia paradójica que a veces comunica la timidez, se empeñaron en hacer reformismo en plena revolución, algo así como aventarse con un abanico en medio de un incendio. El reformismo, que tiene hasta cierto punto justificación en un periodo de estabilidad política y económica, constituye una contradicción, un anacronismo, en fase revolucionaria. Los socialistas navegaron contra la corriente.

Al Partido Socialista se le presentaba el problema siguiente: "Se inicia una revolución burguesa. ¿Cuál ha de ser ante ella la posición de la clase trabajadora?" Su razonamiento fué este: "Puesto que se trata de una revolución burguesa, lo que hay que hacer es ayudar a la burguesía para que la lleve felizmente, sacando el proletariado la mayor ventaja posible del triunfo de la democracia."

Esta argumentación hubiese sido justa en el transcurso del siglo pasado y quizás todavía en 1909, pero no lo era, no podía serlo, después de la guerra mundial y de la serie de revoluciones proletarias fracasadas una y triunfante otra.

Cierto que la revolución era burguesa, democrática, aunque solo en su primera fase. Hoy la revolución democrática no puede hacerla más, que la clase trabajadora y por esa misma razón, la revolución democrática se convierte "ipso facto" en socialista.

La solución marxista no era, pues, ayudar a la burguesía, sino servirse de sus contradicciones y aun del apoyo y neutralidad de la pequeña burguesía para que la clase trabajadora tomara el Poder.

Tal como estaba estructurado el mapa político de nuestro proletariado, tal como estaban las cosas -y no es fácil cambiarlas por un golpe de varita mágica- la experiencia reformista era inevitable.

Al proclamarse la República el Partido Socialista reformista tenía ante sí dos caminos: formar parte de los gobiernos de la burguesía o mantenerse en la oposición.

El Partido Socialista optó por la primera posición.

Pensaba así: Dentro del gobierno, apoyándonos en la fuerza organizada de que disponemos, pasaremos a ser la minoría más importante del Parlamento. La Constitución, las leyes fundamentales de la República, todo recibirá el sello de nuestro Partido. Cuanta mayoría republicana en el gobierno se oponga a nuestros propósitos, nuestra fuerza en la calle y en el Parlamento se impondrá. Nuestra organización política y sindical crecerá extraordinariamente; absorberemos a casi todo el movimiento obrero. Y así, progresivamente, iremos a la toma del Poder sin necesidad de luchas duras. España, por condiciones especiales, puede ahorrarse la sangre y los trastornos de una revolución violenta.

La suposición no podía ser más simplista.

Un Partido marxista o que se reclama del marxismo no tenía necesidad de esperar a 1933 para saber cuales serían los resultados de la colaboración. Podía saberlo perfectamente en 1930 y 1931. La teoría marxista y la experiencia de otros partidos debían haberla aprovechado. Se es marxista no por formulismo, sino porque se acepta como base la teoría del socialismo científico y las lecciones experimentales de movimiento obrero internacional.

Doctrinalmente, el Partido Socialista debió haber rechazado la colaboración. El Partido Socialista pertenece a la II Internacional. El teorizante representativo de la II Internacional ha sido Kautsky, quien entre sus cuarenta y sesenta años ha producido páginas que serán clásicas en la historia del pensamiento socialista. Kautsky escribió en el periodo de su mayor vigor mental y socialista un libro titulado El Camino del Poder. Si nuestros Socialistas lo hubiesen leído cuando se disponían a entrar en el gobierno, hubieran encontrado las advertencias siguientes:

"Creen algunos que es posible que el proletariado llegue al Poder sin revolución, esto es, sin un desplazamiento sensible de las fuerzas del Estado, sino simplemente por medio de una colaboración hábil con los partidos burgueses más próximos, constituyendo con ellos un gobierno de coalición que cada uno de los interesados no podría formar solo. De este modo se evitaría, maniobrando con tino, la revolución, procedimiento anticuado y bárbaro que no corresponde al siglo actual de las luchas, de la ética y de la filantropía.

"Si esas concepciones triunfaran, destruirían completamente la táctica socialista tal como fue establecida por Marx y Engels. Son totalmente inconciliables con esa táctica.

"El Poder político es siempre un órgano de la dominación de clase. Ahora bien, el antagonismo entre proletariado y las clases poseedoras es tan formidable que el proletariado -al podrá nunca ejercer el Poder junto con una de esas clases; la clase poseedora exigirá siempre y según su interés que el Poder político continue reprimiendo al proletariado. El proletariado, por el contrario, exigirá constantemente de un gobierno en el que su Partido está representado que los órganos de Estado le ayuden en sus luchas contra el capital. Y esto ocasionará el fracaso de todo gobierno de coalición entre el -partido proletario y los partidos burgueses.

"Un partido obrero, en un gobierno de coalición burguesa, aparecerá siempre como cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera; se atraerá de este modo el desprecio del proletariado, mientras que los obstáculos surgidos de la desconfianza de sus colegas burgueses le impedirán siempre ejercer una actividad fructuosa. Un tal régimen no puede aumentar las fuerzas del proletariado -a lo que no se posaría ningún partido burgués. No puede hacer más que comprometer al partido obrero, derrotarlo y dividir a la clase trabajadora.

Este último párrafo, subrayado por nosotros, era la profecía exacta de lo que había de ocurrirle a nuestro Partido Socialista.

Cuando Kautsky, antes de la guerra, escribió El Camino del Poder, no había existido aún ningún gobierno de coalición burguesa socialista. Los casos individuales de Millerand, Briand, Viviani habían sido tratados expulsando a dichos señores de la socialdemocracia. Las afirmaciones de Kautsky, que resumían el pensamiento general del socialismo en esa época, eran atisbos fundados en la doctrina del marxismo, pero que no salían de la conjetaura.

Los socialistas españoles, en 1930, sabían que la predicción de Kautsky se había realizado plenamente. Tenían a su disposición lecciones prácticas de la colaboración socialista en una serie de países, especialmente en Alemania, con la demostración contundente de los resultados obtenidos.

Sin embargo, la no colaboración, teniendo como objetivo la toma violenta del Poder, sólo era posible en el caso que el Partido Socialista fuera un partido revolucionario, lo que no era sí.

Planteado de ese modo el problema, partiendo de que se trataba de un partido reformista, ¿cuál era la posición que un marxista revolucionario debía haber apoyado; colaboración u oposición?

La revolución planteaba al Partido Socialista una cuestión gravísima. Su posición era la misma, aproximadamente, que la que conocieron en circunstancias parecidas, los socialistas reformistas de Rusia, Alemania y Austria.

La solución peor para el movimiento obrero hubiera sido aquella que contribuyera a mantener durante largo tiempo las ilusiones reformistas. Y la mejor o menos mala aquella que permitiera hacer rápidamente la experiencia reformista.

Fue juzgado como paradójico que la derecha del Partido Socialista, titulándose "izquierda", dirigida por Besteiro, Saborit, y Trifón Gómez, propugnara la retirada de los socialistas del gobierno después de haber triunfado la República. Esta actitud, aparecía como la más avanzada. "¡Fuera contactos con la burguesía!". Y, no obstante, era la posición más temible. En el caso de que el Partido Socialista hubiese sucumbido a ella, hoy Gil Robles no tendría la influencia que ejerce en la política del país, pero el proletariado se encontraría mucho más lejos que ahora de una solución final satisfactoria.

Manteniéndose en la oposición, el Partido Socialista hubiera practicado igualmente, aunque de una manera más diplomática, la política de colaboración. La hubiese ejercido parlamentariamente, como hizo durante diez años la socialdemocracia alemana. Era la perspectiva más peligrosa porque de ese modo el reformismo hubiera podrido al movimiento obrero, y el fascismo hubiese tenido tiempo para arraigar y formar sus organizaciones.

Rusia y Alemania son dos ejemplos valiosísimos. En Rusia, el reformismo se gastó en breve tiempo, y las masas que antes lo seguían evolucionaron hacia el socialismo revolucionario; de ahí el triunfo de los bolcheviques. En Alemania, el desgaste de la socialdemocracia fue más despacio porque los socialistas fueron alternando la coalición con la oposición aparente. Los gobiernos de Fehrenbach, Wirth, Marx, Luther, Brünning que se fueron sucediendo en el Poder eran sostenidos por la socialdemocracia en el Reichstag y por medio del gobierno de Prusia, usufructuado por ella. De este modo la evolución del socialismo reformista al comunismo se hizo con gran lentitud, y el fascismo hitleriano pudo organizarse y triunfar. Si el paso del socialismo reformista al socialismo revolucionario, que en España se inició aproximadamente al cabo de tres años y medio de proclamarse la República, en Alemania hubiera tenido lugar de igual manera, el proletariado alemán, en 1.923, cuando Poniatowksi ocupó el Rhur, hubiese tomado el Poder de una manera revolucionaria.

De prevalecer, pues, en España, la tesis de Besteiro, los republicanos hubieran gozado de libertad para actuar, encontrándose ayudados, además, por la oposición benévolas de los socialistas. Besteiro quería que el socialismo hiciera una desmovilización general siguiendo los consejos de la propia burguesía que deseaba paz, orden y serenidad... El parlamentarismo del Partido Socialista que se agotó, de hecho, con las Constituyentes, se hubiera dilatado. Hubiese, seguramente, arraigado la esperanza de que en las elecciones venideras el Partido Socialista, obteniendo más votos y más diputados, hubiera podido seguir la ruta del Labour Party. Es muy probable que actualmente, el "deus ex machina" de la política no fuera Gil Robles, sino Besteiro. Más, en tanto que el Partido Socialista permaneciera absorbido por el cristianismo parlamentario, la división obrera se hubiera acentuado y la burguesía hubiese

tenido ocasión para organizar el fascismo.

Un marxista revolucionario, en el seno del Partido Socialista ante la alternativa: colaboración o no colaboración, tenía que haber defendido la colaboración.

El parecer de Lenin no podrá ser considerado, es de suponer, sospechoso a este propósito. Pues bien, en el libro más formidable que se haya escrito de estrategia socialista, en *El comunismo de izquierda, enfermedad infantil del comunismo* Lenin, en 1.920, ocupándose de Inglaterra, exponía opiniones que, en líneas generales, diez años más tarde, eran aplicables a España.

Decía Lenin: "Es indudables que los Henderson, Clynes, Mac Donald, Snowden son reaccionarios incurables. Pero no es menos cierto que quieren conquistar el poder (prefiriendo por otra parte, la coalición con la burguesía) que quieren administrar conformes a las reglas burguesas del buen tiempo viejo y que, una vez en el Poder, se conducirán inevitablemente como Scheidemann y Noske. Todo esto es verdad. Mas lo que de ello se deduce no es en modo alguno que sostenerles equivalga a traicionar a la revolución, sino que, en interés de la revolución, los revolucionarios deben conceder a estos señores un cierto apoyo parlamentario... Los comunistas ingleses deben prestarse al parlamentarismo, deben desde dentro del Parlamento ayudar a la masa obrera a ver en actos los resultados del gobierno de los Henderson y Snowden, deben ayudar a los Henderson y Snowden a triunfar de la coalición Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo es obstaculizar la obra de la revolución, pues sin que la mayoría de la clase trabajadora cambie de modo de ver, la revolución es imposible, y ese cambio es producto de la experiencia política de las masas, nunca de la propaganda sola".

El Partido Socialista tenía una justificación ante el proletariado y ante la Historia: servirse de la colaboración como de caballo de Troya para ir, en la medida en que iba comprendiendo a la luz de los hechos el fracaso del reformismo, a la toma del Poder.

Durante dos años largos, la sucesión de acontecimientos fue produciéndose de tal modo que todo abocaba a una solución final: el asalto del Poder por los socialistas.

El gobierno provisional de la República experimentó un "krash" en octubre de 1.931, siendo apartados del Ministerio los dos elementos más conservadores: Alcalá-Zamora y Maura. Dos meses después, aprobada ya la Constitución, se producía una nueva crisis, saliendo entonces del gobierno los representantes del republicanismo centrista: Tercoux y Martínez Barrio. Por la presión de abajo y el propio engranaje de la revolución se iba acentuando cada vez más el carácter radical del gobierno. Un nuevo paso adelante, y los socialistas, convencidos ya de la polarización de fuerzas en los dos extremos, de que si se querían asegurar los avances hechos era preciso ir más allá de que, en una palabra, la revolución democrática y la revolución socialista eran inseparables, cabía esperar que hubiesen expulsado a los republicanos iniciando otra fase de la revolución. Este era, al menos, el sentido de la revolución, la ruta progresiva. No hacerlo así, era retroceder y permitir un avance de la contrarrevolución.

El Partido Socialista fue víctima de su reformismo genérico y de su republicanismo inveterado. Araquistáin decía, acertadamente, en 1.920, en su libro *España en el crisol*: "La escasez de intelectuales en el socialismo español ha contribuido, probablemente, a su endeble desarrollo, porque han faltado hombres capaces de atraerse y asimilarse, por la vía del pensamiento, las masas anarquistas y republicanas de España. También ha contribuido, tal vez, a que el socialismo español no sólo no haya absorbido el republicanismo, sino que en cierto modo se haya republicanizado e que haya sido el republicanismo el que le ha absorbido. La conjunción republicano-

socialista fue, para el socialismo español, un avance de táctica; en determinadas circunstancias, la alianza de un partido con otro afín es una táctica siempre recomendable. Pero desde el punto de vista teórico, la alianza con el republicanismo a veces haya sido funesta para el socialismo. Los socialistas se han olvidado poco de su ciudad ideal para pensar demasiado en la ciudad republicana -un presidente en lugar de un rey- de sus aliados. El socialismo español, disgregado en sus orígenes de una ideología republicana demasiado simplista, parece haberse impregnado de un exceso de republicanismo puro".

Este republicanismo atornilló en vida y muerte los socialistas a los republicanos. La justa política hubiera sido aventar las cenizas. Azaña, Domingo, Casares Quiroga y demás republicanos eran muertos que, en 1.932 y 1.933, llevaban sobre sus espaldas los socialistas.

Marx, en su Disciclocho de Brumario de Luis Bonaparte, ha hecho observar la contradicción que existe entre la Revolución francesa de 1.789-1.794 y la de 1.845-1851. La primera se desarrolló siguiendo un ritmo ascendente, y la segunda describiendo una trayectoria en descenso:

"En la gran Revolución la dominación de los constitucionales es sustituida por la dominación de los girondinos, y ésta por la de los jacobinos. Cada uno de los partidos se apoya sobre el más avanzado. Cuando cada cual ha empujado la Revolución suficientemente lejos para no poderla seguir y menos, por lo tanto, precederla, es apartado por su aliado más atrevido que le sigue, y enviado a la guillotina. La Revolución se desarrolla así en línea ascendente. En la revolución de 1.848 ocurrió al revés. El partido proletario aparece como un simple anexo del partido pequeño burgués demócrata. Es traicionado y abandonado por éste último el 16 de abril, el 15 de mayo, y durante las Jornadas de junio. El partido proletario, por su parte, se apoya sobre las espaldas del partido republicano burgués. Apenas este último cree tener una base sólida, que sedesemberaza de su compañero inoportuno y se apoya entonces sobre el partido del Orden. Este último se esquiva, hace el salto a los republicanos burgueses y se apoya a su vez sobre las espaldas de la fuerza armada. Cree estar bien así cuando se da cuenta de que esas espaldas se han transformado en bayonetas. Cada partido golpea por detrás al que quiere empujar adelante, y se apoya sobre aquél que le empuja hacia atrás. Nada de extraño, pues, que colocado en esta posición ridícula, pierda el equilibrio y después de haber hecho aspavientos inevitables, se estrelle completamente. La revolución sigue así una línea descendente".

En nuestra revolución ha habido un ascenso y un descenso. El 10 de agosto de 1.932 constituye la división. En ese momento los socialistas tuvieron una oportunidad única para asaltar el Poder, si la experiencia hubiese ya hechó mella en su reformismo. Era llegada la hora de destruir una ficción que duraba demasiado. El gobierno tal como estaba constituido con una mayoría republicana y una minoría socialista era un escamoteo de la realidad. Los socialistas se dejaron engañar por la relación de fuerzas en el Parlamento. Sus 115 diputados frente a los 350 de la burguesía, ciertamente no constituyen más que un tercio. En ese sentido, su representación en el gobierno era aproximadamente justa. Pero el Parlamento no era, ni remotamente, la expresión real de las fuerzas existentes. Durante los trece meses que transcurrieron entre las elecciones para las Cortes Constituyentes y el intento de golpe de Estado de Sanjurjo, se produjo una nueva correlación de fuerzas de la que los socialistas no supieron darse cuenta y comprender el alcance.

En una revolución de tipo democrático-socialista como la nuestra, hay tres etapas que se siguen escalonadamente. Durante la primera, la revolución busca la destrucción del absolutismo y, en la acción revolucionaria, formen un frente único:

movimiento obrero, pequeña burguesía, y una parte importante de la misma burguesía propiamente dicha. Ese período, en España, se extendió desde la caída de Primo de Rivera, en 1.930, hasta unos meses después de proclamarse la República, esto es, verano de 1.931. La segunda etapa supone la conquista de las libertades democráticas fundamentales que desea la gran masa popular. En este segundo período, la burguesía inquieta, se esquiva. La situación es sostenida por los obreros, campesinos y la pequeña burguesía. Fue la fase que medió entre la caída de Alcalá-Zamora, Maura y Léon y la formación del gobierno presidido por Azaña, actuó diciembre de 1.931 y el verano de 1.932 con las grandes revueltas campesinas en España, la inquietud de Cataluña y el general malestar obrero. Entonces debía, históricamente, empezar la tercera fase, es decir, la marcha hacia el socialismo. Se llegaba a la conclusión palmera de que los grandes problemas de la revolución no podían ser resueltos por la democracia burguesa. ¿Qué hacer, pues?

La inteligencia de un partido consiste en saber comprender las variaciones históricas en que se producen bruscas oscilaciones de péndulo, para orientarse debidamente. Lenin, en julio de 1.917, frenó lo indecible para evitar una insurrección que consideraba y era prematura ya que el partido bolchevique no contaba todavía con la adhesión de la mayoría de las masas populares rusas. Sin embargo, tres meses después, la polarización de fuerzas había variado extraordinariamente y llegaba la hora de la insurrección. Esperar más era un crimen, decía Lenin. Lo que fue relativamente fácil el 7 de noviembre hubiera sido difícil, si no imposible, unas semanas antes o unas semanas más tarde.

Existe, en los procesos revolucionarios, una hora única que no puede perderse, o se marcha hacia el fracaso.

Los socialistas españoles, al cabo de cerca de año y medio de estar en el Poder, después de haber recibido amonestaciones bien contundentes por parte de los representantes políticos de la gran burguesía, después de las chispas de Castilblanco y Arnedo, cuando el movimiento de ofensiva burguesa se iba perfilando hasta adquirir la manifestación explosiva del 10 de agosto, no podían durar ni un momento. "Empalmar con la cola de un movimiento ya en marcha -decía Mehring- para empujarlo hacia adelante era precisamente la táctica que Marx había aconsejado siempre y la que él mismo siguiera en el año 1.848.

El 10 de agosto de 1.932 pudo haber sido, en la revolución española, lo que fue el 10 de agosto de la Revolución francesa: el desmoronamiento definitivo de lo que quedaba en pie del viejo régimen, que no era poco, y la entrada en una época de avances audaces y de hecatombes salvadoras.

La formación de un gobierno obrero hubiese producido una oleada popular irresistible. Es probable que los socialistas, si alguna vez, vagamente, se acercaron a esa idea, se sintieron paralizados por el inconveniente del anarcosindicalismo, azuzado conscientemente, por la burguesía reaccionaria. Pero la acción revolucionaria hubiere destruido las fronteras en el movimiento obrero. Las divergencias hubiesen sido ahogadas por los remolinos de la misma revolución.

Durante cerca de dos años y medio los socialistas estuvieron en el gobierno siendo el factor decisivo sin que, al parecer, tuvieran conciencia de ello. Se vieron obligados a contemplar cómo las fuerzas represivas del Estado perseguían a los obreros y campesinos cazándolos a tiros o quemándolos vivos, como no se había visto en los tiempos de la Monarquía. Tuvieron que aprobar la creación de cuerpos especiales de seguridad y el aumento de la guardia civil y policía, que a no tardar habían de apuntar sus pistolas contra ellos mismos. Votaron leyes contrarrevolucionarias y tomaron posiciones que lejos de ayudar a la unidad del movimiento obrero la rechazaban

abandonando cada vez más el abismo existente en medio de la clase trabajadora. En una palabra, los ministros socialistas fueron tres rehenes que la burguesía utilizó para aplicar al Partido Socialista un verdadero suplicio de Tántalo.

El Partido Socialista fue el perarrayos de la burguesía española.

Mas la experiencia no fue inútil. "La revolución, -decía Lenin, en 1.905, en su opúsculo Dos tácticas-, enseña indudablemente de un modo tan rápido & fundamental que parece increíble en los períodos pacíficos de desarrollo político. Y lo que es particularmente importante, enseña no sólo a los directores, sino también a las masas".

Las masa obreras que siguen al Partido Socialista han llegado, después del experimento hecho, a la conclusión de que únicamente por medio de la revolución violenta la clase trabajadora conseguirá emanciparse definitivamente.

Y en el Partido Socialista se ha iniciado una rectificación trascendental.

LOS ANARQUISTAS.-

El proletariado español no tenía que sufrir solamente las consecuencias del socialismo reformista. A su lado estaba, por si fuera poco todavía, el anarcosindicalismo.

Rosa Luxemburg, en Reformas o Revolución, señaló que los dos escollos que se oponen a la marcha triunfante del socialismo revolucionario son "el del abandono de su carácter de masa y el del olvido de su objetivo final, el de la recaída en la secta y el del naufragio en el reformismo burgués, el del anarquismo y el del oportunismo".

El movimiento obrero tuvo que navegar, en España, entre Scila y Caribdis. Los dos poderosos obstáculos, y no uno sólo como en la mayor parte de los países, se encontraban aquí.

El Partido Socialista era la primera vez que tomaba una participación activa en un movimiento revolucionario de gran envergadura. El anarcosindicalismo, la segunda.

Lenin, en su vasta labor de hombre de doctrina, se ha referido muy raramente a España. Marx y Engels siguieron con un especial interés el desarrollo político y social de nuestro país. En cambio, Lenin, absorbido por el gran problema ruso y por la lucha contra el als derecha de la socialdemocracia, consagró escasa atención a las cosas españolas. No obstante, la actuación de los anarquistas en 1.873, igualmente que a Engels, le inquietó, y durante la revolución rusa de 1.905, escribió glosando los comentarios de Engels en su estudio Die Bakuninisten en der Arbeit, sugerencias interesantísimas.

En 1.873, nuestros anarquistas, igualmente que sus nietos ahora, desempeñaron un papel antirrevolucionario por la contradicción que existía, de un lado, entre sus propósitos y la realidad, y entre aquéllos y la práctica, del otro. Aspiraban a la emancipación absoluta de la clase trabajadora, y en la acción cotidiana eran dóciles y ciegos instrumentos de los republicanos burgueses, lo mismo que durante la segunda República.

¿Era posible la revolución socialista en 1.873? Acababa de fracasar la Commune que había sido el primer ensayo hecho de dictadura democrática de la clase trabajadora en Francia, en donde se había pasado por el fuego de tres revoluciones burguesas y en donde el proletariado tenía un desarrollo y una preparación superiores al de España.

Aquí la Historia planteaba el problema de la revolución burguesa. Engels escribía refiriéndose a ese movimiento y a esa época: "España es un país industrialmente tan atrasado que allí no puede hablarse de una inmediata emancipación de la clase tra-

jadora. Precisa antes que España haga un serio progreso y venza, en el camino de su desarrollo, una multitud de obstáculos. La República ofrecía la ocasión de llevar a cabo ese progreso en el menos tiempo posible y triunfar de esos obstáculos, rápidamente. Pero esa oportunidad podía solamente ser aprovechada mediante una activa intervención política de la clase obrera española. La masa obrera lo sentía así y aspiraba sobre todo a participar en los acontecimientos para aprovecharse de la buena oportunidad sin dejar, como hasta entonces, el campo libre a la acción y a las intrigas de la clase dominante".

Lenin, comentando lo dicho por Engels, escribía: "Se trataba, pues, de una lucha por la República, de una revolución democrática y no socialista. El problema de la intervención de los obreros en los acontecimientos se presentaba entonces bajo un doble aspecto: de una parte, los bakuninistas repudiaban la actividad política, la participación en las elecciones, etc. De otra parte, estaban en contra de la participación total, inmediata de la clase obrera".

Los anarquistas pretendían volar por encima de sí mismos. Primera equivocación, que no podía producir más que desastres. Y luego, obligados a descender a ras de tierra, se trocaban en epéndices de la pequeña burguesía. Segundo error que contribuyó al fracaso de la República.

En la revolución de 1.873, el movimiento obrero dirigido en casi su totalidad por los anarquistas, debía haber aspirado a la consolidación de una república democrática, en la que la clase trabajadora tuviera un gran margen de libertad para organizarse y obtener reformas generales de carácter democrático. Querer ir a la "anarquía" era marchar no hacia adelante sino soñar, y, en realidad inutilizar una fuerza que podía haber sido uno de los puentes de la revolución.

Cuando surgió, durante el verano de 1.873 el movimiento cantonalista, los anarquistas, a pesar de sus anteriores apretadas declaraciones anárquicas, formaban parte, al lado de los republicanos "intransigentes" (los "jabalíes" de la primera República), de los Comités Revolucionarios en los que iban a remolque de los pequeños burgueses. "No supieron qué hacer del Poder", decía Engels.

Tuvieron una idea infantil, o más que infantil, calamitosa, de cómo debía efectuarse la insurrección. Erigieron en principio, en vez de llevar a cabo una acción de conjunto, según Engels, "lo que había sido un mal inevitable en la época de la guerra de los campesinos en Alemania y durante la insurrección alemana de mayo de 1.849, es decir la atomización y el particularismo local de las fuerzas revolucionarias, lo que permitió a una sola fuerza gubernamental aplastar separadamente las insurrecciones, una después de la otra".

La actuación de los anarquistas mereció a Lenin, subrayando lo dicho por Engels, la siguiente conclusión: "No sabiendo dirigir la insurrección, diseminando las fuerzas revolucionarias en lugar de centralizarlas, cediendo la iniciativa revolucionaria a los señores burgueses, disolviendo la organización sólida y firme de la Internacional, los bakuninistas nos han dado en España el ejemplo inimitable de la manera cómo no debe hacerse la revolución".

La República de 1.873, y con ella la revolución democrática iniciada en 1.868, cayó por la incapacidad de los republicanos, pero los anarquistas fueron asimismo grandemente responsables de la catástrofe experimentada. Un movimiento obrero bien dirigido, sabiendo cuáles debían ser sus exigencias y actuando acertadamente pudo haber impuesto el triunfo de la República burguesa-democrática. España se hubiese evitado un letargo de más de medio siglo.

Durante la primera República, los anarquistas marchaban de acuerdo con los republicanos "intransigentes", pero declararon una guerra a muerte a los representantes del

marxismo. La disputa entre Marx y Bakunin adquirió en España proporciones gigantescas. La superioridad numérica y orgánica de los baku ninistas les hacía ser más duros, más implacables.

Al cabo de sesenta años, esta pugna, en otra escala, claro está, había de resurgir de igual modo. En 1.931- 1934, los anarquistas han tenido un enemigo contra el cual han dirigido sus tiros principales: los socialistas. Podían entenderse con los republicanos, se han entendido más de una vez con ellos, y lo que es más sorprendente con la derecha del republicanismo, pero entre anarquistas y socialistas, existía un abismo infranqueable.

Y, sin embargo, socialismo reformista y anarquismo son hermanos gemelos.

Los dos hombres históricamente representativos de los dos sectores adversarios del movimiento obrero español han sido Pablo Iglesias y Anselmo Lorenzo. Ambos se encontraron en Madrid en los comienzos de la Primera Internacional formando parte del mismo núcleo de "pionniers". Después, se separaron. Lorenzo se fue a Barcelona a hacer anarquismo e Iglesias se quedó en Madrid luchando por el socialismo. Confederación Nacional del Trabajo y Unión General de Trabajadores, Anarquistas y Partido Socialista. Entre uno y otro bando, con ligeras intermitencias, desde 1.873 y aun antes, ha habido una guerra despiadada, casi sin cuartel. Odio de hermanos enemigos. Antagonismo de Caín y Abel.

El socialismo reformista y el anarquismo ofrecen una sorprendente paradoja. El anarquismo es, en gran parte, el autor del socialismo reformista. Y el socialismo reformista, el causante, en cierta medida, del anarquismo.

Lenin ha dicho que el anarquismo ha sido muchas veces una especie de expiación del movimiento obrero por sus pecados oportunistas. "Estas dos monstruosidades se completan una a otra. Y si el anarquismo -proseguía Lenin- no ha ejercido en Rusia a pesar del predominio de la población pequeño burguesa en este país con relación a las naciones occidentales sino una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones de 1.905 y 1.917 y durante su preparación, obedece, en parte, sin duda alguna, al bolchevismo que ha sostenido siempre la lucha más despiadada e irreconciliable con el oportunismo".

Si nuestro Partido Socialista hubiera sido un partido revolucionario, el anarquismo, tan fuerte y tan vivaz en España, no existiría. Habría sido completamente anulado por el marxismo, como en los demás países de Europa. El anarquismo es, por decirlo así, un hijo bastardo del oportunismo socialista.

El anarquismo, en cambio, de rechazo, ha contribuido a la existencia y prolongación del oportunismo socialista apartado de la influencia marxista el sector proletario más importante de España. El alejamiento de la gran masa proletaria española del Partido Socialista, debido en gran parte al anarquismo, ha hecho posible que se impusiera, finalmente, una concepción oportunista que la presencia de las grandes masas proletarias hubiese impedido.

Este entrecruzamiento de causas y efectos dando, además, como resultado la división orgánica de la clase trabajadora ha sido para la burguesía española una garantía de seguridad antes de la revolución y sobre todo durante la revolución.

El anarquismo no es permeable. La lógica rebota al chocar como una bola de marfil. La evolución natural del anarquismo es desaparecer, extinguirse. Ya no queda anarquismo más que en España y en algún país atrasado de América. Las causas de que sea así son bastante complejas y no es éste el momento ni el lugar para señalarlas. Sin embargo, en nuestro anarquismo se ha dado el caso de su pronunciado descenso para resurgir luego con ímpetu.

Después de la experiencia anarquista de 1.873 y del largo período que siguió a la caída de la primera República, el anarquismo fue desapareciendo progresivamente. Una parte cayó bajo el influjo del radicalismo burgués, y otra fue orientándose con arreglo a las normas del sindicalismo revolucionario que iniciara Pelloutier en Francia y del cual Sorel fue el verdadero teorizante.

El sindicalismo era el esfuerzo que el movimiento obrero, hasta entonces influenciado por el anarquismo y el radicalismo burgués, hacía por encontrar la ruta del socialismo científico. Anarquismo y sindicalismo, en el fondo, eran antitéticos, se repelían. La evolución del sindicalismo, siguiendo la gradación natural, era ir a parar al marxismo revolucionario. Los teorizantes del sindicalismo, Sorel, Leone, Lagardelle y otros eran marxitas.

Los días 30 de octubre y 1 de noviembre de 1.911 tuvo lugar en Barcelona, en un Congreso nacional obrero, la constitución de la Confederación Nacional del Trabajo. El acuerdo más importante tomado por dicho Congreso, en el que se daba estado orgánico nacional al Sindicalismo revolucionario, fue el siguiente:

"El Congreso acuerda constituir una Confederación Nacional del Trabajo española, que se compondrá provisionalmente de todas las sociedades no adheridas a la Unión General de Trabajadores, con la condición de que una vez constituida la CNT española, se procurará establecer un acuerdo entre las dos federaciones a fin de unir a toda la clase obrera en una sola organización".

El Congreso constituido de la CNT se verificaba poco tiempo después de la insurrección de julio de 1.909. Era una consecuencia. El proletariado, en la acción revolucionaria, había adquirido conciencia que se ponía claramente de manifiesto en la declaración de principios de la CNT al señalar que su objetivo era buscar la fusión con la Unión General de Trabajadores o lo que es tanto: la unidad de la clase trabajadora.

Después de la acción revolucionaria de 1.917, se celebró, en Barcelona, en junio-julio de 1.918, el Congreso de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña -que de hecho era el segundo Congreso de la CNT, ya que ésta tenía pocas fuerzas fuera de Cataluña entonces. En ese Congreso, nuevamente, el anarcosindicalismo acordaba ir a la unidad con la Unión General de Trabajadores para lo cual se proponía a la organización obrera de Zaragoza, situada al margen de las dos centrales, para que sirviera de intermediario.

Este vasto movimiento sindicalista acuerda, en diciembre de 1.919, adherirse a la III Internacional y se pronuncia por la dictadura del Proletariado. ¿Qué queda, pues, del anarquismo? Nuestro movimiento sindicalista está llevado a cabo una verdadera transformación. El anarquismo va siendo vencido. Le falta poco para desaparecer.

Más el anarquismo se da cuenta de ello e inicia una contraofensiva furiosa. El anarquismo, apoderándose de la CNT, trata de deshacer lo que ha sido el objetivo principal del primer Congreso, la unidad de la clase trabajadora.

En esta lucha, sorda, intestina, pero implacable que se libra, durante los años 1.920-1.923 en el seno del anarcosindicalismo entre las dos tendencias, la que responde a la necesidad proletaria y la de secta, triunfa esta última, conduciendo al movimiento obrero por senderos completamente equivocados que contribuyeron al golpe de Estado de Primo de Rivera, en 1.923.

Durante la dictadura, el anarcosindicalismo fue duramente perseguido por la represión, desapareciendo casi.

El iniciarse el período revolucionario en 1.930, las masas obreras estuvieron en la incertidumbre por espacio de algún tiempo, buscando su guía. El Partido Socialista no podía borrar tan fácil y rápidamente su pasividad reciente. El Partido Comunista, por razones que veremos luego, fue inferior a su tarea histórica. Las masas y el vacío no concuerdan. Se orientaron, porque no había un partido revolucionario, hacia la Confederación Nacional del Trabajo. El alud tomó porporciones torrenciales. El anarcosindicalismo resucitó inesperadamente.

Los anarquistas, organizados políticamente -apolíticamente, como creen ellos- en la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y sindicalmente en la Confederación Nacional del Trabajo, gozando durante los años 1.930-1.932, de una gran simpatía por parte de las masas obreras y campesinas. La necesidad de la revolución socialista encontraba en ellos más que en los socialistas un exponente efectivo. De ahí el flujo de masas que acudía a sus organizaciones. Pero los anarquistas ahora, como en 1.873, no supieron comprender el carácter de la revolución que tenía lugar en España. Si en 1.873 quisieron volar por encima de si mismos ahora pretendieron saltar por encima de su sombra. Si en 1.873 la Revolución era exclusivamente burguesa, democrática, en 1.931, era democráticosocialista, y ellos pretendían ignorar la primera fase, la fase burguesa de la revolución.

Su objetivo final resume el deseo general de una gran masa obrera y campesina de obtener la libertad de llegar al socialismo. El "comunismo libertario" de nuestros anarquistas que ha sido capaz de engendrar una muchedumbre de héroes, de provocar los mayores sacrificios, es el grito instintivo de inmensas multitudes carentes totalmente de educación socialista. El socialismo, que es una doctrina, necesita sus laboratorios, sus doctrinarios, sus intérpretes. Dejadas las masas a la intemperie, sin el hilo conductor de la doctrina, a su impulso natural, se agarran con fe mística a un signo o a una frase, que para ellas sintetiza vagamente sus anhelos, hijos de los deseos de largas generaciones de explotados. El anarcosindicalismo español es una fuerza natural aprovechada hasta ahora, dejada a su libre antojo y de la cual se ha servido más de una vez el enemigo secular del movimiento obrero.

Objetivamente, en 1.931, la FAI y la CNT ocupaban, sin darse cuenta, un lugar histórico semejante al del partido bolchevique en 1.917, en Rusia. Había caído la Monarquía y había sido proclamada la República. Los socialistas reformistas colaboraban con el gobierno con los republicanos. Alcalá-Zamora era una sombra del príncipe Lvov. Azaña, un remedio de Kerensky. El descontento popular crecía. Las masas obreras querían la revolución, su revolución. E iban en busca del partido, de la organización que encarnara realmente el momento histórico. Se aproximaban a los anarquistas. El partido anarquista era audaz, con una fuerte autodisciplina interior, y sabía aprovecharse del descrédito de los socialistas en el Poder. Prieto, Largo Caballero y Fernando de los Ríos trabajaban para la burguesía y para la FAI. Hacían que los obreros que les seguían se consumieran esperando, pero los impacientes, los inquietos, esos sin poder aguantar más, se enrolaban en las huestes anarquistas.

Si objetivamente, la FAI se encontraba en una situación parecida a la de los bolcheviques en 1.917, subjetivamente era la antítesis del partido bolchevique ruso. La FAI carecía de doctrina, de táctica, de estrategia, de jefes. Era simplemente una fuerza ciega, que, forzosamente, había de estrellarse.

Las masas que en 1.930, 1.931 y 1.932 siguieron a los narquistas eran la materia prima de un verdadero partido bolchevique. Estas masas fueron puestas en fermentación por la lavadura anarquista que se sigue manteniendo sin terrupción desde 1.873.

Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario posible, ha dicho Lenin. El anarquismo, aunque aparentemente revolucionario, no lo es en realidad porque se propone objetivos irrealizables. Por eso fracasó, a pesar de las circunstancias favorables, en 1.873. Y por eso fracasó asimismo en 1.931-1.934.

Los anarquistas no han comprendido que la revolución social libertadora no ha de hacerse solamente en favor propio, sino de la mayoría de la población. El individualismo anarquista se sobrepone en ellos al concepto de clase. Triunfa, y es inevitable, puesto que son anarquistas, la idea de secta.

La FAI ha intentado durante la segunda República tres "putches": el de enero de 1.932, la llamada insurrección del Alto Llobregat, provincia de Barcelona; el de enero de 1.933, cuyo episodio más sobresaliente fue Casas Viejas; y el de diciembre del mismo año, localizado en Aragón y la Rioja. Las insurrecciones anarquistas durante la segunda República han sido en número e intensidad inferiores a las de 1.873, a pesar de que la fuerza de los anarquistas esta vez era muy superior.

El exclusivismo anarquista ha hecho que sus dirigentes enfocaran los movimientos subversivos hacia el triunfo fulminante del anarquismo. Naturalmente, las masas de la población que no son anarquistas no se sentían atraídas, y aun las mismas que seguían a los anarquistas, se retraían delante de una acción insurreccional completamente sectaria.

Los narquistas españoles, en la práctica insurreccional, se han asimilado en gran parte el blanquismo. Blanquismo y bakuninismo unidos, forzosamente habían de producir resultado desastroso.

Del bakuninismo, esto es, del anarquismo tradicional, nuestros anarquistas han recibido la concepción estrecha de la secta, y de que puede irse en breves momentos saltando etapas históricas, como en un cuento de hadas, a la anarquía. Esto les hace creer que el mundo gira alrededor de ellos, ya que se consideran el eje. La sociedad no se divide en clases antagónicas, sino en anarquistas y no anarquistas. Los primeros son los buenos; los segundos, los malos. Las influencias de las doctrinas filosóficas burguesas y aun del propio cristianismo se encuentran reflejadas en la mente de los anarquistas. La revolución salvadora -piensan ellos- la harán los buenos, los anarquistas. Y tendrán que llevarla a cabo no solamente sin el concurso de los demás, sino a pesar ellos e incluso contra ellos. La revolución se rá pues, anarquista.

Este modo de entender las cosas, conduce, claro está, a las conclusiones más absurdas: los socialistas y comunistas que luchan por la conquista de la tierra son burgueses, y no se puede, por tanto, mantener contacto alguno con ellos; el movimiento de la liberación nacional es reaccionario, ya que el ideal ha de ser la Humanidad, una patria única....

El sectorismo llevó a los anarquistas a no querer ver la realidad. Son dogmáticos, cerrados a toda experiencia. Su revolucionarismo es especulativo. Ha habido una insurrección obrera triunfante, la de Rusia, que puede ser tomada como modelo, o al menos servir de lección. Pues no. Los anarquistas. Y además, sin saberlo, sin darse cuenta de ellos, son blanquistas en gran parte. La insurrección, colocada pa-

ra ellos al margen del movimiento revolucionario cuya mutua relación ni tan siquiera han imaginado, es una operación sencillísima. Se trata de un golpe de mano audaz, realizado por unos cuantos grupos de militantes. Cuentan con el factor sorpresa elevado al cubo. Preparan el asalto de un cuartel desde fuera con bombas de mano sin contar previamente con la voluntad de los soldados que son los que, en definitiva, han de decidir. Como es de suponer, la operación bárbara fracasa. ¿Qué hacer entonces? Preparar nuevamente otro golpe de mano, y cuando también se ha fracasado, otro, y así sucesivamente. La obstinación anarquista no tiene límite.

El anarquismo, moviendo masas de importancia, durante los años 1.931-1.933 ha sido, paralelamente al socialismo oportunista, una fuerza no revolucionaria. Y en época revolucionaria cuando no se es revolucionario, se trabaja contra la revolución.

Mientras que, por su lado, los socialistas apoyaban a la pequeña burguesía, los anarquistas, por el otro, inconscientemente, servían a la gran burguesía contrarrevolucionaria. Su lucha contra los socialistas, no teniendo una conclusión revolucionaria, era reaccionaria.

Los anarquistas españoles, si en 1.873, al decir de Engels corroborado por Lenin, enseñaron cómo no hay que hacer la revolución, en 1.931-1.933, volvieron nuevamente a demostrarlo. Su actuación fue asimismo "un ejemplo inimitable".

Los anarquistas y la pequeña burguesía no habían aprendido nada de lo ocurrido en España en 1.873. Anarquistas y pequeña burguesía, hermanos gemelos, al fin y al cabo, se parecían. Los errores de Pi y Margall, Salmerón y Castelar fueron repetidos, con escasa variación por Maciá, Azaña y Companys. Si dentro de sesenta años, en España se proclamara la tercera República, los héroes de la pequeña burguesía seguirían entonces exactamente las huellas de Maciá, Azaña y Albornoz. Y Ascaso, Durruti y García Oliver, los jefes anarquistas de tanda, en 1.931-1.934, han descubierto el Mediterráneo con su actuación. Han hecho aproximadamente lo que sus abuelos en 1.873. Y en la tercera República, los anarquistas copiarían sin variaciones importantes a Durruti, Ascaso y García Oliver.

El anarquismo evoluciona, pero solo aparentemente. Describe una circunferencia, da vueltas, volviendo, al cabo de cierto tiempo, al punto de partida. Es la consagración del círculo vicioso del que los anarquistas se empeñan en hacer la cuadratura. Las revoluciones enseñan a las masas y a los jefes, sí. Pero a la pequeña burguesía y a los anarquistas no les enseñan nada. Si individualmente un anarquista ogra ver, superarse, aprender, automáticamente deja de ser anarquista.

IV. LOS COMUNISTAS

Ha fracasado el oportunismo socialista. Ha fracasado el anarcosindicalismo. Y ha fracasado también la organización comunista montada con arreglo al modelo y a las indicaciones de Moscú.

El fracaso comunista no es menos aleccionador que el del socialismo reformista y el del anarquismo. Pone de relieve que no basta en manera alguna usufructuar una etiqueta, no es Marx y no ser socialista. Se puede repetir de memoria párrafos enteros de Lenin y en la práctica, proceder de modo completamente opuesto a la verdadera acción revolucionaria.

Precisamente el mal de los marxistas oficiales de la Segunda Internacional ha sido su fidelidad a la fórmula, su incapacidad para ser marxistas prácticas. Nada más opuesto al marxismo que el canon establecido, que el rito estático. Lenin es el mejor discípulo de Marx porque Lenin ha sabido aplicar, en un momento dado en circunstancias especiales y en un país determinado, la conclusión formulada por el pensamiento marxista. Los epígonos de Lenin han sido con respecto de éste lo que los epígonos de Marx con respecto del autor de *El Capital*. Han ergotizado. Del pensamiento de Lenin han hecho una Biblia o un Corán. Lenin, que era la oposición viviente a la rigidez y al esquematismo formularios, ha quedado disecado. Su pensamiento ha sido momificado, como su cuerpo, por sus discípulos oficiales. Lenin, al entender de sus monopolizadores, es la verdad absoluta de la cual solo hay un interpretador exacto. El leninismo de los epígonos se transforma en una secta casi religiosa. Como el mahometano, mirando hacia dónde sale el sol, parece repetir "No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta".

Después de la muerte de Lenin, debido en gran parte al fracaso de la revolución en Europa, los rusos han ido transformándose, progresivamente, en ardientes nacionistas. El problema de la revolución mundial pasa a segundo término. El triunfo de Stalin sobre Trotsky es la victoria del socialismo ruso sobre el socialismo internacionalista. Rusia, que desde 1.917 a 1.924, había gravitado alrededor de la cuestión revolucionaria en los demás países, al ver fracasados los intentos de revolución obrera en Hungría, Austria, Alemania, Bulgaria, fue perdiendo la confianza en el proletariado europeo y se concentró en sí mismo. Forjó el plan quinquenal. Stalin erigió en mito: "El socialismo en un solo país". Los internacionalistas de ayer se transformaron en fervientes nacionistas. Un pueblo de 160 millones de habitantes, realizando el esfuerzo colectivo más gigantesco que recuerda la Historia, se lanzaba lleno de optimismo a hacer una patria.

Las consecuencias, forzosamente, habían de repercutir en el movimiento obrero internacional. La Internacional Comunista fue cambiándose de centro revolucionario mundial en instrumento al servicio del Estado soviético.

El nacionalismo tiene su lógica. El razonamiento de los comunistas rusos, de Stalin, era el siguiente: El proletariado europeo no ha conseguido no ya aventajarnos precediéndonos, sino que ni siquiera ir detrás de nosotros a una prudente distancia. Hemos aguardado en vano. Ha llegado la hora de que pensemos en nosotros. Haremos de la URSS una fortaleza del proletariado, esconderemos en tanto que el mundo capitalista se derrumba. Nuestra patria, la patria del proletariado, en la medida en que crezca interiormente y que se fortalezca, se convertirá en una cuña irresistible que, clavada sobre el capitalismo, precipitará su descomposición, aproximadamente, por tanto, la hora del triunfo final de la clase trabajadora en todo el universo. Lo que interesa ahora es, pues la URSS. El deber del proletariado internacional durante un periodo más o menos largo no es otro que sostener a la URSS esperando la hora de su victoria, que será la hora del triunfo internacional del socialismo.

Este pensamiento ha sido proyectado sobre los Partidos Comunistas de los diferentes países. Y, sin darse cuenta, han dejado de ser, objetivamente, revolucionarios. ¿Qué podría hacer, por ejemplo, el Partido Comunista italiano contra Mussolini, cuando entre el Estado soviético y el Estado fascista existía desde el 30 de noviembre de 1.923 un mutuo reconocimiento con los compromisos comerciales subsiguientes? ¿Qué ayuda contra Mustafá Kemal cuando el Estado ruso, según declaración de Karaján hecha al periodista americano Luis Fischer (los soviets en la cuestión mundial), "no hay que mantener por más tiempo en secreto que nosotros hemos ayudado a Kemal dándole dinero, artillería, armas y consejos"?

¿Qué pueden hacer los comunistas franceses contra su gobierno burgués, cuando el Estado Soviético y el de Francia han reunificado, bajo Stalin y Laval, la misma política que existió entre Nicolás II y Poincaré? Un tratado de comercio entre Inglaterra y Rusia pone sordina a la actividad comunista en el Afganistán, en la Persia y en la India. Un pacto de "no agresión", a los que tan aficionado es Litvinov, con no importa qué país, obliga es forzoso, a un cambio de la política hecha por el canal del Comintern (Internacional Comunista). Es únicamente comprendiendo así las cosas que puede explicarse la desastrosa política seguida por la Internacional Comunista en Alemania durante los años que precedieron al triunfo de Hitler y el desenso general del movimiento comunista ortodoxo en todas partes en el preciso momento en que la crisis del capitalismo es más aguda que nunca, y el problema de la revolución obrera se presenta con caracteres apremiantes.

La escasa o nula importancia que en la Revolución española ha tenido el Partido Comunista se debe a eso.

Toda una serie de circunstancias contribuían a que en España se desarrolla ver
tiginosamente un gran partido socialista revolucionario, es decir, un Partido Comu
nista. Estábamos en época revolucionaria, cuando las masas se encuentran en estado
plástico y los acontecimientos se desarrollan rápidamente.

La imposibilidad de que la pequeña burguesía hiciera la revolución democrática, el fracaso del socialismo colaboracionista, la actuación caótica y disparatada del anarquismo, todo parecía crear un terreno favorable para que ese artido, histórica
mente necesario, se formase. En medio de la conmoción general, Rusia aparecía como
un faro. Las tinieblas eran disipadas por la luz que venía de Oriente. El capitalis
mo pertenecía al pasado. El comunismo, en cambio, era la garantía del porvenir.

Moscú, sin embargo, lo malogró todo. Empezó por no darse cuenta de la revolu
ción española, ni concederle importancia alguna en los primeros momentos. Manuilsky
uno de los directivos de la Internacional Comunista, dijo en 1.930, que "una peque
ña huelga en Alemania tenía más importancia que todo cuanto sucedía en España". Lue
go, orgánicamente trituró el germen del partido Comunista que existía, partiéndolo
por la mitad y expulsando a diestro y siniestro, cuando lo que precisaba era pre
sentarse como el centro de atracción del proletariado español. El sectarismo de Mos
cú fue funesto para el movimiento comunista y para la revolución.

Moscú, absorbido por los problemas rusos, es sorprendido por los acontecimien
tos la mayor parte de las veces. Todos los golpes de Estado contrarrevolucionarios
ocurridos desde hace diez años y la propia revolución española le han cogido despre
venido. Se ha encontrado de súbito ante ellos, sin esperarlos. Y al decir Moscú,
nos referimos también a sus adictos en cada país.

Moscú, precisamente a causa de su política rusa, teme, rehuye la revolución o
brera en otro país de Europa, por dos razones: Primera: Porque una revolución obre
ra pudiera destruir el "status quo" actual precipitando la guerra, lo que Rusia ne
cesita evitar a toda costa. Rusia primero; lo demás es secundario. Segunda: Porque
la revolución proletaria en otro país de Europa fatalmente haría perder a Rusia la
influencia que hasta ahora ha ejercido sobre el proletariado. La sentencia fue o
portunamente formulada por Lenin, en 1.920: "Sería erróneo olvidar que después del
triunfo de la revolución proletaria en un país adelantado -aunque no fuese más que
uno solo-, Rusia según todas las probabilidades se convertirá muy pronto por un
cambio brusco, en un país, ya no ejemplar, sino otra vez retardatario desde el pun
to de vista soviético y socialista", Lenin se hubiese alegrado que Rusia pasara

a ocupar un lugar secundario porque en Alemania, en Inglaterra, en Italia triunfara la revolución socialista. Lenin enlazaba la Revolución rusa con la revolución internacional. Pero cuando se es nacionalista en primer lugar -un nacionalismo socialista, claro está que no deja de ser paradójico-, cuando el problema de la revolución mundial queda supeditado al desarrollo de la URSS, es fatal que lo que Lenin aseguraba sea considerado, caso de ocurrir, como una verdadera catástrofe. Rusia estaría dispuesta a tolerar -diagámoslo así- una revolución en Alemania, en Francia, en España, si además de tener la seguridad de que no había determinado la guerra, le ofrecía asimismo otra garantía: la de que esa revolución se haría siguiendo las órdenes de Moscú y con los hombres que por Moscú fueran considerados "persona grata". De otro modo, no.

El movimiento obrero, aun siendo internacionalista, y precisamente por serlo, rechaza en absoluto el espíritu gregario colonial que ha pretendido enfeudar Moscú en la clase trabajadora. El proletariado cree en sí mismo, en su fuerza creadora, en el valor de su iniciativa. Por eso ha ido alejándose de Moscú tan pronto como desde allí se ha pretendido imponer un socialismo rufo, en oposición muchas veces al marxismo y leninismo internacionalistas.

Moscú hubiese querido tener en todos los países, España entre ellos, fuertes secciones de la Internacional Comunista capaces de monopolizar plenamente la dirección del movimiento obrero. Mas en la política de Moscú hay una contradicción fundamental. Pretende formar partidos aparentemente revolucionarios por su fraseología y por su parentesco con la Revolución rusa, pero, en la práctica, completamente demagógicos, electoralistas, sin consistencia y objetivo revolucionario alguno, como fue el caso del Partido Comunista de Alemania. Moscú combatía a la socialdemocracia por su reformismo. Sin embargo, en el fondo del pensamiento rector de la Internacional Comunista no existía una trayectoria revolucionaria. Los golpes a sestosla la socialdemocracia carecían de consistencia. En Alemania, los comunistas de Moscú acusaban a la socialdemocracia de ser la antesala del Fascismo. Y después que Thaelmann o Remmelé habían recitado este discurso, formaban bloque con las bandas de Hitler y Göring yendo juntos, en el verano de 1.931, al plebiscito contra el gobierno de Prusia que era la última fortaleza que quedaba a la socialdemocracia. La posición revolucionaria no era hacer caer a Severing y Otto Braun, como querían los nazis, y llevó a cabo Von Papen el 20 de julio de 1.932, sino, por el contrario, fortificar el gobierno de Prusia y obligarle a radicalizarse bajo la presión de la masa obrera.

En España, en otra proporción, ya que aquí el partido de Moscú tenía un peso específico inferior al de Alemania, se ha reproducido el mismo fenómeno. Los comunistas ortodoxos se pasaron los años 1.931, 1.932 y 1.933 y parte de 1.934, en lucha implacable, sin cuartel, contra los demás sectores del movimiento obrero y de un modo especial contra los socialistas y contra los comunistas disidentes: Federación Comunista Ibérica (Bloque Obrero y Campesino). El Partido Comunista de España, desde la proclamación de la República, no vio más que un adversario: el movimiento obrero. El noventa por ciento de su actividad fue consagrado a combatir a los socialistas, a los comunistas independientes, a los sindicalistas y a los anarquistas. Los anarquistas han sido muchas veces instrumentos de la contrarrevolución. Los comunistas de Moscú, en su furia sectaria, han avivado la escisión obrera, favoreciendo con frecuencia por la lógica de su política, a la reacción.

Marx, en su Crítica del Programa de Gotha, se alzó indignado contra el resabio de las doctrinas de Lassalle que había en aquella frase del Programa que decía que frente a la clase obrera "todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria". La Internacional Comunista ha llevado este principio más allá aun de lo que Lassalle hubiese pensado. Marx criticó la idea de que la sociedad se dividía, matemáticamente, en dos campos: a un lado, la clase trabajadora, y al otro lado, to das las demás clases formando un bloque reaccionario. Lassalle, si bien era dialéctico -era un discípulo de Hegel- no había logrado dar a la dialéctica el sentido materialista que Marx aplicó a toda su doctrina. La burguesía ha sido una fuerza revolucionaria con relación al feudalismo. La pequeña burguesía, en determinados momentos puede ser un factor revolucionario que ayude a la clase trabajadora. Si Lenin no hubiera tenido en cuenta esta crítica de Marx, si él hubiera creído también que frente al proletariado las demás clases no forman más que una masa reaccionaria, la Revolución de octubre no hubiese triunfado nunca. A la victoria del proletariado ruso contribuyeron dos importantes fuerzas burguesas: los campesinos y el movimiento de liberación nacional. Sin estos dos apoyos, la Revolución rusa no existiría.

Lenin dijo en 1.915 -y porqué lo creyó así pudo triunfar en 1.917-, que "la revolución socialistas en Europa no pueda ser otra cosa que una explosión de la lucha de masas de todos aquellos que están oprimidos y descontentos, sean quienes fueren. Sectores de la pequeña burguesía y de los obreros atrasados tomarán parte fatalmente. Sin su participación la lucha de masas es imposible, ninguna revolución es posible!"

Pues bien, La Internacional Comunista -y por lo tanto su filial en España- ha llevado este error lassalleano a las últimas consecuencias. Desde 1.928 a 1.934, para el comunismo oficial, no solo toda la burguesía se hallaba en el campo de la contrarrevolución, sino también un gran sector del proletariado. Una tesis tal, antimarxista, antileninista, conduce a las conclusiones más absurdas ya que la socialdemocracia controla la dirección de una parte del movimiento obrero mucho más numerosa que los comunistas. Suponía aceptar que la mayoría de la clase trabajadora era reaccionaria y, lógicamente, que la revolución era imposible. De ahí, el espíritu de Moscú hasta 1.934 :"para vencer al fascismo primeramente hay que destrozar a la socialdemocracia". Y como la socialdemocracia solo podía, en el seno del movimiento obrero, ser vencida por su partido real que, efectivamente, fuera revolucionario por su doctrina, por su táctica y estrategia, y los partidos comunistas, por las razones que hemos señalado antes, no lo eran, la socialdemocracia se mantenía en todas partes aproximadamente intacta. El comunismo de los epígonos de Lenin estaba en pleno círculo vicioso.

España ha sufrido en este aspecto las mismas consecuencias que los demás países en donde hoy Moscú tiene un núcleo más o menos importante del movimiento obrero bajo su influencia. Es el esfuerzo, forzosamente nacionalista, que hace un país para imponer al proletariado mundial sus particularidades. "No conviene al movimiento obrero que los trabajadores de una sola nación, no importa cual, marchen a la cabeza", decía Engels, en la guerra de los campesinos.

Hace ya cinco años que existe la Revolución española, y el Partido Comunista no se ha formado, sin embargo. El partido jacobino nació, se desarrolló y triunfó en plena acción revolucionaria. El partido bolchevique ruso, en marzo del 917, era con relación a la importancia de los demás partidos obreros, una pequeña minoría.

Al cabo de tres meses, en junio, al celebrarse el primer Congreso Panruso de los Soviets, de 790 diputados, sólo 103, esto es el 13%, eran bolcheviques. Medio año más tarde, el 7 de noviembre que se reunió el segundo Congreso de los Soviets, de 675 diputados, 343 es decir, el 51% eran bolcheviques. Los comunistas tenían mayoría. En nueve meses habían logrado conquistar la adhesión de las grandes masas obreras y campesinas.

El partido bolchevique, nacido, de hecho, en 1903, al producirse la escisión en el segundo congreso de la socialdemocracia rusa, en Bruselas y Londres, contaba ca torce años desde el Asaltar el Poder. El Partido Comunista de España, nacido en 1920, aventaja ya en edad al partido de Lenin cuando hizo la Revolución. No es desu poner que ni sus mismos adictos piensen que en España las cosas se desenvuelven de igual modo que en Rusia. Siguiendo la política de la Internacional Comunista como hasta ahora, no solamente en España, sino en todo el mundo, los partidos comunistas doblarían la edad, la triplicarían y llegarían a la senectud sin haber triunfado en ninguna parte.

Y es que un partido no puede ser una copia, un remedio, una adaptación. Ha de tener vida propia. Y para tenerla, sus raíces han de arraigar la tierra del país en donde existe. Ha de estar unido al pasado, al presente y al porvenir del pueblo que quiera transformar. Una cosa es el internacionalismo y otra muy diferente y opuesta, la refracción nacional, transposición mecánica de las influencias y experiencias de otro país. Lenin triunfó porque a la vez que internacionalista supo adaptar el marxismo a las condiciones especiales de Rusia. El mismo decía. "todo el que espera una revolución social pura no la verá llegar jamás. Ese es un revolucionario verbal que no comprende la verdadera revolución". Lenin fue marxista y fue ruso. Su inteligencia consistió en saber ver la totalidad rusa sin dejar de ser internacionalista. Es muy posible que Lenin hubiese fracasado en Alemania. Difícilmente hubiere logrado po ser el sentido nacional, la comprensión intuitiva del lado interno, subjetivo, de los problemas, que solo se alcanza fundiendo su existencia con la vida de todo el país.

Los rusos, olvidando a este propósito una vez más el verdadero pensamiento de Lenin, han querido colonizar el movimiento obrero de los demás países. El esfuerzo ha sido más estéril que contraproducente. El movimiento obrero se ha fraccionado y ha perdido, en luchas internas, un tiempo precioso. El triunfo del fascismo, sobre todo en Alemania, no se puede imputar solamente al socialismo reformista. Recae así mismo una gran responsabilidad sobre el comunismo oficial de los exégetas leninistas.

Stalin, en un discurso pronunciado en el XVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, decía: "Algunos camaradas piensan que, desde el momento que hay una crisis revolucionaria, la burguesía debe caer en un callejón sin salida; que su fin está, por lo tanto, predeterminado, que la victoria de la Revolución, por eso mismo, está asegurada, y que no precisa más que aguardar la caída de la burguesía y escribir resoluciones triunfales. Es un error profundo. La victoria de la Revolución no viene jamás de ella misma. Hay que prepararla, hay que conquistarla. Ahora bien, solo un fuerte partido proletario revolucionario puede prepararla y conquistarla".

Pero Moscú, y al decir Moscú implicitamente se indica a Stalin, ha hecho una política completamente opuesta a la creación de un tal partido, en España como en todo el mundo, que sea capaz de preparar y conquistar la revolución.

Los comunistas que siguen las orientaciones de Moscú carecen de la facultad de pensar. Se piensa oficialmente arriba y hay que seguir al pie de la letra, sin sisistar, los acuerdos establecidos a tres mil kilómetros de distancia por especialistas, técnicos de la política internacional, especie de Santo Sínodo de una nueva Iglesia. El marxismo es crítica y examen constantes. El pensamiento dialéctico niega la uniformidad, el estancamiento, lo absoluto, el atomismo. Cuando no hay derecho a pensar libremente, a criticar, a investigar; cuando triunfa el aforismo, el dogma, se deja de ser marxista, y, fatalmente se cae en ese misticismo de la revolución catastrófica que Stalin se vio obligado a constatar. La falta de pensamiento crítico engendra la ilusión. "Y no hay nada más desastrosa para la revolución que la ilusión, no hay nada que le sea más aprovechable que la verdad", decía Rosa Luxemburg a los espartakistas alemanes, en diciembre de 1.918, al fundar con Liebknecht el Partido Comunista alemán.

Moscú -la prueba está hecha de una manera assez concluyente- no ha ayudado al proletariado internacional, por toda la serie de razones apuntadas, a la formación del partido obrero revolucionario que el movimiento obrero y la revolución proletaria necesitan.

España ha sido a este propósito, creemos, un campo de experimentos de gran valor y ofrece una experiencia que deja lugar a dudas.

Al margen del Partido Comunista, sección española de la Internacional Comunista, ha nacido y se ha desarrollado adquiriendo un gran incremento sobre todo en Cataluña, el partido comunista independiente, la Federación Comunista Ibérica (Bloque Obrero y Campesino). Este partido comunista independiente ha actuado siguiendo una línea política marxista-leninista justa, contribuyendo en gran medida a corregir los errores del movimiento obrero y a impulsar la unidad de la clase trabajadora. La aparición de la Alianza Obrera se debe en gran parte a este partido.

=====

ANDRES NIN:

1931-1933

LA SITUACION POLITICA ESPAÑOLA Y LOS COMUNISTAS

La revolución española sigue su curso, a pesar de las Crotas constituyentes, que se hallan a una distancia astronómica de los problemas vivos de aquélla; a pesar de las tentativas de los hombres del 14 de abril para ahogarla con torrentes de eloquencia y chaparrones de leyes salvajemente combinados con los fusiles de la guardia civil y las ametralladoras de los guardias de asalto. El humo de las ilusiones democráticas se va disipando y los antagonismos de clase se van manifestando en una forma cada día más acusada. Obreros y campesinos se lanzan a la lucha en todos los ámbitos del país. Los combates de hoy no son más que el preludio de otros más vastos y más agudos. La vitalidad y el ardor combativo de nuestras masas trabajadoras, tan generosamente prodigados durante estos últimos años, a pesar de la falta absoluta de dirección, diríase inextinguible.

Todo ello plantea problemas de sustancial importancia al proletariado revolucionario en general y a los comunistas en particular. Estudiarlos y resolverlos constituye su misión inmediata. Nunca como ahora se ha manifestado de un modo tan imperioso la necesidad, para la Izquierda comunista, vanguardia de la vanguardia del proletariado, de disponer de un órgano de combate, por lo menos semanal, destinado a cumplir la misión y a seguir de cerca los acontecimientos, que se suceden con una velocidad vertiginosa. En su ausencia, nos vemos obligados a utilizar esta revista mensual para poner un comentario, forzosamente esquemático, a los hechos más significativos.

La revolución ha entrado en una de sus fases más interesantes. No es todavía la etapa decisiva, pero los elementos de ésta, que existen ya potencialmente desde que se inició el proceso revolucionario, van tomando contornos cada vez más definidos. Marx había hecho ya observar que en España los procesos revolucionarios se desarrollan generalmente con cierta lentitud. Esta característica de nuestras revoluciones ofrece una indudable ventaja a la vanguardia proletaria. Se ha perdido mucho tiempo, pero existen todavía posibilidades evidentes de recuperarlo. Constituiría, empero, más que un error, un crimen, confiar pasivamente en esta posibilidad, dejando que las cosas siguieran su curso sin realizar un esfuerzo heroico para enderezarla. Es posible, no demasiado probable, que la actual revolución española se desenvuelva con la misma lentitud que las anteriores. Pero no hay que olvidar que lo que hasta ahora había constituido casi una regla, puede dejar de serlo por la situación internacional (Alemania, peligro creciente de guerra mundial, etc.) que no puede dejar de tener repercusiones en nuestro país y acelerar el curso de los acontecimientos. Lo más probable, por consiguiente, es que la Historia conceda un plazo relativamente breve a la clase obrera española para que cumpla con su misión revolucionaria. Esta circunstancia agrava la responsabilidad de la vanguardia proletaria, que en condiciones históricas excepcionalmente favorables a la lucha por el poder, contando con una organización obrera disgregada, influenciada por anarquistas y socialistas, y un partido en estado embrionario y, por añadidura, atacado de todas las enfermedades que aquejan a la III Internacional.

Hay que unificar, pues, a las masas obreras, coordinar el movimiento proletario con la insurrección campesina, eliminar la influencia dominante del anarquismo y del socialismo, transformar el actual partido comunista en el gran partido de la revolución.

La tarea a realizar es gigantesca, pero no puede amedrantar por su magnitud a una vanguardia que se propone transformar el mundo. La inmensidad misma de la tarea cuya realización nos confía la historia, ha de servir de acicate para que nos lancemos a ella con entusiasmo, tenacidad y energía. Y no olvidemos que en los periodos revolucionarios se puede hacer en algunos meses lo que exige años, y aún décadas enteras, en los periodos de desarrollo normal. El que no se sienta con arrestos para lanzarse a la pelea en estas condiciones, no es digno de llamarse revolucionario.

Un proceso revolucionario no se desarrolla, ni mucho menos, en línea recta. Los altos y bajos son normales en el mismo, y el error más grave que puede cometer el militante es considerar como definitiva una de esas depresiones temporales y modificar, en consecuencia, la línea estratégica general. Pero sería igualmente erróneo no adaptar la táctica a esas oscilaciones, aplicando mecánicamente como ha venido haciéndolo el Partido Comunista, cuatro fórmulas generales a todas las situaciones concretas que se han creado.

Los acontecimientos de estos últimos meses señalan, indiscutiblemente, un nuevo impulso ascendente de la revolución después del breve período de descenso, o más bien de estancamiento que lo precedió. Las ilusiones democráticas se van desvaneciendo rápidamente. El movimiento huelguista ha ganado en amplitud e intensidad. Las luchas de carácter general, esto es, que no se reducen a un solo oficio o una sola rama, son cada día más frecuentes. Es verdad que ese movimiento tiene todavía un carácter fundamentalmente defensivo, pero ha tomado cada día caracteres más agudos y agresivos. Las repercusiones de la aventura del 8 de enero han demostrado, con sorpresa para sus propios iniciadores, que la fuerza combativa de la clase obrera no solo no está agotada, sino que bien encauzada podría producir verdaderos milagros. Pero es el movimiento campesino el que ha tomado un impulso particularmente poderoso, como para demostrar a los hombres de la República que el problema agrario, esta piedra angular de la revolución democrática burguesa, sigue sin resolver. Al mismo tiempo, se ha agudizado la lucha en el campo de las clases explotadoras, entre la burguesía y los terratenientes. Estos, a temorizados ante el empuje de la revolución agraria, lanzan la voz de alarma y se aprestan a repetir, en una escala mucho más considerable y contando con fuerzas políticas más nutridas y mejor organizadas, el golpe del 10 de agosto.

Es a la luz de estos tres factores a la que hay que examinar la situación política creada en el país y que ha hallado su expresión en la lucha de Lerroux y de sus huestes contra el gobierno Azaña. Lerroux es el representante de los intereses de los grandes terratenientes y de la Iglesia, contra la revolución democrático-burguesa. El excaudillo de la más desenfrenada demagogia encarna, por consiguiente, todo lo que constituye la base fundamental de la monarquía. A esas dos grandes potencias feudales se añaden las viejas castas militares y ciertas categorías del capital comercial, y más que comercial, especulativo, que sueñan con un régimen desmidictadura, siempre propicio a los intereses de grupo y a los panamás administrativos.

Constituiría, sin embargo, un error manifiesto sacar de la contraposición esquemática de esos dos grupos la conclusión de que el grupo personificado por el gobierno Azaña representa los intereses de la revolución democrático burguesa. Ya antes de la caída de la monarquía sosteníamos que la República no podía solucionar radicalmente los problemas fundamentales de dicha revolución; que en las circunstancias históricas presentes, ésta no podía ser realizada íntegramente sino por la

dictadura del proletariado, en estrecha alianza con las masas campesinas. No creemos sea necesario insistir sobre el particular: todos, absolutamente todos los problemas esenciales de la revolución democrático burguesa quedan fundamentalmente en pie, y muy particularmente el problema del campo, que la Reforma agraria, en vez de resolver, ha agravado.

¿Como se explica, pues, la lucha encarnizada de los terratenientes, representados por Lerroux, contra un gobierno que por los autorizados por los labios de su presidente ha declarado que la Reforma agraria era profundamente conservadora? ¿Como se explica el furioso ataque emprendido contra los socialistas, cuya complicidad en el estrangulamiento de la revolución ni tan siquiera necesita ser demostrada, puesto que la han proclamado abiertamente sus líderes más significados? ¿Como se explica, en fin, la exacerbación de la lucha entre dos clases igualmente interesadas en salvaguardar, por encima de todo, el sacratísimo derecho de propiedad?

La explicación de la alarma de los terratenientes y de su furiosa acometida hay que buscarla no en la política agraria del gobierno, sino en el levantamiento campesino. Como es sabido, los campesinos, fiados en las promesas demagógicas de los socialistas, les votaron en masa y les llevaron a las Constituyentes con la esperanza de que les darían la tierra. La UGT contaba con un número importantísimo de organizaciones agrarias. Los terratenientes, en los primeros tiempos de la República, no solo no opusieron reparos a la permanencia de los socialistas en el poder, sino que la vieron con buenos ojos. Tenían la seguridad -y no se equivocaban- de que nadie mejor que ellos defenderían los intereses de las clases explotadoras y contendría el avance de la revolución. ¿No ha dicho uno de sus líderes más destados que la primera labor de los socialistas consistía en desplazar a los comunistas y a los anarcosindicalistas del movimiento, en "apartarlos de que influyesen en la dirección de las masas revolucionarias"? ¿Podían encontrar mejores auxiliares? Los socialistas se encargarían de frenar a las masas campesinas, de evitar los "excesos", de adormecer su espíritu combativo con la promesa de una ley que daría satisfacción a su hambre de tierra. Pero las ilusiones campesinas se esvanecieron rápidamente; los socialistas han ido perdiendo el control que ejercían sobre las masas campesinas que se hallaban bajo su influencia y la revolución agraria se ha desencadenado impestuosamente en los campos andaluces y extremeños.

Esto explica el cambio de actitud de los elementos reaccionarios. El motivo fundamental que justificaba la presencia de los socialistas en el gobierno ha desaparecido. Si no pueden evitar los "desmanes" en el campo, si son impotentes para contener el avance de la revolución agraria, que no se efectúa en el Parlamento, sino en el campo. ¿Qué necesidad hay de los ministros socialistas?! Fuera, pues, los socialistas del gobierno!

Pero ¿por qué querrán los terratenientes que abandonen el gobierno no solo los socialistas, sino los ministros burgueses actuales? Porque, a pesar de su timidez, la Reforma agraria les asusta, no por lo que representa en sí, sino porque por su propia insuficiencia, aviva más el apetito de tierra de los campesinos, hace más patente la injusticia del régimen agrario y, temerosos ante el impetu de la revolución agraria, necesitan un gobierno "de fuerza" que reprima los movimientos campesinos con mano dura. Y en este sentido, un gobierno del que formen parte los socialistas y republicanos de tipo pequeño burgués, como Azaña y Domingo, no les merece suficiente confianza, los primeros por las limitaciones que les impone la necesidad de mantener la confianza de las masas que todavía les siguen, los segundos por las vacilaciones propias de la clase.

clase.

Aclarados los motivos que explican la actitud de las fuerzas reaccionarias caudilladas por Lerroux, nos quedan por examinar las rones que inducen a la burguesía a mantener a los socialistas en el poder. Las ventajas de esta colaboración no pueden ser más evidentes. La burguesía tiene necesidad de una organización obrera domesticada, dispuesta a sustituir la lucha de clases por la colaboración y a convertirse en la base más sólida para la consolidación de la República, es decir, del orden social (establecido) capitalista. Si esta organización, por añadidura, comparte las responsabilidades del poder, por consiguiente, de la política burguesa en general, la colaboración constituye una garantía indiscutible para el "orden social", para cuya defensa, según declaraba Prieto en vísperas de la frustrada huelga ferroviaria, los socialistas están dispuestos a sancionar todas las medidas represivas, por violentas que sean.

Esta colaboración es tanto más preciosa cuanto que los dirigentes de la UGT han conseguido sujetar más recientemente a las organizaciones obreras que a los campesinos, y que Largo Caballero, desde este un punto estratégico de tanta importancia como el Ministerio de Trabajo, se halla excepcionalmente situado para favorecer a la central sindical reformista y crear toda clase de obstáculos a la CNT, la cual, a pesar de los tremendos errores de su dirección, constituye, por el espíritu revolucionario de las masas que la componen, una pesadilla para la burguesía. Esta mantendrá a los socialistas, sino que se quitará sin reparo la careta democrática. Hubo un momento, cuando Lerroux inició su ofensiva, en que la burguesía empezó a vacilar. La CNT se hallaba entonces en su apogeo, las masas afluyan impetuosamente a la central revolucionaria y la clase capitalista, inquieta, temió que los socialistas perdieran completamente el control del movimiento obrero. Pero no tardó en tranquilizarse. Los dirigentes anarquistas, con su absurda táctica y su sectarismo creíble, ni supieron aprovecharse de esos momentos excepcionalmente favorables y fomentaron activamente la disgregación del movimiento sindical revolucionario. En estas circunstancias, la colaboración socialista es de una eficacia evidente para la burguesía.

De este análisis sumario que hemos hecho de la situación política actual se desprende claramente la línea de conducta que las circunstancias imponen a la clase obrera. El proletariado debe impedir por todos los medios el advenimiento de un gobierno Lerroux, que representaría la contrarrevolución descarada, la restauración de todo lo que constituía la base esencial de la monarquía: poder omnímodo de los terratenientes y de la Iglesia, de las castas militares y de la burocracia, especulación desenfrenada, persecución implacable del movimiento obrero y campesino, anulación completa de todas las libertades democráticas, ya tan cercanas. La subida de Lerroux al poder representaría un enorme paso atrás, que las clases trabajadoras no pueden consentir.

Esto es de una evidencia tan absoluta, que no tiene necesidad de ser demostrado con prolijos razonamientos. Cualquier obrero que se oriente medianamente en las cuestiones políticas lo comprenderá sin dificultad. Por este motivo la actitud adoptada por los elementos dirigentes de la CNT haciendo el juego a Lerroux no puede ser más absurda. El odio legítimo que les inspiran los socialistas les oscurece la razón y les impide ver que con respecto a un gobierno Lerroux, el gobierno Azaña-Caballero es progresivo, y con su insensata política se convierten, inconscientemente, claro está, en los instrumentos de la más negra reacción. Lerroux, viejo demagogo acostumbrado ya a manejar a los anarquistas durante años, ha sabido cogerles en el anzuelo de Casas Viejas y de las luchas contra los socialistas, sin comprender que bajo un gobierno Lerroux toda España se convertiría en Casas Viejas y la CNT sería prácticamente puesta fuera de la ley.

Toda la clase obrera está directamente interesada en impedir el avance de la reacción. Las circunstancias aconsejan imperiosamente la formación del frente único sobre la base de un programa aceptable por todos: oponerse al advenimiento de un gobierno Lefroux, luchar por la amnistía, el castigo inexorable de los responsables de los asesinatos de Casas Viejas, la abolición de la Ley de Defensa de la República, el subsidio a los parados, el reparto a los derechos de asociación y reunión la libertad de la prensa, etc.

El frente único es un arma que, manejada con acierto, puede dar resultados magníficos. Pero para ello es preciso que el Partido Comunista deje de emplearla como un simple medio de agitación, que se convierta en soluciones prácticas inmediatas de acción: para ello es preciso sensiblemente que restablezca la concepción del frente único en el sentido en que fue elaborada por la Internacional antes de su degeneración estalinista. El Partido debe proponer inmediatamente el frente único sobre la base indicada a la CNT, a la FAI, al Partido Socialista, a la UGT, dirigiéndose directamente a sus comités. Proconizar el frente único "so lo por abajo" equivalente prácticamente a renuncia a su realización. No podemos tener acceso a las masas influenciadas por los socialistas o los anarquistas más que a través de sus dirigentes. Si pudiéramos prescindir de ellos, si las masas estuvieran ya convencidas de que nuestro punto de vista es el justo, no habría necesidad de frente único.

El momento no puede ser más oportuno. La aplicación acertada de la táctica del frente único, sin demagogia absurda, con el propósito sincero de convertirlo en realidad, puede conducir a la unidad de frente efectivo "por abajo", es decir, contra la voluntad de los dirigentes. Con su táctica actual, el partido no hace más que ahondar el abismo que le separa de las masas y desacreditar la idea misma de frente único.

La formación del frente único contra Lefroux, ¿no implicará el apoyo directo al gobierno Azaña? Cuando, en 1.917, en vísperas de la revolución de Octubre, los bolcheviques lucharon conjuntamente con mencheviques y socialrevolucionarios ~~y~~ contra la tentativa de golpe de Estado de Kornilov, el gobierno de Kerenski no solo no silió reforzado de ello, sino que su proceso dedisgregación se aceleró vertiginosamente, mientras la influencia bolchevista crecía en la misma proporción entre las masas, a pesar de que el partido bolchevique no tuvo inconveniente en ir al frente único "desde arriba", pactando con los elementos que estaban en el poder, que le perseguían encarnizadamente y que habían tenido connivencias con el general rebelde, el cual representaba lo que políticamente representaba Lefroux en la actualidad.

Si el partido no consigue movilizar a las masas y el gobierno Azaña logra con sus propios medios parar los golpes de la reacción, como los paró el 10 de agosto, su posición se verá, indudablemente, reforzada. Todo depende de la correlación de fuerzas. Si, por el contrario, el partido consigue poner en movimiento a las masas, encuadrar y dirigir su acción, la lucha contra Lefroux se convertirá en lucha de la clase obrera contra el poder burgués y señalará un avance considerable de la misma, en el camino de la conquista del poder.

Claro que para que el partido actúe de una manera eficaz, es preciso que abandone definitivamente su demagogia huera, renuncie a la absurda teoría del "socialfascismo", que le separa de las masas socialista, parenda a saber distinguir los antagonismos existentes en el seno de las clases explotadoras utilizando las en provecho propios, emplee un lenguaje adecuado para con las masas que hallan bajo la influencia anarquista, instituya un régimen de democracia interna que convierta al partido en

gran organización revolucionaria de la clase obrera y reniegue de su estúpida política de escisión sindical. Pero ello presupone la admisión de la Izquierda comunista en el partido y la renuncia completa a la política del estalinismo, el cual está demostrando precisamente, su impotencia y su incapacidad para conducir al proletariado al combate y a la victoria.

Cárcel de Algeciras, 12 de marzo de 1.933

n.º 1 of 41224
CEDOC
FONS
A VILADOT

DOCUMENTOS HISTORIA DE ESPAÑA

ETAPA 1934-1936

1

LA EXPERIENCIA
FRENTISTA
EN EL III CONGRESO URSS

FERNANDO CLAUDÍN

- ESTUCHE INTERNACIONAL.
- POLÍTICA DE LA URSS.

FERNANDO CLAUDIN

LA EXPERIENCIA FRENTISTA

(1934-1936)

RÉCUPERACION CAPITALISTA Y CONTRAFENSIVA OBRERA

En los tres años que mediaron entre la iniciación de la crisis económica y la subida de Hitler al poder un viento de pesimismo y alarma sacudió al mundo burgués. El 14 de noviembre de 1931 escribía el New York Times que el impacto de la crisis "no sólo sobrepasa episodios similares del pasado, sino amenaza mortalmente al sistema capitalista". Los acontecimientos, en efecto, no parecían presagiar nada de bueno al "sistema". La caída de la producción, el desbarajuste del comercio y de las finanzas, llegan a extremos sin precedentes en la historia de las crisis cíclicas del capitalismo. En el punto más bajo de la curva depresiva los parados totales se cifran entre los 25 y los 30 millones. Europa y los Estados Unidos se estremecen bajo una ola de huelgas, manifestaciones de masa, "marchas del hambre", choques entre los trabajadores y las fuerzas armadas del Estado. La agitación social y política alcanza un nivel desconocido desde los años 1919-1920. En algunos Estados europeos se inician procesos políticos en los que las clases dominantes ven posibles fases "kerensquianas": caída de la monarquía española en abril de 1931; gobierno del "bloque popular" en Bulgaria, en junio del mismo año; derrota de las derechas en las elecciones francesas de mayo de 1932. Los movimientos de liberación cobran nuevo vigor en Asia y América latina. Pero la medalla tiene su reverso. El fascismo y la reacción tradicional se activizan por doquier, no escatiman la violencia ni la demagogia, y encuentran eco en millones de desesperados de las capas medias -duramente afectadas por la crisis- y del mismo proletariado. Socialistas reformistas y liberales burgueses maniobran en dos frentes: contra la amenaza fascista y contra la amenaza revolucionaria. Los comunistas llaman incansablemente a la lucha por "el poder de los soviets".

La victoria de Hitler introduce una primera clarificación al descartar la amenaza revolucionaria en el país donde revestía características más graves para el capitalismo europeo. Después habría la explosión de junio de 1936 en Francia, pero el espectro de la revolución no toma cuerpo realmente más que en España. Y análogamente a como siglos atrás la Europa del capitalismo adulto se coaligó contra la España imperial, ahora la Europa del capitalismo adulto se coaliga para aplastar a la España revolucionaria.

Sin embargo, el hecho de que el capitalismo sobreviviese en Europa (sin hablar ya de los Estados Unidos) a la crisis del veintinueve, no se explica sólo por la victoria de las clases dominantes en la esfera política, mediante el recurso al fascismo o bajo formas más o menos tradicionales. La victoria a este nivel permite que jueguen plenamente -en el plano de las estructuras económicas- los mecanismos de recuperación implicados en la crisis misma. La tesis vigente por aquellos años en la IC, según la cual estaba en presencia de la "crisis final" del sistema capitalista, derivaba precisamente de que se negaba dicha capacidad de recuperación. A través de la ruina de millones de pequeños productores urbanos y rurales, de la quiebra de cientos de miles de capitalistas medios y de no pocos tiburones del capital; mediante el expeditivo procedimiento de arrojar a la calle millones de trabajadores "sobrantes"; bajo el dictado, en una palabra, de sus "leyes naturales", las estructuras productivas del capitalismo se "autorracionalizaron" en los años que siguen a 1929, análogamente a como ocurrió en sus anteriores crisis cíclicas. Pero esta vez los prácticos, y algunos teóricos de la economía capitalista (la primera edición inglesa de la Teoría general de Keynes aparece en 1936), toman con-

cienoia de la necesidad y de la posibilidad de regular en cierto modo las "leyes naturales", lanzando así el primer desafío a la tesis marxista que afirmaba la incorregibilidad de la anarquía propia a la producción capitalista. El alto grado de concentración monopolista a que había llevado la dinámica misma de esa anarquía en los países industrialmente desarrollados creaba las condiciones objetivas para frenarla, desde el momento que la masa de capitalistas privados se encontraba en estrecha dependencia de unos cuantos cientos o decenas de grandes unidades monopolísticas. La articulación del Estado con estas unidades proporcionaba un instrumento de incomparable poder coercitivo a todos los niveles: económico, político, ideológico, científico, cultural, etc. El Estado deberá servir en adelante no sólo para mantener en obediencia a los explotados sino para subordinar el interés privado de cada capitalista al interés general del capitalismo. Por una de esas ironías de la historia, la primera revolución proletaria triunfante habría de contribuir no poco a que las clases capitalistas tomaran conciencia de la necesidad de disciplinar sus "leyes naturales" y concibieran como hacerlo. La revolución rusa, en efecto, les hizo comprender mejor los riesgos del laissez faire, laissez passer, y el gigantesco trust estatal creado por la revolución, su primer plan quinquenal, les ayudó a calibrar los servicios que podía rendir el Estado en la esfera económica. Marcando el paso a su enemigo, el Estado burgués hizo así su irrupción histórica en el sagrado recinto de la economía capitalista. Las guerras ya lo habían exigido más de una vez, pero como excepción de la regla; ahora la excepción se hacía regla.

El fascismo en Alemania y el New Deal en los Estados Unidos (simbólicamente, Hitler y Roosevelt llegan al poder casi simultáneamente) representarán los dos polos del cuerpo de soluciones políticas y económicas que sirven al capitalismo monopolista, ~~para fortalecer la clase industrial~~. Pero la polaridad es sobre todo política. La bárbara violencia nacionalista, racial y antiobrera del primero, y el idealismo paternalista del segundo, recuperan un proceso económico análogo. Contra lo que muchos - entodos los horizontes políticos, incluido el marxista - creen en ese momento, la variante fascista no será más que una solución de emergencia (que se le impone al capital monopolista de la gran potencia industrial alemana, en virtud de su debilidad interior frente al movimiento obrero y de su debilidad exterior frente al "oeste" de sus rivales, detentadores del monopolio colonial), mientras que la variante americana se revelará como el primer ensayo del futuro "neocapitalismo".

En resumen, la mayor crisis económica de la historia del capitalismo, en lugar de ser la "crisis final" y desembocar en revolución proletaria, como se creyó en la EC, resultó ser el punto doloroso de una nueva fase del desarrollo capitalista: el capitalismo monopolista de Estado. La preparación de la segunda guerra mundial y la guerra misma servirán para quemar las etapas de esta mutación, no sólo porque aceleran la transformación del Estado en la máxima potencia económica de cada país, sino porque imprimen un ritmo febril al progreso técnico y científico, intensifican la dinámica de la concentración económica y política, etc. Una vez más, la "lógica" monstruosa del mecanismo capitalista se revela más fuerte que la conciencia moral de la humanidad y que la conciencia de clase del proletariado; más astuta que los dispositivos estratégicos y tácticos del "partido mundial" de la revolución.

Sin embargo, entre la subida al poder de Hitler y el comienzo de la carnicería mundial surgieron en Europa nuevas oportunidades de oponerse a esa "lógica" y modificar el curso de los acontecimientos. En los países donde el movimiento obrero no había sido aplastado por las dictaduras fascistas o fascizantes, la terrible

elección alemana provocó, en efecto, una reacción saludable en las masas populares, en los partidos y sindicatos obreros, e incluso en partidos políticos de la burguesía y pequeña burguesía cuya existencia estaba tradicionalmente ligada al régimen parlamentario y a las libertades legadas por las revoluciones burguesas. La agravación del peligro de guerra contribuyó también a la activización política de las masas populares, aunque en una serie de casos el miedo a la guerra predisponía a las mayores capitulaciones.

En la clase obrera el reflejo antifascista va acompañado de una radicalización anticapitalista, estimulada por los penosos efectos de la crisis. La vía reformista se desacredita ante extensos sectores proletarios, y dentro de los partidos y sindicatos socialdemócratas ganan rápidamente terreno las tendencias de izquierda. El año 1934 es sintomático de esta radicalización. En febrero, las milicias obreras socialistas se batieron valerosamente en Viena contra la dictadura de Dollfuss, y los trabajadores de París -comunistas y socialistas- salen a la calle contra las "ligas" fascizantes. En ese mismo mes tiene lugar la gran "marcha del hambre" sobre Londres, en cuya organización los comunistas participan junto con miembros del Partido Laborista, de la Trade Unions, y el Partido Laborista Independiente. Y en 1934 es el año del octubre asturiano: el movimiento insurreccional preparado contra la entrada en el gobierno de Madrid del partido fascizante de Acción Popular, no pasa, en la mayor parte de España, de la huelga general revolucionaria; pero en Asturias los mineros se apoderan del poder y lo defienden con heroísmo durante quince días contra fuerzas muy superiores del ejército enviadas por el gobierno para palastar la insurrección. En la Comuna asturiana combaten unidos socialistas, comunistas y anarquistas.

Esta contraofensiva del movimiento obrero frente al avance fascista y a la intensificación de la explotación capitalista, llega a su punto culminante en 1936. A la victoria electoral del Frente Popular en España y en Francia no sigue la esperanza pasiva de la clase obrera al cumplimiento de las promesas electorales. Y no tanto porque los programas de los Frentes Populares respectivos sean sumamente moderados y no contengan soluciones a los problemas de fondo planteados en ambos países, como porque los trabajadores no confían en los nuevos equipos gubernamentales. Toman conciencia de que la situación política creada gracias a su lucha les es favorable y deben aprovecharla sin pérdida de tiempo. Huelgas, manifestaciones, asalto de las cárceles para liberar a los presos políticos, ocupación de tierras, ajuste de cuentas fascistas y reaccionarios, creación de grupos armados, se propagaron por España como mancha de aceite entre febrero y julio. Y cuando los generales se sublevan, los trabajadores responden con la lucha armada y la revolución. En Francia, sin esperar a que Blum forme gobierno, las masas obreras se lanzan a la huelga y ocupan las fábricas durante el mes de junio. En vecindad de ambos movimientos y su coincidencia en el tiempo crean una coyuntura única para poner en marcha un proceso que podía cambiar radicalmente el panorama europeo. Es indudable que la profundidad revolucionaria y el empuje combativo del movimiento español eran, en aquel momento, mayores que en el francés. Pero éste contenía un potencial revolucionario que fue deliberadamente frenado por los más llamados a impulsarlo. La frustración de las posibilidades contenidas en el junio francés dejó aislada a la revolución española y fue una de las causas esenciales de su derrota militar. La vía quedó libre para la agresión hitleriana y la segunda guerra mundial.

La responsabilidad de la socialdemocracia internacional, y sobre todo del Partido Socialista francés, en que los acontecimientos tomaran el rumbo que tomaron, no es menor que la de la socialdemocracia alemana en la victoria de Hitler. Pero es muy probable que el juicio de la historia absuelva de toda culpa a la Internacional Comunista.

EL VIRAJE DE 1934:

Inmediatamente después de la subida de Hitler al poder comienza a perfilarse un cambio en la posición de los líderes socialistas respecto al problema del frente único con los comunistas. En un llamamiento dirigido a los obreros de todos los países, con fecha de febrero de 1933, la dirección de la Internacional Obrera Socialista (IOS) declara estar dispuesta entablar conversaciones con la IC, a fin de organizar acciones comunes contra el fascismo. Pone como única condición que cesen los ataques reciprocos. En la conferencia que la misma IOS celebra en agosto de ese año, la "izquierda" -representada en ese momento por Nenni, Grimm, Ziromski, Paak, y otros- adopta una posición similar a la que en esa hora tiene la Komintern: frente al avance fascista la clase obrera no tiene más opción que la lucha directa por el poder. Adler y Blum, representantes del "centro", se atienden a las posiciones reformistas tradicionales, pero admiten la acción común con los comunistas, bajo la condición más arriba indicada. En los primeros meses de 1934, el Partido Socialista español se pronuncia por las Alianzas Obreras y propone al Partido Comunista ingresar en ellas. La SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera -Partido socialista francés-) se declara dispuesta de 1933 a concertarse con el Partido Comunista, siempre que cesen "las polémicas injuriosas de partido a partido". Como motivo de los acontecimientos del 6 de febrero de 1934, los dirigentes de la Federación del Sena de la SFIO proponen a la dirección del Partido Comunista reunirse para "fijar las bases de un acuerdo leal y realizar la unidad de acción de los trabajadores". Posiciones análogas se registran en otros partidos socialistas.

Las motivaciones de esta evolución de un sector considerable de la socialdemocracia hacia las alianzas políticas con los partidos comunistas son complejas. Una de las más generales, sin duda, es el reflejo defensivo ante la evidencia de que el fascismo no dirigiría sus golpes exclusivamente contra la extrema izquierda. La dramática experiencia alemana confirmaba que el fascismo -como decía Trotski desde 1930- "era una amenaza mortal para la misma socialdemocracia". Por otra parte, el hundimiento de gran Partido Socialdemócrata alemán dio lugar a que la hegemonía dentro de la IOS pasara decisivamente a los partidos socialistas de las potencias de Versalles, amenazadas por el revanchismo hitleriano. Y estos Estados -en los que los partidos socialistas desempeñaban un papel relevante- comienzan a plantearse, como una alternativa posible, la alianza con la Unión Soviética. El mejoramiento de las relaciones de los partidos socialistas con la IC y sus secciones nacionales podía allanar el camino en esa dirección. La evolución viene dictada también, en una serie de casos, por consideraciones estrechamiento partidistas: se trata de no chocar demasiado frontalmente con las tendencias unitarias y radicales que se extienden en las masas.

No todo es oportunismo, sin embargo. A algunos líderes socialdemócratas -no muy numerosos, ciertamente- la experiencia del fascismo los conduce a una revisión fundamental de las tesis reformistas. Uno de los ejemplos más característicos es el de Otto Bauer, figura destaca entre los teóricos del marxismo austriaco. Después de las elecciones austriacas de abril de 1927, Otto Bauer prevé casi matemáticamente el itinerario que le queda por recorrer al partido socialista, a caballo del sufragio universal, para llegar al poder e instaurar el socialismo: "En 1920 -dice- tuvimos el 36% de los votos. En las penúltimas elecciones cerca del 40%. Ahora, casi el 43%. En seis años y medio nos hemos fortalecido aproximadamente en un 7%. ¿Cuánto nos falta? El camino hacia el poder que necesitamos recorrer exige aproximadamente el mismo plazo que el transcurrido desde 1920 (...). Una o dos elecciones

más y habremos terminado con el gobierno burgués". Pero al cumplirse el plazo es el gobierno burgués quien termina con el Partido Socialista austriaco. En 1936, Otto Bauer escribe que la experiencia del fascismo "destruye la ilusión reformista, según la cual, la clase obrera puede llenar las formas de democracia (burguesa) de un contenido socialista y transformar el orden capitalista en un orden socialista sin salto revolucionario". Conclusión muy generalizada en los comunistas de izquierda de aquéllos años, en los que es frecuente observar un interés por los problemas teóricos de la revolución que contrasta con el practicismo imperante de la IC. Al mismo tiempo que se condena el reformismo se postula en muchos casos la creación de un nuevo partido marxista que unifique a socialistas revolucionarios y comunistas, sin excluir a trotsquistas (estos socialistas radicalizados de los años treinta no tienen prejuicios antitrotsquistas, sino más bien lo contrario). Tales son las posiciones que se manifiestan en la izquierda del partido y de las juventudes socialistas en España, en las tendencias Ziromski y Marceau-Pivert dentro de la SFIO, en una fracción del partido laborista independiente, en un grupo de "socialistas revolucionarios" alemanes, que en septiembre de 1934 hace pública su plataforma bajo el título "Vía hacia una Alemania socialista", etc.

Por primera vez desde la escisión de 1919 se presentaba la posibilidad real no solo de la unidad de acción entre social-demócratas y comunistas, sino de llegar a la unificación en un solo partido de las divergencias corrientes revolucionarias inspiradas en el marxismo. Pero transcurre todo 1933 y casi la mitad de 1934 sin que la IC modifique las posiciones ultrasectarias que habían llevado a la catástrofe al partido alemán. No acepta la propuesta de conversaciones que le hace la IOS en febrero de 1933. No comprende la significación de la tendencia de izquierda que se manifiesta en la conferencia que la misma IOS en agosto de este año. Y la XIII Sesión plenaria del Comité ejecutivo de la IC, celebrada cuatro meses después, sigue contraponiendo el frente único "por arriba", al frente único "por abajo", perisite en ver a la socialdemocracia en bloque como la principal base social de la burguesía, y su ala izquierda como la fracción más peligrosa y desolapada de la socialdemocracia. Ateniéndose a este criterio, los partidos comunistas rechazan las propuestas unitarias que se les hacen. El Partido Comunista de España se niega a ingresar en las Alianzas obreras. Y la dirección del partido francés responde en los siguientes términos a la proposición, más arriba citada, que le hacen los dirigentes socialistas de París: "Más que nunca fraternizaremos con los obreros socialistas, más que nunca los llamaremos a la acción común con sus camaradas comunistas. Y más que nunca denunciamos a los jefes socialistas, al partido socialista, servidores de la burguesía, último reducto de la sociedad capitalista...". Unos días después, manifestaciones convocadas separadamente por el partido socialista y el partido comunista convergen a un mismo lugar, y cien mil trabajadores parisinos proclaman la unidad de acción. Pero para la dirección del partido comunista francés el acontecimiento no es más que un acto de frente único "por abajo". La campaña contra el Partido Socialista se refuerza, si cabe en los meses siguientes.

De improviso, Moscú da la señal del "viraje". El 31 de mayo de 1934, L'Humanité reproduce un artículo de Pravda donde se argumenta que es perfectamente admisible proponer a los dirigentes socialistas franceses la unidad de acción. En el mismo número, L'Humanité publica un llamamiento a los obreros y secciones socialistas a la comisión administrativa del partido socialista". A partir de este momento los pactos de unidad de acción socialista-comunista se suceden en cadena. En julio se firma el francés, el agosto el italiano, en septiembre el Partido Comunista de España ingresa en las Alianzas Obreras, pese a la presencia en ellas de la or-

ganización trotskista y entre las organizaciones juveniles comunista y socialista se entablan conversaciones para llegar a la fusión. De golpe se ponía de manifiesto que las iniciativas unitarias omandas desde hacia más de un año de las filas socialistas no eran puramente y que la prolongación durante este mismo periodo de la línea ultra-estalinista de la IC había causado un grave prejuicio a la unidad obrera con el agravante de que la situación creaba en Europa, desde la subida de Hitler al poder, la cuestión de ganar tiempo en la preparación de las fuerzas revolucionarias para los combates que se avecinaban como una cuestión vital.

¿Qué factores impidieron a la IC realizar antes el viraje? Y porque se efectúa precisamente en mayo de 1934?

Es indudable que el Estado en que se encontraba el Komintern a la altura de 1933—cuestión sobre la que no vamos a volver después de todo lo dicho en la exposición precedente—bastaría para explicarse el retraso. La mentalidad y los hábitos políticos creados en diez años de rigidez sectaria, de despuñaciones y ser el polo opuesto de lo que exigía la nueva situación. Esos rasgos se daban muy particularmente en el grupo de funcionarios del partido soviético que después de la eliminación de Bujarin y de los bujarinistas constituía bajo las órdenes Stalin, la dirección efectiva de la IC (Mamuilaki, Kusinen, Piatniski, Losowski, etc.). Es verosímil que en suero interno algunos de los dirigentes comunistas europeos comprendiesen desde hacía tiempo la necesidad del cambio táctico —la presión de los acontecimientos, de las corrientes unitarias que oían en las masas y en la misma socialdemocracia la creciente, gravedad de la amenaza fascista, no podían por lo menos que influirlos, pero revisar, en el sentido que exigía la situación la política de la IC, implicaba impugnar conceptos (como el de socialfascismo) y normas de acción (como la "regla estratégica fundamental") que era creación muy directa de Stalin. Y confrontarse con las concepciones de Stalin después de la eliminación trotskista, bujarinista, etc., era prácticamente imposible. Se podía razonar, pero no discutir. La "luz verde" para el "viraje" tenía que venir de Stalin o no habría viraje.

No se dispone de fuentes documentales suficientes para establecer con exactitud como y por qué el asunto se decidió en mayo de 1934. Según los historiadores soviéticos R.M. Leibson y K.K. Shirinian, el viraje de la Komintern en los años 1934-35, resultó de la iniciativa de sus propios dirigentes y en especial de Dimitrov. Stalin no se opuso ^{que} teniendo en cuenta el peligro que sería cernir sobre la URSS, pero impuso el viraje táctico se llevara a cabo sin criticar las concepciones anteriores (es decir, las concepciones de Stalin) —había que fundarlo únicamente en el cambio de situación. Toda la línea general de los 10 años anteriores debía seguir siendo considerada como justa, solo que la dirección de los partidos entre ellas la alemana, habían cometido errores en su aplicación. Con ello la infalibilidad de Stalin quedaba salvada. Sin embargo Leibson y Shirinian pueden aportar una sola prueba documental —pese al evidente intento que tienen en apuntalar su tesis, y a que han podido consultar las actas de las reuniones del Comité ejecutivo de la IC en esos meses —de que la cuestión del viraje se discutió en el núcleo dirigente de la Komintern antes del mencionado artículo de Pravda al cual por lo demás no se hace referencia alguna en la obra). Y en Pravda no podía publicarse en tanto texto —que al recomendar los acuerdos "para arriba" entre partidos comunistas y socialistas modificaba radicalmente la norma seguida los 10 años precedentes —sin la aprobación explícita de Stalin. Los datos que aportan los dos historiadores soviéticos prueban en cambio, que la discusión empieza en el Ejecutivo y en las comisiones preparatorias del VII Congreso inmediatamente después de que Pravda ha dado la "luz verde". El viraje no es fruto de la discusión en la dirección de la IC, sino al contrario los dirigentes de la IC pueden dissentir, porque Stalin ha iniciado el viraje. Lo que no obedece para que la versión de Leibson y Shirinian no contenga una parte de verdad. Pero a este aspecto nos referiremos más adelante.

en las comisiones preparatorias del VII Congreso inmediatamente después ha dado la "luz verde". El viraje no es fruto de la discusión en la dirección de la IC, sino el contrario: los dirigentes de la IC pueden discutir porque Stalin ha iniciado el viraje. Lo que no es obvio es que la versión de Leibson y Shirinia no contenga una parte de verdad. Pero a este respecto nos referiremos más adelante.

Ahora bien, ¿por qué Stalin da la señal de viraje precisamente en mayo de 1934? A juzgar, por los datos disponibles, la clave está, como en otros virajes de la IC, en la política soviética, concretamente en su política exterior. Ya hemos dicho en el capítulo 2 que a partir de la subida de Hitler al poder el gobierno soviético busca activamente alianzas entre los estados capitalistas "democráticos". Pero hay una fase, justamente entre la victoria hitleriana y 1934 (comienzos) en que esta búsqueda va asociada al esfuerzo por salvaguardar el "espíritu de Rapallo". Tres meses después de la llegada de Hitler a la Cancillería es ratificado el protocolo de prórroga del pacto germanosoviético de 1926, que a su vez era prolongación y ampliación del acuerdo de Rapallo. Despues que el Japon y Alemania se han retirado de la Sociedad de Naciones, el Comité Central del partido soviético se pronuncia (diciembre de 1933) por el ingreso en ella de la URSS, pero al mismo tiempo Molotov declara que el gobierno soviético no tiene razones para modificar su política con Alemania. Durante todo un año -de enero de 1933 a enero de 1934- Stalin observa prudente silencio sobre la situación internacional en sus escritos públicos. Al fin lo rompe en su informe ante el XVII Congreso del partido, el 26 de enero de 1934. Comienza por constatar que "las cosas marchan, evidentemente, hacia una nueva guerra". Pasa revista a las variantes que ésta puede revestir, advirtiendo a los Estados capitalistas que en todos los casos la aventura podría terminar mal para ellos: correrían el riesgo de encontrarse con la revolución. Pero de todas las variantes posibles, subraya Stalin, "difícilmente puede dudarse que la más peligrosa para la burguesía sería la guerra contra la URSS". "La burguesía puede estar segura -añade- que los numerosos amigos de la clase obrera soviética en Europa y Asia procurarán asentar golpes a la faguardia a sus opresores, si éstos se atrevieren a desencadenar una guerra criminal contra la patria de la clase obrera de todos los países. "Apenas puede dudarse de que una segunda guerra contra la URSS (antes ha aludido a la intervención de 1919-1920) conduciría a la completa derrota de los agresores, a la revolución en varios países de Europa y Asia..." Luego se refiere concretamente a los nuevos gobernantes alemanes. Si ni se apartan de "la vieja política, reflejada en los conocidos tratados entre la URSS y Alemania", no hay motivo para que las relaciones empeoren: "Naturalmente, está muy lejos de entusiasmarnos el régimen fascista de Alemania. Pero no se trata aquí del fascismo, por la sencilla razón de que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la URSS establecer las mejores relaciones con dicho país." Otra cosa sería si Alemania emprende "una nueva política, que en lo fundamental recuerda la política del exkaiser alemán, el cual ocupó en tiempos Ucrania y emprendió una campaña contra Leningrado". Stalin constata que "esta nueva política va prevaleciendo de manera evidente sobre la vieja". Y para que los jefes nazis no tengan dudas sobre la alternativa que se le ofrece a la URSS en caso de que insistan en su "nueva política", Stalin subraya a renglón seguido "la gran importancia para el sistema de relaciones internacionales" que tiene el creciente establecimiento de las relaciones normales entre la URSS y los Estados Unidos (noviembre de 1933). No solo -agrega Stalin- porque contribuye al mantenimiento de la paz, sino porque "establece una divisoria entre la vieja situación, cuando los Estados Unidos eran considerados como el baluarte de las tendencias antisoviéticas de toda especie, y la

nueva, en que este baluante es retirado voluntariamente del camino, en beneficio mutuo de ambos países". Y Stalin termina: "La URSS no piensa amenazar, y menos aún, atacara a nadie. Estamos por la paz y defendemos la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a devolver golpe por golpe a los provocadores de la guerra. Todo el que quiera la paz y procure establecer relaciones económicas con nosotros se encontrará siempre con nuestro apoyo". En todo el informe no hay la más ligera insinuación de que en caso de conflicto entre los Estados Unidos capitalistas, provocado por una agresión alemana, la Unión Soviética vaya a prestar asistencia a los agredidos. Hasta este momento el Estado soviético no ha concluido ningún pacto de ayuda mutua con otros estados; solo tiene pactos de no agresión.

En este informe todo está sabiamente dosificado, medido. Se agita el espectro de la revolución en caso de guerra, como un argumento para retener a los estados capitalistas en la pendiente hacia el conflicto armado, pero las referencias a la lucha de clase obrera en los países capitalistas son mucho más parcas que en congresos anteriores, y por primera vez en un informe ante el Congreso del partido, no se menciona a la Internacional Comunista. En la definición de las relaciones de la Unión Soviética con los Estados capitalistas se observa un equilibrio ejemplar, y a Alemania se le dice que el régimen fascista no es un obstáculo de por sí para conservar buenas relaciones. Todo depende de la actitud que observe para con la Unión Soviética.

A la luz de este informe puede comprenderse perfectamente por qué no había llegado aún la hora de las alianzas políticas entre los partidos comunistas y socialistas: en Berlín podían ser interpretadas como una orientación unilateral de la IC, y por tanto de Stalin, hacia los Estados rivales de Alemania. Pero el mismo 26 de enero de 1934, mientras Stalin pronuncia su bien dosificado discurso, Polonia y Alemania firman un pacto, que como dice Leibson y Shirinian, era, "un paso evidente hacia la agresión hitleriana contra la URSS", y así fue interpretado en Moscú. Y en París se entiende como un grave quebranto del sistema de alianzas antialemánicas pacientemente edificado por la diplomacia francesa. El Quai d'Orsay y los jefes del ejército francés concluyen que ha llegado el momento de considerar seriamente la vuelta a la estrategia tradicional de los gobiernos franceses anteriores: la primera guerra mundial con el zar o con Stalin, Rusia no ha cambiado de sitio, sigue al este de Alemania. Y Francia tampoco se ha movido, piensan en Moscú. La geografía manda. En los primeros días de mayo, Barthou declara en la cámara de diputados que el ingreso de Rusia en la Sociedad de las Naciones "sería un acontecimiento considerable, y como yo tengo la preocupación de la paz, digo que sería un acontecimiento considerable para la paz europea". Cinco días después aparece en Pravda el artículo recomendando al Partido Comunista Francés entenderse con la SFIO.

Pero el acuerdo con la SFIO no es solo una meta sino una etapa. El 24 de octubre, en Nantes, donde al día siguiente comienza el congreso del Partido Radical, Thorez lanza la idea de un "amplio frente popular" que incluya al partido de Herriot, "el partido con ayuda del cual -como diría Trotski- la gran burguesía entretiene las esperanzas de la pequeña burguesía en una mejora gradual y pacífica de su situación". En "File du peuple" Thorez dice que esa iniciativa fue emprendida contra la opinión de la IC, transmitida por Togliatti, y presenta la cosa como prueba de que ya entonces el partido francés no se sometía incondicionalmente a las directivas de la IC. Pero siendo lo que entonces eran las relaciones en la alta jerarquía

de la Komintern, y a la luz del comportamiento posterior de Thorez respecto a las directivas procedentes de Moscú, cuestaba creer que desoyera la opinión del representante de la IC si otra instancia "más elevada" no apoyó, o sugirió, su iniciativa. En todo caso el requerimiento de los radicales se ajustaba como anillo al dedo a la tarea que en ese momento debía resolver la diplomacia soviética. Los círculos reaccionarios franceses que se inclinaban a un compromiso con Alemania trataban, en efecto, de torpedear el proyecto de pacto franco-soviético y aprovecharon el asesinato de Barthou (9 de octubre) para intensificar sus maniobras. El concurso de los radicales era fundamental para llevar a término el proyecto.

El 2 de mayo de 1935, se firma en París el pacto franco-soviético y en los días siguientes se celebran en Moscú las conversaciones Laval-Stalin. El comunicado final de la entrevista contiene la siguiente frase: "Stalin comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional practicada por Francia para mantener su fuerza armada al nivel de su seguridad". Hasta este momento el Partido Comunista francés había observado una actitud irreductible contra "toda política de defensa nacional", cualesquiera que fuesen los partidos burgueses en el poder. Sus diputados votaban sistemáticamente contra los créditos militares. Mes y medio antes de la firma del pacto, Thorez había declarado en el parlamento: "Nosotros no permitiremos que se arrastre a la clase obrera a una guerra llamada de defensa de la democracia contra el fascismo". Según varios historiadores, Laval creyó matar dos pájaros de un tiro: además del pacto, poner a los comunistas en un brete y obstaculizar la aproximación entre ellos y los radicales. Pero la respuesta fue fulminante. Los muros de Francia se llenaron de pasquines comunistas: "Stalin a raison". Y L'Humanité se aplicó a explicar que hay defensa nacional y defensa nacional, ejército y ejército, guerra llamada de defensa de la democracia y guerra llamada de defensa de la democracia. Desde el momento venía a decir, en resumen, el partido que entraba en juego la defensa de la Unión Soviética, todo cambiaba. Cosa indiscutible. Lo problemático para un partido revolucionario comenzaba a la hora de pasar de esta constatación general a la definición de una política que permitiera unir los dos cabos de la madeja: contribución a la defensa de la URSS y lucha contra una burguesía que en virtud del pacto pasaba a ser pieza importante del dispositivo de defensa de la URSS.

Que Stalin tenía razón en concluir un pacto de ayuda mutua con la Francia de la democracia burguesa frente a la amenaza de la Alemania fascista, podía ofrecer pocas dudas a un revolucionario. Que tenía razón en "aprobar plenamente" la política de defensa nacional que concretamente se venía realizando en París, era ya muy discutible, incluso viendo la cosa más que desde el punto de vista de la eficacia militar del pacto. Y mucho más discutible si se consideraba desde el ángulo de la lucha antifascista y revolucionaria de Francia. Aparte de suministrar una magnífica coartada a los partidos burgueses para justificar su política de defensa nacional, las palabras de Stalin constituyan una invitación transpuesta a los comunistas franceses para no limitar la amplitud del frente popular a los radicales. En el extremo, si los intereses de defensa de la URSS lo exigían, ¿no había que llegar a la "unión sagrada"? El 15 de mayo, a los tres días de hacerse pública la declaración de Stalin, Thorez sugiere al partido la justificación "teórica": si una guerra contra la Unión Soviética -dice- "no es llevada a cabo por el conjunto de los estados imperialistas, si alguno de ellos, en virtud de los intereses contradictorios que les oponen a los otros, actúan de concierto con el país del socialismo, su acción sirve objetivamente la causa de la paz, se confunde con la causa del poder de los trabajadores, sirve objetivamente la cau-

sa del proletariado, que no se separa de la ~~causa~~ salvaguardia del país donde los trabajadores han conquistado su patria! Por tanto, si la burguesía imperialista francesa concierne su acción con la Unión Soviética contra Alemania esa acción se confunde con la causa del proletariado francés. Poco después Thorez lanzaría la fórmula de "frente francés", pero de momento hay que asegurar el concurso de los radicales. El secretario del Partido Comunista francés no vacila en ofrecer el apoyo del Partido Comunista a un gobierno radical que haga la política del Partido Radical. El 31 de mayo, en efecto, Thorez declara en la cámara de diputados: "Nosotros, comunistas, renovando la tradición jacobina, estariamos dispuestos a aportaros nuestro apoyo, Monsieur le président Herriot, si usted o cualquier otro jefe de su partido, quiere asumir la dirección de un gobierno radical -puesto que el grupo radical es el más importante de los grupos de izquierda de esta cámara-, de un gobierno radical que aplicase realmente la política del Partido Radical". Y Thorez lanza ya la idea de que el "frente" conviene ampliarlo hacia la derecha: "Incluso es posible que al Partido Radical se sumen otros republicanos, más o menos moderados, pero que posean, simplemente, bastante clarividencia, bastante buen sentido, como para comprender que los fascistas hacen correr un peligro al país y a la paz". Pero Monsieur le président no entiende una palabra de este increíble trastuque del tablero político: "Yo no soy de derecha -exclamaba- pero ya estoy harto de ver a mi partido a remoque de los extremistas. El Partido Radical no es, en modo alguno, una formación revolucionaria". Daladier y los jóvenes turcos radicales comprenden perfectamente que no se trata de poner al Partido Radical a remolque de los extremistas, sino los extremistas a remolque del partido radical; no se trata de que el Partido Radical pierda su gloriosa sustancia, convirtiéndose en una formación revolucionaria, sino de que el Partido Comunista pierda la suya, dejando de ser un partido revolucionario. Desde el momento que los comunistas aceptan la política del Partido Radical, incluida la defensa nacional, ¿por qué dejarlos fuera de un nuevo "cartel des gauches", bautizado Frente Popular? Cuando el 25 de junio se abre en Moscú el VII congreso de la Komintern, el "Frente Popular" versión francesa nevega viento en popa. Aún no ha tomado -ni tomará- ninguna de las nuevas Bastillas, pero ya tiene su 14 de Julio. Thorez, Blum, Daladier, y los diez mil representantes de las organizaciones frontepopularistas, llegados de toda Francia, que se aprietan en este día en el Stadium Buffalo, prestan juramento solemne de "permanecer unidos para desarmar y disolver las ligas facciosas, para defender y desarrollar las libertades democráticas y para asegurar la paz humana". La Francia inmortal preside la nueva jornada histórica: Juana de Arco y el 89, la Marsellesa y la Internacional. Al cabo de poco tiempo apenas quedará otra cosa que las vacaciones pagadas.

VII CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La política de frente único obrero-renacimiento, en las condiciones de la lucha contra el fascismo, de la seguida por la Komintern en el periodo de 1921-1923- y la política de "frente popular", sin antecedentes en la historia de la IC (Dimitrov quiso encontrarselos en las resoluciones tácticas del IV Congreso, pero allí no se preveía en modo alguno la colaboración con partidos burgueses), no arrancan, por consiguiente, de una profundización analítica y crítica de los problemas de la lucha de clases en el capitalismo a la luz de la experiencia del movimiento revolucionario en el periodo precedente. Su punto de partida es la respuesta pragmática a exigencias perentorias de la política exterior soviética, una vez que el gobierno de Berlín, desoyendo las advertencias de Stalin, da pasos que implican,

evidentemente, la preparación de una guerra contra la Unión Soviética. (Si Hitler se mantiene fiel a la línea de Rapallo, y de momento orienta exclusivamente su revanchismo hacia Occidente, ¿hubiera requerido Pravda a los comunistas franceses para que se entendieran con Blum? Basta con formularse esta hipótesis -nada arbitraria, puesto que responde a una de las opciones posibles del imperialismo alemán, aquella por la que finalmente se decidió en 1939- para comprender hasta qué punto el factor "política exterior soviética" fue determinante en el viraje táctico de la IC.) Pero esta vez las necesidades urgentes de la defensa de la URSS se conjugan con la necesidad no menos urgente de unidad y unidad antifascista que se deja sentir en los países europeos. (A diferencia de lo ocurrido en los diez años anteriores, cuando la orientación de la política exterior soviética, centrada en la explotación del nacionalismo alemán contra las potencias imperialistas de Versalles, influye no poco, según vimos, en la sectarización de la política de la IC.) "Conjugación" no quiere decir, sin embargo, coincidencia perfecta. La burguesía de los Estados capitalistas "democráticos" incluyendo sus fracciones más radicales, y el ala derecha de la dirección socialdemócrata, podían coincidir con el gobierno soviético en medidas preventivas contra el peligro alemán; podían, incluso, apoyar una versión del "frente popular" que contribuyera a unificar la nación frente a ese peligro, bajo la hegemonía de la burguesía y la bandera del patriotismo tradicional, es decir, un "frente popular" que desempeñara en las nuevas condiciones un papel análogo al de la socialdemocracia en la primera guerra mundial. Pero es obvio que no podían apoyar una política de unidad obrera y de frente popular de contenido revolucionario. Toda política que tendiera a desembocar en una solución revolucionaria de los problemas nacionales e internacionales, no podía por menos de entrar en conflicto con las citadas fuerzas sociales y políticas, alimentando involuntariamente en ellas la inclinación al compromiso con el enemigo exterior. Lo que entraba en contradicción con los esfuerzos de la política soviética dirigidos a constituir una alianza URSS-Estados capitalistas "democráticos" frente a la Alemania hitleriana. El desarrollo de la situación europea entre 1934 y 1938 pone de manifiesto que en el movimiento de esa contradicción existían fundamentalmente tres posibilidades, que fueron asumidas, más o menos conscientemente, por las diversas tendencias participantes en la dirección del frente único obrero y del frente popular. O bien desembocaba en un cambio radical, revolucionario, y entonces la defensa de la URSS podía articularse sobre nuevas bases (alianza Estado soviético-nuevos Estados revolucionarios, sin que ello excluyese otro tipo de alianzas con Estados capitalistas rivales o víctimas de Alemania, donde el movimiento obrero no representaba aún peligro real para la burguesía); o bien la unidad obrera y el frente popular se integraban en la unión nacional bajo la hegemonía de la burguesía, y entonces la defensa de la URSS se construía esencialmente sobre la base de la alianza con el Estado capitalista dado; o bien el movimiento obrero y antifascista llegaba lo suficientemente lejos como para atemorizar a todas las fracciones burguesas e inclinarlas al compromiso con Alemania, dejando aislada a la URSS, e insuficientemente lejos como para imponer la primera alternativa. Como era lógico, los grupos políticos burgueses y la derecha socialista participantes en el frente popular actuaron conscientemente por la

segunda alternativa. En las tesis políticas del VII Congreso de la IC se encuentran formuladas -muy explícitamente formuladas, la primera y la segunda alternativas. La práctica política de la IC, inspirada en esas tesis contradictorias contribuirá en gran medida a que finalmente prevalezca la tercera. A la altura de Munich, la unidad obrera y el frente popular se habían hundido sin llegar a desplegar su potencial revolucionario inicial, y la URSS se encontró aislada. Afortunadamente, las contradicciones interimperialistas eran suficientemente fuertes como para que -una vez liquidado el peligro revolucionario inmediato en los dos campos en que se había dividido el imperialismo -dichas contradicciones predominaran sobre el interés común de clase, el cual podía haber llevado de Munich a la intervención conjunta antisoviética de los Estados capitalistas, fascistas y "democráticos". En los estudios sobre el VII Congreso de la IC se considera, por regla general, que el objeto fundamental de sus trabajos fue la elaboración de la táctica para la lucha antifascista y anticapitalista. Es cierto que que este tema ocupó la atención mayor del congreso, y a él fue dedicado el informe más importante, presentado por Dimitrov. Pero para captar el significado profundo de la línea adoptada y entender la manera como fue aplicada hay que partir de lo que el propio congreso define como la "consigna central de los partidos comunistas": "La lucha por la paz y en defensa de la URSS". Esto quería decir que toda la actividad de los partidos comunistas, su política, sus tareas, debían ser consideradas y resueltas en función de ese objetivo supremo. La raíz última de las contradicciones que se revelan en las tesis tácticas del congreso y en su aplicación ulterior se localiza, precisamente, en ese enfoque global. El cual se concreta en la siguiente directiva del congreso: los partidos comunistas deben crear "el más amplio frente posible de todos los que están interesados en la conservación de la paz", y su "tarea táctica más importante es concentrar en cada momento las fuerzas (de ese frente) contra los principales provocadores de la guerra (en el presente momento -se especifica- contra la Alemania fascista, así como contra Polonia y el Japón ligados con ella)". ¿Cuáles son todas esas fuerzas, interesadas en la paz, que los partidos comunistas deben agrupar en un frente común? Desde luego las masas populares, pero también todo grupo de las clases dominantes interesado por la paz, incluidos los Estados, pequeños o grandes, que tengan análogo interés en el momento dado. En la resolución aprobada por el congreso se especifica que "las relaciones recíprocas entre la Unión Soviética y los Estados capitalistas han entrado en una nueva fase". "La política de paz de la URSS, no sólo desbarató los planes de los imperialistas, encaminados al aislamiento de la Unión Soviética, sino que ha creado las bases para su colaboración, en la causa de la conservación de la paz, con los pequeños Estados para los cuales la guerra, al amenazar su independencia, representa un peligro especial, así como también con aquellos Estados que en el momento dado, están interesados en la conservación de la paz" (Resolución del VII Congreso de la Komintern, "Sobre las tareas de la IC en relación con la preparación por los imperialistas de una nueva guerra mundial"). Dimitrov precisa cuáles son estos últimos Estados tan sibilinamente aludidos en

la resolución: se trata de "ciertos grandes Estados capitalistas, que temiendo las pérdidas que puedan sufrir a consecuencia de una nueva división del mundo están interesados, en la presente etapa, en evitar la guerra". En una palabra, son las grandes potencias coloniales europeas más los Estados Unidos, que temen perder su monopolio de la explotación mundial en una guerra con Alemania y el Japón (Togliatti, que hace en el congreso el informe sobre los problemas de la paz y de la guerra, precisa concretamente que Francia y los Estados Unidos se encuentran en este caso. Inglaterra, pese a su imperio colonial no hace de momento una "política de paz", porque trata de empujar al imperialismo alemán contra la URSS, pero teniendo en cuenta que la rivalidad anglo-alemana estuvo en la base de la guerra de 1914-1918). Y Dimitrov dice a renglón seguido: "De ahí la posibilidad de un vastísimo frente único de la clase obrera, de todos los trabajadores y de pueblos enteros contra la amenaza de guerra imperialista". Aquí el ambiguo concepto "pueblos enteros" alcanza su máxima ambigüedad: quiere decir también, indudablemente, "naciones enteras", "Estados enteros"... El "frente mundial" a crear -como Dimitrov lo denomina en otros momentos- es, en el fondo, la gran coalición antihitleriana que sólo nacerá después de consumarse la agresión nazi contra la Unión Soviética.

Togliatti, a cuyo cargo corre en el congreso el informe sobre estos problemas de la paz y la guerra, plantea que el aprovechamiento, en intentos de la paz, de las contradicciones entre los Estados imperialistas no compete sólo a la Unión Soviética: "En la medida en que puedan ejercer una acción positiva en relación con los problemas de política exterior, (los partidos comunistas) deben esforzarse en intervenir activamente para favorecer todos los procesos que retarden el estallido de la guerra y oponerse a todo lo que constituya una amenaza inmediata para la paz". La cuestión, a la hora del VII Congreso, no era nada académica, sino muy concreta y candente. Se plantearía prácticamente a los dos principales partidos comunistas europeos -el francés y el checoslovaco-, los únicos que después del hundimiento del partido alemán contaban en Europa como partidos de masas, como factor político de peso en los respectivos países. (En el momento del VII Congreso el partido español aún no había iniciado su "despegue" y estaba bajo los efectos de la derrota de octubre.) Francia y Checoslovaquia eran, al mismo tiempo, los dos únicos países con los que la Unión Soviética tenía, desde hacía dos meses, pactos de ayuda mutua. Personificaban los dos tipos de Estados interesados en la paz aludidos en la resolución del congreso, más arriba citada: el "gran Estado" que temía perder su posición mundial, y el "pequeño Estado" que corría el peligro de perder su misma independencia nacional. ¿Qué debían hacer los partidos comunistas respectivos, y en general la IC, para "favorecer" este paso fundamental de la política soviética? Era la primera vez que semejante problema se planteaba ante la Komintern.

Togliatti reconoce en su informe que la cuestión suscita inquietud entre los comunistas: "Algunos camaradas han podido pensar que la conclusión del pacto equivale a perder de vista la perspectiva de la revolución en Europa, (...) han comparado la conclusión de los pactos de asistencia mutua a una retirada forzada bajo los golpes del enemigo". Toglia-

tti afirma que lojos de ser una "retirada", es un "avance": "¿Puede con-
cibirse mayor éxito que el que un gran país capitalista se vea constre-
ñido a firmar un acuerdo de asistencia recíproca con la Unión Soviética, un acuerdo cuyo contenido es la defensa contra el agresor, la de-
fensa de la paz y de la frontera de la dictadura del proletariado?" Y
a los que se inquietan de que los partidos comunistas puedan "poder
de vista la perspectiva de la revolución en Europa", los responde que
"caen en un burdo error", puesto que "el nuevo acto con el cual la Unión
Soviética confirma su política de paz no puede más que aumentar el pre-
stigio del Estado proletario y por consiguiente el prestigio del social-
ismo y de la revolución proletaria entre los trabajadores de todos los
países, en todo el mundo". En cuanto a los criterios que deben guiar
a los partidos comunistas para determinar su política respecto al pro-
blema planteado, Togliatti comienza por enunciar un axioma, que estaba
implícito en el programa de la Komintern aprobado por el VI Congreso
—donde, como vimos en el capítulo 2, se formula el "principio" de la
hacienda de la Unión Soviética dentro del movimiento revolucionario
mundial— pero ahora queda precisado con nitidez incomparable: "Para no-
sotros está absolutamente fuera de discusión que existe una identidad
de objetivos entre la política de paz de la Unión Soviética y la polí-
tica de la clase obrera y de los partidos comunistas en los países ca-
pitalistas. Esta identidad de objetivos no puede ser motivo de dudas
en nuestras filas. Nosotros no defendemos a la Unión Soviética sólo en
general, defendemos en concreto toda su política y cada uno de sus ac-
tos". Lo que no significa —aclara a continuación Togliatti— que la "tác-
tica" de los partidos comunistas que no están en el poder y la del par-
tido soviético tengan que "coincidir en todos los actos, en todos los
momentos y en todas las cuestiones". Y agrega: "Pueden citarse numero-
sos ejemplos de esta no coincidencia entre las posiciones del partido
del proletariado en los diversos países a propósito de un problema con-
creto." Pero los ejemplos que cita Togliatti son todos anteriores a la
aparición del Estado soviético y de la IC. No puede mencionar un solo
caso en que algún partido comunista haya adoptado posiciones tácticas
diferentes de la táctica del partido soviético. En toda la literatura
de la Komintern no se encuentra, probablemente, una confirmación implí-
cita más aparente de la subordinación absoluta de la política de las
secciones nacionales de la IC a la política del Estado soviético.
Una vez formulados los criterios de "principio", Togliatti los aplica
a los casos francés y checoslovaco. Los partidos respectivos deben pro-
ceder "teniendo en cuenta las circunstancias concretas". Deben "defen-
der el pacto con todas sus fuerzas por ser un instrumento de la lucha
por la paz y de la defensa de la Unión Soviética. Votar por él en el
parlamento y denunciar todas tentativa de hacer una política diversa o
contrastante con las obligaciones que derivan del pacto". Y al mismo
tiempo deben decir a la burguesía que "no tienen ninguna garantía" de
que el ejército no vaya a ser utilizado contra la clase obrera, de que
no sigan siendo los pobres, en lugar de los ricos, los que finan-
cen el ejército, de que llegado el momento el pacto sea aplicado, etc.,
y por esa razón mientras tales "garantías" no existan, no pueden votar
los presupuestos militares ni renunciar a la lucha contra el gobierno
existente. Y Togliatti concluye diciendo que "los que no comprendan la

profunda coherencia interna" de las tesis que ha expuesto "no comprenden nada de la dialéctica real de los acontecimientos ni de la dialéctica revolucionaria, aunque pretendan ser hombres inteligentes y lógicos, como por ejemplo pretendo serlo León Blum".

Bien pronto la "dialéctica" de los acontecimientos franceses, españoles, checoslovacos y otros, iba a poner a ruda prueba la "profunda coherencia interna" de la nueva táctica de la IC, pero los delegados al VII Congreso no tuvieron nada que objetar al admirable virtuosismo con que Togliatti había resuelto el problema de la articulación entre un posible desarrollo revolucionario en algunos países europeos y la política de alianza de la Unión Soviética con el Estado burgués de dichos países. En el momento del VII Congreso ese "posible" estaba localizado en España y Francia, y en este segundo caso el problema de la "articulación" se presentaba, por tanto, de manera concreta. Si la situación francesa llegaba a la crisis revolucionaria, ¿debía proponerse al partido comunista profundizar la crisis y orientarse a darle una salida revolucionaria proletaria, aún a riesgo de que esa situación pusiera en peligro la alianza franco-soviética? El planteamiento de esta eventualidad ante el VII Congreso, no era menos legítimo, dada la evolución de la situación francesa desde 1934, que el de la eventualidad planteada por los delegados holandeses: en caso de agresión alemana, la guerra por parte de Holanda ¿no tendría un carácter de defensa nacional, pese a que Holanda es una potencia imperialista colonial?; y en este caso, ¿no debemos apoyar esa guerra? Togliatti responde, y el congreso aprueba, afirmativamente, haciendo la aclaración de rigor: sin "renunciar" a la lucha de clases, a la lucha por la liberación de las colonias, etc. Y subraya que esta respuesta es válida para Bélgica y otros países u casos análogos. La rotundidad de la respuesta va de par con la perfecta concordancia existente, en el momento del VII Congreso, entre la perspectiva de la defensa nacional belga y holandesa con el sistema de alianzas contra la eventual agresión alemana que en ese momento está construyendo el gobierno soviético. Si la eventualidad "francesa" no se plantea concretamente en el congreso, si es hábilmente soslayada por Togliatti, ¿no se debe, precisamente, a que no existe esa concordancia?; ¿a que, por el contrario, plantea el problema de la discordancia? De todas maneras el congreso da una respuesta indirecta a esta cuestión, desde el momento que todos los informes, todas las intervenciones, todas las tesis, están dominadas por la idea de que el objetivo supremo es asegurar la defensa de la URSS: "La defensa de la URSS, la ayuda a prestarla para contribuir a su victoria sobre todos sus enemigos -dice la resolución del congreso- deben dictar sus actos a cada organización revolucionaria del proletariado, a cada verdadero revolucionario, a cada socialista, a cada obrero consciente, a cada campesino trabajador, a cada intelectual y democrata honesto." Uno de los dirigentes soviéticos de la IC, Knorin, da a entender con suficiente claridad que, desde el punto de vista de las perspectivas revolucionarias, lo esencial no es la lucha revolucionaria en los países capitalistas sino asegurar el desarrollo de la URSS. Esto es lo que en definitiva inclinará la balanza del lado de la revolución socialista. Los comunistas -dice Knorin en su intervención ante el congreso- son "el partido de la paz, que quiere barrer con todas sus fuerzas el camino de la

a la guerra para convencer a los pueblos, mediante la emulación pacífica y el trabajo pacífico, de la necesidad de la revolución socialista". De ahí -añade- que los comunistas están por la paz, porque la paz asegura los éxitos ulteriores de la URSS, el crecimiento de su poder económico y político. Por ello, "si la paz es conservada, la relación mundial de fuerzas en la lucha de clases se modificará cada día a favor del proletariado y en desventaja del capitalismo".

El VII Congreso de la IC, como ya hemos señalado en el capítulo 2, no aborda explícitamente -a diferencia de los anteriores congresos de la IC- el problema de la revolución mundial, de sus perspectivas, en tanto que tema específico. "Nosotros -dice Dimitrov- hemos eliminado deliberadamente de los informes y resoluciones del congreso las frases sonoras sobre las perspectivas revolucionarias." Después de lo expuesto más arriba no necesitamos argumentar largamente que, a nuestro juicio, esa "eliminación" se explica por razones de más peso que el loable deseo de rehuir el verbalismo revolucionario (cosa que, por lo demás, hacía buena falta). En los años del V o del VI Congreso, cuando existía una coincidencia objetiva de intereses, a nivel de las relaciones internacionales, entre la Alemania vencida y la república soviética cercada, frente a los "grandes Estados capitalistas" dueños del planeta; cuando en opinión de Moscú, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos eran los exponentes máximos del antisovietismo mundial (y con ellos, la socialdemocracia y los partidos demócratas, o demó pacifistas, como decía Stalin), la Komintern podía formular explícitamente una u otra estrategia de la revolución mundial -justa o errónea, ese es otro problema-, sin riesgo de entrar en conflicto con la "política de paz" de la URSS. Pero en la coyuntura del VII Congreso, ¿cómo conciliar cualquier estrategia explícita de la revolución mundial con la necesidad en que se encontraba la URSS de anudar alianzas con las potencias imperialistas coloniales y con los Estados Unidos? Esto explica que a los siete años de no haberse reunido en congreso -contra todos los preceptos estatuarios-, cuando el sistema mundial del imperialismo acaba de atravesar la mayor crisis económica de su historia, y la cuestión de una segunda guerra mundial está al orden del día, el VII Congreso de la IC no proceda a un análisis teórico de los problemas del imperialismo, del capitalismo, de la revolución socialista en Occidente y de las revoluciones antimperialistas en los países coloniales y dependientes; explica que en las ciento treinta páginas que ocupa el informe de Dimitrov en la edición que venimos utilizando, no haya más que dos dedicadas a hablar de la lucha antimperialista en las colonias. Podría decirse que el VII Congreso de la IC fue el más "europeocentrista" de los siete que jalona su historia, si no fuera porque detrás del tomario formalmente europeo, detrás de la prestigiosa figura de Dimitrov y de los otros jefes comunistas occidentales que ocuparon el prosenio, se desarrolló, en realidad, el congreso más "ruso-contrista" de todos los celebrados por la Komintern.

Sería erróneo y simplista, sin embargo, llegar a la conclusión de que la IC y Stalin habían renunciado a toda concepción global de la revolución mundial. En realidad el VII Congreso conserva implícitamente la del VI Congreso, adaptándola "tácticamente" a la situación creada por la aparición de las dos graves amenazas en las fronteras soviéticas

-la Alemania hitleriana y el Japón militarista-, que al mismo tiempo representaban una grave amenaza no sólo para el movimiento obrero europeo y la revolución china, sino para la democracia burguesa y la independencia de una serie de países europeos, lo mismo que para la independencia de China. Y por otra parte la entrada en escena de las aspiraciones imperialistas alemanas y japonesas amenazaba asimismo los intereses de las grandes potencias imperialistas vencedoras en la primera guerra mundial. Si tenemos en cuenta que el ingrediente principal introducido por el VI Congreso en la concepción de la revolución mundial residía en la tesis de que la URSS era "el motor internacional de la revolución proletaria", "la base del movimiento universal de las clases oprimidas, el hogar de la revolución internacional, el factor más grande de la historia del mundo", "el factor esencial de la liberación internacional del proletariado", etc. (véase el capítulo 2), queda claro que en la nueva situación mundial la estrategia de la IC tenía que consistir en articular todos los intereses, factores, contradicciones, que se cruzaban en el camino del expansionismo alemán y japonés, en torno a la "consigna central" de "lucha por la paz y defensa de la URSS" (dos maneras de decir la misma cosa).

Pero este dispositivo estratégico se entroncaba con la visión general del estado del capitalismo que la IC, con la intervención muy directa de Stalin, había comenzado a acuñar en el período del VI Congreso, y a la que la crisis económica mundial parecía dar una confirmación deslumbrante. Según esa visión el capitalismo había entrado -esta vez de verdad- en la fase última de su ya larga "agonía". El augo del fascismo es interpretado por la IC bajo ese prisma. Una de las ideas-piloto del VII Congreso (tomada de Stalin, que la formula en el informe antes citado de enero de 1934) consiste en que la espectacular progresión del fascismo demuestra la impotencia de la burguesía "para ejercer el poder por los viejos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa", pero no sólo en Italia o Alemania, sino a escala mundial. Foster, delegado del Partido Comunista de los Estados Unidos, y miembro del Ejecutivo de la IC, plantea en el VII Congreso que la política de Roosevelt contenía elementos de fascismo. Otros delegados dicen que "abre la vía al fascismo". Y Dimitrov alerta sobre el peligro de fascismo en los Estados Unidos a causa de que "el programa de sancamiento del capitalismo se ha hundido". Si así veía el estado del capitalismo americano, no es necesario decir cuál era la visión que tenía el congreso del capitalismo europeo. La lógica de esta concepción llevaba a considerar el fascismo como la forma políticosocial final del capitalismo imperialista, más allá de la cual ésto no podía subsistir. Y en efecto, es la idea que expone Dimitrov en su informe, comenzando por argumentar que la propia dialéctica del desarrollo del fascismo crea las condiciones y las fuerzas encargadas de su destrucción. Resumimos su razonamiento: el fascismo, que se propone superar las contradicciones en el campo de la burguesía las agrava, exacerba la guerra económica entre los Estados capitalistas, provoca el odio y la indignación de las masas, contribuyendo al despertar de su espíritu revolucionario, quebranta las ilusiones en la democracia burguesa, da un impulso decisivo al frente único proletario, porque los obreros socialdemócratas

ven que el fascismo es el resultado de la política de colaboración de clases con la burguesía, etc.; por otra parte, la iniciativa de los comunistas por el frente único, y la abnegación de los comunistas en la lucha contra el fascismo, "han elevado a un grado sin precedentes la autoridad de la Internacional Comunista", sobre la que recae la misión histórica de dirigir la revolución a su victoria final. "Así -dice Dimitrov- el fascismo, que se ha encargado de enterrar al marxismo, al movimiento revolucionario de la clase obrera, lleva él mismo, como consecuencia de la dialéctica de la vida y de la lucha de clases, al desarrollo ulterior de las fuerzas que deben cavar su tumba, la tumba del capitalismo." (Subyacente a ese esquema hay una concepción del fascismo, que se resume en la fórmula bien conocida del informe de Dimitrov, tomada de Stalin: "El fascismo en el poder es la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas, del capital financiero." Dimitrov señala que existen diversos tipos de fascismo, dentro de esa caracterización básica, siendo el alermán "la variedad más reaccionaria". El análisis que se hace del fascismo en el congreso no descansa en una investigación sólida de su proceso histórico, de sus fundamentos sociales, económicos e ideológicos, lo que facilita la trasposición abusiva del caso alemán e italiano al conjunto del capitalismo mundial. La definición precipitada contribuye además, a oscurecer las contradicciones internas del fascismo, porque no menciona siquiera el papel específico de la pequeña burguesía urbana y rural, que no se reduce al de ser instrumento del capital financiero sino que pugna por adquirir un poder propio a diversos niveles del Estado fascista.) Si Marx había previsto que la dialéctica del movimiento del capital cavaba su propia tumba, Dimitrov precisa que la fase final de esa ya prolongada operación comienza una vez que el capital ha revestido su última forma posible: el fascismo.

De ese esquema se deduce que barrer el camino al fascismo allí donde aún no ha llegado al poder, y destruirlo como Estado allí donde ya lo ha tomado, equivale a dar el paso decisivo hacia el triunfo de la revolución mundial. Toda la táctica del frente único obrero, del frente popular, del frente mundial de la paz (y en defensa de la URSS), está inspirada en esa perspectiva. Dimitrov termina su informe diciendo: "Nosotros queremos todo esto porque solamente así la clase obrera, a la cabeza de todos los trabajadores, agrupada en un ejército revolucionario fuerte de millones de hombres, guiado por la Internacional Comunista, y conducido por ese grande y sabio timón que es nuestro jefe, Stalin, podrá cumplir con seguridad su misión histórica: barrer de la faz de la tierra al fascismo y con él al capitalismo."

El viraje táctico de la IC no modifica en un ápice el postulado según el cual la revolución no puede triunfar más que bajo la dirección de la IC y de sus secciones nacionales. El frente único obrero tiene como finalidad esencial agrupar a la clase obrera de cada país bajo la dirección del partido comunista correspondiente. Los acuerdos con los partidos socialistas son posibles durante una fase transitória, que puede incluir la formación de gobiernos de frente único antifascista, pero cuando las condiciones hayan madurado para la lucha directa por la dictadura del proletariado (cuya forma no puede ser otra que la soviética; es otro de los postulados vigentes a la altura del VII Congreso) la dirección no puede ejercerla más que el partido comunista. Y ni que decir

tiente, una vez tomado el poder. Es cierto que en el congreso se plantearon la cuestión de llegar a un partido revolucionario único, mediante la unificación del partido comunista con el partido socialista. Pero las condiciones que se ponen para ello equivalen a la conservación íntegra del tipo de partido estaliniano, con sus dogmas teóricos, sus esquemas tácticos, su centralismo burocrático, el reconocimiento de la hegemonía soviética, etc. Como decía un humorista español de aquellos años, no era unificar sino ursificar.

La finalidad principal que la IC persigue con el frente popular es agrupar en torno al frente único obrero a las capas medias de la ciudad y del campo, es decir, agruparlas también -sólo que de manera más indirecta- bajo la dirección del partido comunista. El objetivo inmediato es batir el fascismo, y en el curso de esta lucha -piensa la IC- se crearánd las condiciones para que esas capas apoyen al proletariado cuando llegue la hora de pasar a la revolución socialista. Análogamente a como la constitución del frente único obrero implicaba la necesidad de llegar a acuerdos con los partidos socialistas durante la fase antifascista de la lucha, la tarea de agrupar a las masas medias en torno a la clase obrera exigía -según las tesis del congreso- que el partido comunista llegara a acuerdos con los partidos políticos, u otras organizaciones, representativas de dichas capas sociales.

En cuanto a las plataformas políticas que debían servir de base al frente único obrero y al frente popular, la idea directriz de la IC es que debían alinearse sobre el nivel de conciencia de la gran mayoría, no inscribir objetivos radicales que "asustasen" a los sectores poco politizados. Puesto que el frente único obrero y el frente popular no constituían dos movimientos separados, sino que el primero era el núcleo más firme, más avanzado, del segundo, y la finalidad esencial del segundo era atraer las capas medias hacia el proletariado, la plataforma del frente único obrero debía cuidar de no ir "demasiado lejos" en relación con el estado de espíritu de las capas medias. En definitiva, el enfoque global adoptado por el VII Congreso, inducido por la preocupación de atraer a las capas medias -el papel fundamental que estas habían desempeñado en la victoria del fascismo alemán, como antes en la del italiano, explica suficientemente esa preocupación- tenía a alinear todo el movimiento sobre las capas medias. Por lo general, las plataformas comprendían tres capítulos: reivindicaciones de tipo económico-social, perfectamente compatibles, en principio, con la esencia de los partidos y sindicatos reformistas; reivindicaciones políticas que no iban más allá de la defensa o restauración de las libertades e instituciones democrático-burguesas, y de la represión de las actividades y organizaciones fascistas; y el capítulo de "lucha por la paz". Siguiendo las orientaciones de la IC, los partidos comunistas se opusieron sistemáticamente a que en las plataformas del frente único obrero o del frente popular figuraran objetivos de tipo socialista, o considerados como tales. El partido francés, por ejemplo, se opuso a las "reformas de estructura" (serie de nacionalizaciones) propuestas por el partido Socialista. Las razones que dio para oponerse fueron de dos tipos. Unas, de "izquierda": "Nosotros, comunistas, -Bíce Thorez- estamos por la socialización

(La SFIO proponía concretamente la socialización de los bancos y de las grandes industrias. P.C.), estamos por la expropiación pura y simple de los expropiadores capitalistas, pero consideramos que para socializar hay que llenar una condición, una pequeñísima condición: poseer el poder, tomar el poder. Pero para tomar el poder no hay hasta ahora más que un método que haya hecho sus pruebas, el método de los bolcheviques, la insurrección victoriosa del proletariado, el ejercicio de la dictadura del proletariado y el poder de los soviets." (Thorez podía haber respondido: magnífico, puesto que vosotros, que hasta ahora os habéis atenido a una línea reformista, estáis por la socialización de los bancos y de la gran industria, quiero deciros que podemos unir a la clase obrera para luchar por esos objetivos; pero para ello hay que proponeros tomar el poder; en Rusia, país atrasado, etc., se llegó a eso de determinada manera, se ha instaurado un tipo de poder ejercido por un partido único, siguiendo una vía determinada; como Francia es un país totalmente distinto, industrial, con otras tradiciones y otras formas de movimiento obrero, puedo haber otro tipo de partido revolucionario, etc. Pero entonces, claro está, no hubiera sido Thorez, secretario general de la Sociedad Francesa de la IC, el que hablaba, si no un revolucionario marxista al estilo del que era Lenin cuando buscaba el camino original de la revolución rusa.) La otra razón era simple: "El partido radical se oponía". Lo que en boca de Thorez quería decir: la "socialización" asusta a las capas medias.

¿Cómo concebía la IC, a partir de ese esquema táctico, llevar el movimiento al nivel de conciencia, de disposición revolucionaria, necesario para poder plantearse concretamente la cuestión de la revolución socialista? En función de la siguiente idea básica: el capitalismo no estaba ya en condiciones de "encajar", de "integrar", un movimiento reivindicativo de carácter masivo como el que se trataba de poner en marcha. Aunque las reivindicaciones económicas de obreros, campesinos, funcionarios, etc., fueran "mínimas", el capitalismo, incapaz ya de desarrollar las fuerzas productivas (¿no se había "hundido" el plan de "sancamiento" del capitalismo más potente, del capitalismo americano?) no podía "absorberlas", se vería abocado a un callejón sin salida, las masas lanzadas al movimiento se radicalizarían, y acabarían por darse cuenta, como decía Dimitrov, "que la salvación no vendrá más que del poder soviético y sólo de él". A la misma situación límite debería llevar la defensa de las libertades e instituciones democráticoburguesas. Dado que el capitalismo era ya impotente para mantener su dominación bajo estas formas políticas, el impedir que fueran destruidas por el fascismo, el defender su conservación, tenía que llevar también a las clases dominantes a otro callejón sin salida. La democracia burguesa pasaba a ser un mecanismo que se volvía contra la burguesía.

Quedaba el problema de la paz y la guerra. Aquí residía, a juicio de la IC, el peligro principal de que esa dinámica fuera detonada, al menos durante toda una etapa histórica; de que el fascismo, mediante una dictadura terrorista a escala mundial lograra prolongar la existencia del capitalismo pese a su irremediable impotencia para desarrollar nuevas fuerzas productivas. Tal cosa podía ocurrir si los Estados capitalistas conseguían unirse para destruir con la fuerza militar el

"motor internacional de la revolución proletaria". Pero también aquí se imponía la dialéctica de esta fase agónica del capitalismo. El fascismo hacía de aprendiz de brujo exacerbando al extremo las contradicciones interimperialistas, poniendo sobre el tapete la cuestión de un nuevo reparto del mundo. Para defender sus sacrosantos beneficios coloniales las grandes potencias vencedoras en la primera guerra mundial se veían diabólicamente impulsadas a aliarse con el Estado soviético amenazado por el mismo enemigo que ellas, bien para mantener el status quo (lo de que estas potencias estaban interesadas en la paz, como decían las resoluciones de la IC, era un oufomismo que sólo engañaba a los pueblos y a los mismos comunistas), bien para batirse a su lado. En una palabra, la IC consideraba que la irresistible dialéctica de la historia, una vez que había llevado al capitalismo al borde de la tumba, operaba de tal manera que obligaría a los socialistas a marchar juntos con los comunistas, coadyuvando a la creación de las condiciones que harían posible la instauración del poder soviético, en el cual dichos socialistas serían eliminados de la escena política; que obligaría a los partidos de las capas medias a recorrer el mismo itinerario y desempeñar análogo papel de "cornudo y apaleado"; que forzaría a los grandes Estados capitalistas a huir de cooperar con la Unión Soviética para aplastar a los nuevos rapaces, y con ellos al fascismo, la única forma bajo la cual podía sobrevivir el capitalismo, lo que quería decir que dichos Estados aceleraban el curso de la revolución mundial.

Concebida bajo esta óptica, el papel esencial de la táctica de la IC elaborada en el VII Congreso consistía, ante todo, en "echarle una mano" a esa irresistible dinámica de la historia. En primer lugar facilitando que las grandes masas populares, cuya conciencia no había madurado aún para comprender que la única salvación estaba en el poder soviético, marcharan tras la vanguardia, aunque no supieran muy bien a dónde iban. Facilitando, en segundo lugar, que los grupos sociales, partidos políticos y entidades estatales, que a la postre debían desaparecer de la escena, fueran hacia ese destino ofreciendo un mínimo de resistencia. Puesto que se había entrado en la fase dentro de la cual la misma caducidad extrema de las estructuras económicas y políticas capitalistas conducía vertiginosamente a toda la sociedad hacia el 'hic Rhodus, hic salta!, lo principal era que nadie se asustase del prodigioso salto, en cuyo secreto sólo estaba el partido mundial de la revolución. Los obreros más avanzados debían cuidar de no plantear objetivos que asustasen a los más atrasados; la clase obrera en su conjunto debía cuidar de no proclamar metas -sobre todo la revolución proletaria- que asustasen a las capas medias urbanas y a los pequeños, o "medios", campesinos propietarios; y todos juntos -obreros, funcionarios, técnicos, intelectuales, campesinos, etc.- debían cuidar de no asustar a las burguesías susceptibles de aliarse con la Unión Soviética para batir al revanchismo alemán y al expansionismo japonés. Puesto que esta última consideración concernía al "eslabón principal" de la estrategia kominterniana, debía primar -y en efecto primó- sobre todas las demás precauciones tácticas.

Todo el complejo táctico que acabamos de exponer está concebido -lo

mismo a nivel del supuesto proceso objetivo en que se fundamenta, que al de la acción consciente del partido - como una táctica defensiva-ofensiva. Defensiva en cuanto que la dinámica objetiva del proceso crea sus propias defensas frente a la progresión de la amenaza fascista, y que la acción del partido para unificar las diversas fuerzas sociales amenazadas opera sobre la base del mínimo común denominador. Ofensiva, en cuanto que esa dinámica objetiva-subjetiva conduce a exacerbar las contradicciones, polarizar las fuerzas sociales y políticas, y a medida que se configura esta nueva situación, que la correlación de fuerzas es favorable, el partido debe proponer metas y formas de lucha más radicales. En el VII Congreso el acento está puesto, incuestionablemente, sobre el aspecto defensivo, de acuerdo con la situación dominante en Europa en ese momento. Pero en el informe de Dimitrov, como en otras intervenciones, se alude a la perspectiva de la fase ofensiva. "Nosotros, dice Dimitrov, queremos la unidad de acción de la clase obrera para que el proletariado se fortalezca en su lucha contra la burguesía, para que defendiendo hoy sus intereses inmediatos contra el capital agresivo, contra el fascismo, esté en condiciones mañana de realizar las promesas de su emancipación definitiva". "Debemos preparar incansablemente a la clase obrera a cambiar rápidamente de formas y de métodos de lucha cuando la situación cambie. A medida que el movimiento se desarrolle y que la unidad de la clase obrera se re-fuerze, debemos ir más lejos, preparar el paso de la defensiva a la ofensiva contra el capital, orientándonos hacia la organización de la huelga política de masas." (Dimitrov sitúa dentro de la fase ofensiva la posibilidad de gobiernos de frente único proletario, en los que el partido comunista participe con otros partidos y organizaciones obreras y campesinas. Pero advierte que no deben ser considerados, en modo alguno, como formas de la dictadura del proletariado. Esta no puede existir más que bajo el sistema de partido único, según el modelo soviético. Los gobiernos de frente único proletario deben servir para crear las condiciones que permitan pasar a la dictadura del proletariado, lo que implicaba, por tanto, que los otros partidos y grupos obreros colaborasen en la preparación de su propia eliminación. Esto es, en toda su crudeza, uno de los dogmas táctico-estratégicos de la IC que más obstaculizó la unidad de las diversas tendencias revolucionarias del movimiento obrero en la época del frente popular. Su influencia fue particularmente nefasta en España y Francia.)

La distinción que se hace en el VII Congreso entre gobiernos de frente único proletario y gobiernos de frente popular, es bastante incierta. En general, los segundos son considerados como de composición más amplia, con participación destacada de las fuerzas políticas pequeñas burguesas, y susceptibles de aparecer incluso en la fase defensiva de la lucha antifascista. Es importante subrayar que el congreso no examinó la eventualidad de gobiernos de frente popular en los que participasen partidos o grupos de la burguesía. Sin embargo, puso como ejemplo de política de frente popular la del partido comunista francés, el cual ya había ofrecido su apoyo a un gobierno del partido radical.)

El paso a "la ofensiva contra el capital" se presentaría como posibilidad real en España y Francia pocos meses después del VII Congreso.

DOCUMENTOS
HISTORIA —————
DE —————
ESPAÑA —————

ETAPA 1934-1936

2

POSIBILIDADES
FASCISTAS

Joaquín Maurín

POSIBILIDADES FASCISTAS

El movimiento fascista que está en formación ofrece una vasta gama de contradicciones interiores que puden, sin embargo, quedar reducidas así: a) la burguesia industrial no le ha pronunciado por el fascismo todavía; b) el movimiento fascista en ciernes está profundamente dividido -bloque Nacional, Ceda, y grupo satélite de Primo de Rivera, escisionado ya; c) la Ceda ha hecho una política sinuosa, oportunista, que ha de llevarla, al fracaso; d) carencia de un jefe.

En Italia, los propietarios de la tierra y los industriales del norte hicieron un bloque para ayudar a Mussolini. Fueron ellos los que le pagaron su organización de camisas negras, preparándole la marcha sobre Roma. En Alemania, fueron los magnates de la industria pesada y de la finanza Thyssen, Krupp y Hugenberg los que prime- ramente alentaron el movimiento Hitleriano, sosteniéndolo económicamente. Mas tarde Von Papen, en representación de los "junkers", se decidió igualmente por Hitler.

En España las particularidades económicas y el fracaso de la dictadura y el de la República han hecho que todavía no se haya llegado a consolidar el bloque de industriales y agrarios. Por el momento, la tirantez entre la Ceda y la Liga Catalana entre Gil Robles y Cambó, está en pleno apogeo.

El fascismo naciente es esencialmente un movimiento de reacción de los terratenientes que va dirigido contra el movimiento obrero, pero de una manera indirec- ta, también contra los industriales, sobre todo los de Cataluña.

La cuestión de régimen -República o Monarquía- establece otra división entre las fuerzas fascistizantes. Mientras que el Bloque Nacional del Calvo Sotelo y Góicoechea es monárquico, la Ceda es posibilista, para emplear la palabra Castelar. Gil Robles podría repetir lo que decía Martos: "Estoy a una honesta distancia de la Monarquía" Su republicanismo es pragmático. Se adapta a la situación inmediata sin querer decir que se identifique con ella. Mientras que los del Bloque Nacional - creen que el fascismo y la Monarquía son ~~ambas~~ consubstanciales, los de la Ceda - opinan, con razón -ejemplos, Alemania y Austria- que la República es un excedente recipiente para verter en él las aguas sucias del fascismo.

Este dualidad entre burguesía industrial y agraria, de una parte, y entre agrarios y monárquicos y filo-republicanos, de la otra, es transitoria. Pero ahora existe.

El fascismo es siempre el frente único del capitalismo moribundo que se coaliga contra las fuerzas progresivas de la Historia y contra la clase trabajadora.

Este frente único necesario para el fascismo no se ha formado todavía, en España, aunque es evidente que esta falta de soldadura no se prolongará indefinidamente.

El proletariado puede aprovechar esta situación.

La Ceda de Gil Robles es el partido fascistizante más fuerte y más próximo del Poder, que ya lo ha detentado en parte.

A las contradicciones generales de la política reaccionaria, la Ceda aporta otras aún de tipo particular.

La Ceda quiere ser al mismotempo el partido de la Iglesia y el de los terratenientes.

tes. La Iglesia le infunde diplomacia, habilidad, mano izquierda, jesuitismo, en suma. El espíritu rural y salvático de los boyardos castellanos, extremeños y andaluces, choca con la sinuosidad de la Iglesia.

Este antagonismo interno puede serle fatal.

La Iglesia desea que su partido, Acción Popular, una vez reconquistadas las posiciones perdidas en 1931-1933, hiciera una política de centro como era la del partido "populiari" de Sturzo en Italia, antes de Mussolini, y el centro católico de Brüning en Alemania. La Iglesia saca mejor provecho de la contemporización que del esquemátismo intransigente. No se coloca nunca, en esta etapa de la Historia, en una posición extrema que pueda hacerla peligrar todo lo suyo. Podríamos decir que nada y guarda la ropa. Esto es lo que hace que la Ceda sea cauta, a veces.

En cambio, lo que en la Ceda hay de agro-pecuario, de salvajismo de cacique provincial y de brutalidad de señorito aristócrata le comunica una agresividad destemplada de viejo tipo carlista, de trabucaire.

Gil Robles quisiera que España recibiera la bendición con un hisopo fascista del género de Dollfuss pudo prevalecer además-Dollfuss porque en Austria la Socialdemocracia lo consentió y porque además Dollfuss y su sucesor actual, Schachinger, eran una creación necesaria a Italia y Francia. Dollfuss no se apoyaba en una fuerza propia. Quienes lo sostenían eran Mussolini y el Quai d'Orsay. Sin esta ayuda, el régimen de Dollfuss se hubiera derrumbado ante el ataque socialista o ante el de los hitlerianos.

A Gil Robles le vienen anchas la camisa negra y la camisa parda. El desearía una sobrepuñada que significara la refundición del Dollfuss austriaco, del jesuitismo de García Moreno y del Dato español, conservador, católico, ecléctico y partidario de las reformas sociales. García Moreno, Dato y Dollfuss murieron asesinados sin poder realizar lo que habían propuesto. Es siempre peligrosos tener como guías a tres jefes políticos muertos violentamente.

Un jefe fascista necesita o inteligencia, como Mussolini, o una gran pasión como Hitler. En Gil Robles hasta ahora -es posible que el porvenir nos reserve sorpresas- no se ha evidenciado ni lo que ha sido la fuerza del "Duce" ni la del "Führer".

Gil Robles fluctúa, vacila, no sabe exactamente lo que quiere. En ocasiones, da la impresión de un sonámbulo. Se diría que le mueven desde la sombra, como a Sigfrid en la leyenda de los Nibelungos. Cuando se lanza sin control pone en peligro su situación política produciendo estragos en su propio partido.

Primeramente se sentía convencido por el fascismo. Asistió incluso en 1933 al Congreso nazi de Núremberg. Mas, cuando en 1934 leyó el famoso discurso de Mussolini en el que se hacía declaración oficial de la gran crisis que experimentaba Italia, y vivió el asesinato de Dollfuss por los hitlerianos y la carnicería del 30 de junio, en Alemania, los entusiasmos fascistas de Gil Robles comenzaron a declinar. Entonces trató de conciliar el fascismo y la democracia el corporativismo y la representación popular, la autoridad del Estado y la libertad individual.

El fascismo se asienta sobre la máxima mussoliniana: "Nada fuera del Estado, nada contra el Estado, todo por el Estado".

A Gil Robles, no obstante, le satisface del fascismo lo que tiene de represivo y autoritario, pero le asusta por el papel que en él va desempeñando el Estado.

En una intervención publicada en la Vanguardia de Barcelona, el 20 de noviembre de 1934, decía.

"Frente a los excesos del liberalismo político, ha ido poco a poco surgiendo en el mundo un corriente doctrinal, luego concretada en sistemas políticos, que lleva directamente a la absorción por el Estado de todas las actividades individuales. Si a ese movimiento hubiéramos de buscarle un entronque filosófico, tendríamos que ir a parar al panteísmo hegeliano; si fuéramos a medirlo por sus resultados, nos encontrariamos ante una exacerbación de sentimientos nacionalistas, servidos por un socialismo estatal que lleva derechamente a la hipertrofia de los órganos centrales del gobierno y la aotrofia, equivalente a todos los demás resortes de la actitud individual y social. Contra esta corriente política que tiene que arraigar en los núcleos juveniles, me parece necesario reaccionar. Yo creo que el Estado no está para sustituir al individuo ni a las sociedades integrantes del Estado, sino para completarlas, tutelarlas y unificar sus esfuerzos. El ideal del Estado debe ser "no absorver" funciones, sino "estimular" las que están en su ejercicio o en potencia y "coordinarlas" para el servicio de los grandes intereses colectivos. Para conseguir esta finalidad, el Estado debe ser fuerte, sin pretender jamás ser tiránico".

Esta tesis de pánico al Estado ha sido desarrollada de nuevo, posteriormente, en la conferencia pronunciada por Gil Robles en los locales de Acción Popular, en Madrid, el 22 de diciembre de 1934.

"Dijo que uno de los más graves problemas de España es el avance constante del socialismo de Estado. Este va recabando para sí mayor número de facultades de las que corresponden al Municipio y a la Provincia y a la Región. Con ello mata las iniciativas del individuo y de la familia, especialmente al asumir servicios públicos estatificados. En lo espiritual también mata la iniciativa individual asumiendo como obligación suya la enseñanza. En lo benéfico sustituye a la caridad particular. Todo es un peligro enorme y hace que la administración sea cada día más codiciosa y que se ahoguen las iniciativas particulares, lo que se traduce en un aumento constante del presupuesto. Parece que el ideal de los pueblos es crear una burocracia para matar las energías que no son del Estado. Estos avances se hacen precisamente cuando los socialistas no están en el Poder, cuando los que gobiernan son los partidos que se llaman antisocialistas.

"Afirmó que en los regímenes fascistas, los avances socialistas han sido mayores. Contra eso es preciso reaccionar, cortarlo de un modo radical y no hay más procedimiento que transformar la máquina del Estado en sus funciones administrativas. Volver a los organismos autónomos, a las entidades individuales de las regiones y de las provincias y reconocer el derecho tradicional de éstas". (La Vanguardia, 23 de diciembre de 1934).

A la Ceda, partido fascistizante, le da miedo el Estado, la estatificación, que es la razón de ser del fascismo.

Un economista conservador tan significado como Mariano Marfil, seguramente "cedista" escribió el 24 de diciembre de 1934: "Es evidente que ni se debe aspirar a un tránsito brusco del estatismo a la libertad racional y ordenada; pero para empezar a recorrer el camino e ir arrojando progresivamente las muletas, la campaña hay que hacerla contra el estatismo. Y bueno es que se extienda como lema del combate: El estatismo: he ahí el enemigo".

Jiménez Fernández, alter ego de Gil Robles, siendo ministro de Agricultura, visitó a mediados de enero de 1935 la provincia de Soria para ponerse en contacto con los

agricultores.

Copiamos de un periódico del 15 de enero:

"El ministro y autoridades se dirigieron a Soria, deteniéndose antes en la villa de Agreda, donde el señor Jiménez Fernández recibió en el Ayuntamiento a una nutrida - comisión de labradores que en la visita del Señor Jiménez Fernández aprovechó la ocasión para exponerle sus quejas y necesidades, como consecuencia de la paralización de las operaciones de compra del trigo, situación insostenible, que el ministro prometió estudiar y resolver enviando de momento un crédito que consienta el bloqueo de las existencias de, remediendo al pequeño labrador ya que el gobierno se encuentra imposibilitado de adquirir existencias totales, puesto que la cosecha actual ha superado las exigencias nacionales en once millones de quintales métricos. Las comisiones de los pueblos aun contando con la buena voluntad del ministro no se mostraron satisfechas, ya que su problema no lo creen resuelto con el paliativo ofrecido.

"Una vez en Soria, visitó después la Diputación, en la que comisiones de pueblos trigueros de la comarca de Vicariás. Almazán y Gómez le expusieron su situación. Como en Agrada, hizo promesas que no satisficieron a los agricultores".

Los agricultores castellanos pedían sencillamente, que el Estado comprase sus existencias de trigo, que el Estado se transformase en una empresa.

Los millones elementos constituyen la base del partido de Gil Robles y Jiménez Fernández exigen un capitalismo de Estado.

¡Ah! Ante esta demanda la Ceda hace marcha atrás.

Su fascismo no tiene como eje a la industria, pesada. Por eso es equívoco, incierto. Se acerca al fascismo, pero teme sus consecuencias económicas.

La Ceda se da cuenta de que sin gran industria para sostenerla y sin haber podido hincar el diente en las masas obreras, su partido es circunstancial, artificial en gran parte, y contradictorio por el juego de intereses, no siempre de acuerdo en las cuestiones tácticas, entre la Iglesia y los propietarios de la tierra. Y puesto en la rampa resbaladiza de la estatificación -"el mal del siglo"- presente que las consecuencias puedan ser catastróficas para el propio régimen social que la Ceda quiere salvaguardar.

La postura de la Ceda es análoga a la de aquel polizonte ruso cuya historia recordaba Rosa Luxemburg: "...mojo en seguida al individuo por el cuello. Y ¿que creéis que ocurrió? Pues nada; que el maldito no tenía cuello..."

Gil Robles quiere ser fascista, es fascista, y, sin embargo, le da miedo el fascismo.

Un partido fascista necesita ser nacionalista rabioso, anticatólico, en el fondo, y partidario del capitalismo de Estado.

El partido de Gil Robles no es nacionalista. Es agrariocatólico, que es muy distinto. El nacionalismo como fuerza, en un país como España, cuya unidad fue impuesta coercivamente por la Iglesia y la Monarquía, solo puede alumbrarlo el proletariado, en un sentido progresivo, dando origen a un movimiento de armonice la separación y

la unidad. Gil Robles portugués, pero en sentido apuñato: contra él.

La Iglesia es en España un peso muerto que impide la libertad de acción del fascismo. El Fascismo solo puede tener un Dios, el Estado. Y la Iglesia es un Estado dentro del Estado.

Si el impulso actual de la revolución económica es hacia el capitalismo o socialismo de Estado -las dos gradaciones posibles: fascismo o socialismo-, si el propio Estado español como hemos podido ver, adquiere cada vez proporciones más absorbentes, ¿qué puede hacer un partido que teme al Estado en tanto que factor económico?

Entre el capitalismo y el socialismo existe aún una situación intermedia que, forzosamente, ha de ser breve, efímera. Es el ensayo de Roosevelt. Pero también en la NRA el Estado pasa a ocupar un primer lugar en el plano de la economía.

Gil Robles es el anti-socialismo, no es partidario del capitalismo de Estado que representa el fascismo, ni menos de los ensayos de Roosevelt.

¿Qué es lo que desea, que quiere, pues, Gil Robles?.

Invitado por el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, Gil Robles pronunció, el 3 de marzo de este año, una conferencia exponiendo cuales eran sus planes de hombre de gobierno.

Sinclair Lewis, en su novela Calle Mayor, hacia este retrato de la sociedad capitalista: "Esta sociedad funciona admirablemente produciendo en gran escala automóviles baratos, relojes a dólar y máquinas de afeitar. Pero no estará satisfecha hasta que el mundo entero conozca que la finalidad ideal de la vida económica es viajar en automóviles baratos, hacer anuncios de relojes a dólar, sentarse a hablar en el crepúsculo, no de amor o heroísmo, sino de las ventajas de las máquinas de afeitar."

Gil Robles, como plan económico para el porvenir, como ideal de una España grande próspera, "feliz e independiente" expuso unas cuantas vulgaridades, resumen de las que en tiempos pretéritos predicaron Rafael Gasset sobre la política hidráulica y Vázquez de Mella sobre la cuestión social.

El idealismo y la pasión transformadora de Gil Robles, vistos en su discurso de la Unión Mercantil como en todas sus acostumbradas pláticas dominicales, no es - "el heroísmo, sino la ventaja de las máquinas de afeitar".

Los jornales mas bajos que se han registrado en toda España durante el último invierno han sido los que se pagaban en la provincia de Salamanca. ¡Un pesete y 1,50 pesetas diarias!.

Gil Robles es diputado por Salamanca y el ídolo de los señores de la provincia de Salamanca.

El Vice-Imperio que propaga Gil Robles no es de presumir que acabe por entusiasmar a los españoles.

En fin de cuentas, Gil Robles, no es mas que el representante perfumado de la mas ordinaria y soez reacción española. Torquemada, Felipe II, Fernando VII, Colomerde, Narváez, González Bravo, Lacierua, Dato, Martínez Anido quitaesenciados, con un

asperges previo de agua bendita, dan como resultado: Gil Robles y su banda de Ceda.

El fascismo, sin embargo, puede revestir en nuestro país un aspecto particular, - "nacional".

Es evidente que si la clase trabajadora no logra imponer su triunfo, es fatal que, mas o menos tarde, prevalecerá, a través de pequeños saltos o de un modo brusco, finalmente, un régimen de fuerza marcadamente fascista con un carácter más o menos pronunciadamente militar, como fue la dictadura de Primo de Rivera y como actualmente se da en Polonia, Portugal, Bulgaria, Grecia y Yugoslavia y en algunos países del Asia y de América del Sur.

La actual situación no puede prolongarse largo tiempo. La burguesía necesita "su" solución y la clase trabajadora también la suya. Precisamente, Octubre fue el choque violento de los esfuerzos que hicieron, cada uno desde su sitio, burguesía y proletariado para señalar la solución que procedía. Con respecto a la batalla final, ineluctable, Octubre no fue en último término mas que una ligera escaramuza un prólogo anunciador de los futuros combates.

La burguesía no tiene a su disposición una organización específicamente fascista. La Ceda mas que "fascios" y "sturmabteilungen", es un conglomerado de tribus históricas con una cierta técnica electoral para embauar beatas. Gil Robles antes de ser un buen jefe fascista ha de jacer de peón albañil o de pintor de puertas y pasar una temporada en la cárcel. El fascismo de oyata que él representa es poco consistente.

La única fuerza a la que la burguesía puede recurrir ahora, como en 1923, es el ejército.

Pero también aquí hay una serie de dificultades.

El ejército como elemento político fue gastado por Primo de Rivera. El ejército actual está muy lejos de poseer las condiciones que tenía hace quince años.

Aparece, además, un obstáculo de mayor volumen todavía. Y es la política internacional de España, en un momento de preparación febril para la próxima guerra.

La España de la decadencia, en la política internacional, se encuentra encallada entre dos escollos: Inglaterra y Francia. No puede salir de ahí.

Francia e Inglaterra tienen encadenada a España desde hace largo tiempo, durante la Monarquía como en el período de la República.

Un régimen fascista-militar -pongamos por caso una dictadura de Gil Robles-Franco o Calvo Sotelo-Goded-, no podría ocultar sus simpatías por el bloque fascista de potencias que se va formando: Alemania, Italia, Japón.

España, más que por su fuerza y posibilidades militares actuales, por su situación geográfica, puede, en caso de conflicto en Europa, jugar un papel que, en determinadas circunstancias, pudiera ser decisivo.

&Toleraría Inglaterra y Francia una situación política en España que fuera un grave peligro, una verdadera espada de Democles?

A la caída de Primo de Rivera contribuyó en parte Inglaterra al ver que la dictadura iniciaba una política internacional que iba distanciando a España de Inglaterra y acercándola cada vez más hacia Italia. Para Inglaterra ~~y acercándola cada vez~~ el problema del Mediterráneo es de una importancia cardinal.

Ante un régimen militar-fascista en España inclinado hacia Alemania, que es el prototipo del fascismo militarista, Inglaterra y Francia, marchando de acuerdo, irían apretando los tornillos hasta estrangularlo.

Un régimen fascista-militar español que llevara a cabo una política internacional al revés de la que es presumible, es decir, que se orientara hacia una alianza con Francia, la URSS e Inglaterra, queda excluido como absurdo.

Pero por encima de todas las dificultades enumeradas para que el fascismo pueda triunfar, si el movimiento obrero sabe proceder debidamente, hay una más, la última, aunque la más importante.

Hemos dicho más arriba, al hacer la definición, que el fascismo era la consecuencia de una revolución fracasada.

En España, es cierto que ha fracasado una revolución, la revolución democrática dirigida por la pequeña burguesía. Ese fracaso crea condiciones favorables para un golpe de Estado de tendencia fascista. Mas sobre las ruinas de ese mismo fracaso empieza a levantarse una nueva revolución, la segunda, cuya avanzada exploradora fueron las jornadas de Octubre.

Guizot, estudiando la Revolución inglesa, dijo que los acontecimientos que tuvieron lugar en Inglaterra en el siglo XVII fueron debidos al cruzamiento de dos importantes factores: externo el uno e interno el otro. En toda Europa, a comienzos del siglo XVII se vivía la fase de evolución del feudalismo a la monarquía absoluta. Carlos I de Inglaterra deseaba representar ese papel histórico. Pero era demasiado tarde, decía Guizot. La burguesía inglesa durante los siglos XVI y XVII, había hecho grandes progresos y era suficientemente fuerte para no ayudar al rey contra los nobles, sino, por el contrario, para arrancar concesiones y libertades al rey en favor suyo. Carlos I intentó forzar a Inglaterra a seguir la misma ruta que prevalecía entonces en Europa, pero se estrelló contra los baluartes de la burguesía nacional ascendente.

Historicamente, la situación española también es ahora un choque violento entre una tendencia que se está imponiendo en Europa -el fascismo- y la fuerza del proletariado nacional, fuerte, aguerrido, unido, alarmado por las trágicas lecciones de Italia, Alemania y Austria, y en marcha hacia el socialismo.

=====

DOCUMENTOS
HISTORIA —
DE —
ESPAÑA —

ETAPA 1934-1936

3

DE LAS ELECCIONES
DE NOVIEMBRE A LA REVOLUCION
DE OCTUBRE - José Peirats

Tertulia de Ciudad Oliva. Sabadell

JOSE PEIRATS DE LAS ELECCIONES DE NOVIEMBRE A LA REVOLUCION DE OCTUBRE

1934-1936

En su libro "Historia des Républiques espagnoles", Víctor Alba traza el siguiente resumen:

"En dieciocho meses de régimen republicano, las provocaciones de las derechas y las vacilaciones de las izquierdas ocasionaron la muerte de 400 personas, de las que 20 pertenecían a la fuerza pública. Se registraron 3.000 heridos, 9.000 detenciones, 160 deportaciones, 30 huelgas generales y 3.600 parciales; 161 periódicos fueron suspendidos, de los que cuatro pertenecían a las derechas."

Entretanto, las derechas, acaudilladas por Gil Robles, empiezan a ganar posiciones. Alcalá Zamora y Maura habían dimitido del Gobierno provisional al aprobarse en las Cortes el capítulo de la Constitución que eximía a la Iglesia católica de la enseñanza en las escuelas del Estado (octubre de 1931). A pesar de ello, el primero aceptó la presidencia de la República el día 10 de diciembre.

El 15 de diciembre del mismo año Manuel Azaña toma posesión de la Presidencia del Gobierno. El Partido Radical pasa a la oposición por incompatibilidad con los socialistas. Casares Quiroga reemplaza a Maura en Gobernación, y pone en práctica la Ley de Defensa de la República que viene a anular la Constitución a los pocos días de puesta en vigor.

A principios de 1933, y en plenas vacaciones parlamentarias, se produce una crisis como consecuencia de la campaña por los sucesos de Casas Viejas. Por voluntad del presidente de la República, Lerroux procede a formar Gobierno, que sólo subsistirá hasta la reapertura de las cortes, víctima de la arremetida socialista. El 9 de noviembre, el jefe del Estado pone en práctica la segunda parte de su plan, que consiste en nombrar presidente a Martínez Barrio con el decreto de disolución de Cortes. Las elecciones se celebran diez días después, arrojando el siguiente resultado:

Derechas.-	Ceda.....	87	puestos
	Agrarios.....	37.	"
	Independientes de derechas....	15	"
	Tradicionalistas	14	"
	Renovación Española.....	14	"
	Total.....	167	puestos

Centristas.-	Radicales.....	79	puestos
	Lliga catalana.....	25	"
	Conservadores de centro.....	14	"
	Liberales demócratas.....	9	"
	Independientes de centro.....	6	"
	Progresistas.....	12	"
	Nacionalistas vascos.....	12	"
	Total.....	146	puestos

Izquierdas.- Socialistas.....	27 puestos
Esquerra catalana.....	22 "
Acción Repùblicana.....	5 "
Radicales-socialistas independientes.	2 "
Radicales-socialistas ortodoxos.....	1 "
Orga.....	6 "
Comunistas.....	1 "
Total,.....	<u>64 puestos</u>

La abstención del pueblo hizo necesaria una segunda vuelta electoral para cubrir 97 vacantes. Con este motivo los socialistas alcanzaron 60 puestos, 115 la Ceda y 100 Mps radicales.

Como contraste damos a continuación el resultado de las elecciones constituyentes, celebradas el 28 de junio de 1931:

Socialistas.....	116 puestos
Radicales.....	90 "
Radicales-socilistas.....	56 "
Esquerra catalana.....	42 "
Acción repùblicana.....	26 "
Progresistas.....	22 "
Al Servicio de la República.....	14
Orga.....	15
Agrarios y vasco-navarros.....	21
Lliga catalana.....	3 "
Monárquicos.....	1 "
Federales e independientes izquierda	14 "

Se ha querido justificar la derrota de las izquierdas en las elecciones del 19 de noviembre por la intervención del voto femenino. Este beneficio, indudablemente, a los dos bloques. El orden de los factores no alteró el producto. Si es cierto que en el campo la intervención de la mujer en las elecciones se produjo de acuerdo con las consignas de curas y caciques, en las grandes capitales la inmensa mayoría de las votantes se inclinaron por las izquierdas. El voto femenino no hizo más que nutrir el censo electoral. Fué notoria, en cambio, la influencia del abstencionismo. La huelga electoral declarada por la C.N.T. tocó en lo más vivo los sentimientos del proletariado. La campaña fué inmensa, se mantuvo durante todo el período electoral y culminó en el mitín monstruo de la Plaza de Toros Monumental de Barcelona, en el que los oradores confederados Benito Pavón, Domingo Germinal, Buenaventura Durruti y Robón Fernández desmenuzaron esta consigna: "Frente a las urnas la revolución social." La C.N.T. y la F.A.I., conscientes de las repercusiones y de la trascendencia de su actitud, proclamaron en el mitín que si la derrota de las izquierdas llevaba aparejado el triunfo de las derechas, desencadenarían la revolución social. Este compromiso ante el pueblo motivó el movimiento revolucionario del 8 de diciembre de 1933.

Este movimiento tuvo su más álgida manifestación en los pueblos y ciudades de Aragón y la Rioja. Un comité revolucionario, formado por escogidos elementos confederados, del que formaban parte Cipriano Mera y el

doctor Isaac Puentes, se instaló en Zaragoza, sede del Comité Nacional de la C.N.T. En esta ciudad se luchó durante varios días contra los cuerpos armados reforzados por el ejército, que intervino con impresionante aparato de guerra, incluidos tanques de asalto, la lucha terminó con la detención del Comité revolucionario.

Hubo encuentros en Barbastro y Alcalá de Gurrea, donde la población es tubo largas horas en poder de los revolucionarios. En Alcampel, Albalate de Cinca y Villanueva de Sigüenza se proclamó el comunismo libertario. Lo mismo ocurrió en Valderrobres, Beceite, Alcoriza, Mas de las Matas, Calanda y otros pueblos del bajo Aragón. La Guardia civil sufrió severas bajas. En Logroño, Arnedo, Labastida, Fuenmayor, Briones, Cenicero, San Vicente de la Sonsierra, Haro, San Asensio y otros lugares la lucha cobró gran intensidad. El régimen libertario fue instaurado en la mayoría de estos pueblos en medio de las aclamaciones populares. En Villanueva de la Serena, Pío Sopena, sargento de la guarnición militar, puso con su sacrificio un heroico colofón al movimiento. Este militar, sublevado con valiosos de sus compañeros de armas, prefirió a rendirse sucumbir en los escombros de su reducto, demolido a cañonazos. En Fabero de León, los conjurados comprobando el fracaso, iniciaron su repliegue hacia la sierra, donde prefirieron sucumbir sucumbir de inacción de muchos de ellos antes que afrontar el martirio de los inquisidores. La represión tuvo carácter brutal en Bujalance, donde fueron aplicadas "leyes de fugas" a presos indefensos y maniatados. En Barcelona hubo sólo tiroteos en las barricadas. En Hospitalet, los revolucionarios se adueñaron de la situación y tuvieron que desistir de la lucha al comprobar que se encontraban aislados.

El balance de estas jornadas ha sido cifrado en 87 muertos, innumerables heridos y 700 condenas de presidio.

Entre las causas del fracaso de este movimiento pueden consignarse, en primer lugar, el breve espacio de tiempo que le separó del movimiento del 8 de enero de aquel mismo año. Andalucía, y Cataluña, como asimismo Levante, que llevaron el peso de la lucha en enero, sintiendo Frescas todavía las huellas de la represión, no se levantaron en diciembre. Falló igualmente la esperanza en una reacción favorable de los socialistas (las masas por lo menos) y del pueblo en general. Se fundaban esta esperanza de la derivación derechista de la política nacional. El mismo Pío Sopena apeló, al sublevarse, a la colaboración de socialistas, comunistas y republicanos, y comprobó su frialdad. A la carencia de armamento y el falso diagnóstico sobre la predisposición popular hay que añadir la intervención desmoralizante del ejército. Los trabajadores españoles sienten una verdadera aprensión a enfrentarse con los soldados, por su calidad de hijos de pueblo. Esta aprehensión había de ser fatal para todos los movimientos posteriores, incluido el del 18 de julio de 1936.

El 18 de diciembre, restablecida la normalidad, Alejandro Lerroux, con permiso de la C.E.D.A., concedió a Martínez Barrio ⁸ la presidencia de un Gobierno con mayoría radical. Gil Robles ha traído tres etapas a su partido: el Gobierno "testaferro" de Lerroux; un Gobierno "puente" de coalición radical-cedista, finalmente, otro Gobierno específicamente reaccionario, con "todo el Poder para el jefe". La etapa inicial se prolongará

se prolongará hasta el 4 de octubre de 1934, fecha de la entrada en el Gobierno de Léonard de tres ministros católicos. La apertura de la segunda etapa provocará la revolución del 6 de octubre.

He aquí la obra del Gobierno leonardista al dictado del Gil Robles, agente éste a su vez de los jesuitas:

"Desde el primer momento comenzó su gobierno la obra contrarrevolucionaria que le exigían las derechas. A partir de este momento terminó la tranquilidad en España. Ni un solo día conoció el régimen su vida normal. Las garantías constitucionales estaban constantemente suspendidas: unas veces, en estado de prevención; otras, en el de alarma; más tarde, en el de guerra. La contrarrevolución se mostró más agresiva que nunca: se amnistió a los enemigos de la República, se reintegró a sus puestos de mando a los militares monárquicos; se volvieron a pagar los haberes al clero; se restablecieron negociaciones con el Vaticano; las Ordenes religiosas continuaron enseñando; se anuló toda la legislación social republicana; se destituyeron los Ayuntamientos socialistas y republicanos de izquierda -los mismos Ayuntamientos que sirvieron para proclamar la República el 14 de Abril-, entregándolos a los enemigos del régimen; se persiguió con saña a las organizaciones obreras, amordazando su Prensa clausurando sus Casas del Pueblo, sitiando por hambre a la clase trabajadora. Entretanto, con la protección oficial, se organizan y arman los grupos facistas. Con la protección oficial y con el dinero y armamento que les proporciona Mussolini". (Rodolfo Llopis: "Octubre del 34".)

La verdad es que el primer bienio social-azafista gobernó a los trabajadores que habían traído la República con leyes monárquicas; puesta en vigor la nueva Constitución, fueron gobernados con la "Ley de Defensa de la República" y la de "Vagos y Maleantes", las cuales permitieron perseguir con saña a los trabajadores, amordazar su Prensa, clausurar sus Centros y hasta sitiárlas por hambre. En manos estas leyes del bienio radical-cedista, los socialistas conocieron por primera vez el rigor de un arma forjada por ellos mismos. La llamada ley de Orden Público, que aparejaba los Tribunales de Urgencia, obra también de quel desgraciado período, era la constitucionalidad de los inconstitucional, sofísca que permitió convertir unas leyes draconianas de excepción en legislación permanente. Y este puñal de dos filos mordía ahora las carnes del Partido Socialista, desplazado del Poder por los vaivenes caprichosos de la política.

En consecuencia, el Partido Socialista empezó a revolverse, preso de una crisis de extremismo circunstancial. Los sucesos que sellaron la vida de la social-democracia alemana y austriaca influyeron no poco en la posición adoptada por Largo Caballero. Los primeros desfiles -cómicos y chocarreros- del incipiente falanfismo, y las paradas y concentraciones de los militarizados cachorros de Gil Robles, inspiraron los incendiarios discursos del que empezaron los comunistas a halagar con el apelativo de "Lenin español". Sus invitaciones a la unidad proletaria, más que las incitaciones a la toma del Poder y a la dictadura de clase, empezaron a hacer mella en los refractarios medios confederados, especialmente en la región asturiana y en la del Centro. Las energías de los comunistas astures, aunque rebosantes, se mantenían virgenes.

Los tres movimientos llevados a cabo por la C.N.T. desde principios de 1932 a fines de 1933, no habían tenido repercusión en Asturias. La contingencia de estar allí radicado el principal foco socialista digno de tal nombre, y a la situación minoritaria de la C.N.T. con respecto a la U.G.T., influyeron en la mentalidad de los confederados. No hay tampoco que olvidar la clásica posición aliandista de los anarcosindicalistas asturianos. Ya en el Congreso de la Comedia se pronunciaron insistentemente por la fusión sin reserva de los grandes Centrales sindicales del país.

En la Regional del Centro, uno de los puentes del alianzismo fue el propio Orobón Fernández, cuyo histórico trabajo, publicado por aquellas fechas en el diario madrileño "La Tierra" damos a continuación:

"ALIANZA REVOLUCIONARIA, !SI! OPORTUNISMO DE BANDERIA, !NO! -La realidad del peligro fascista en España ha planteado seriamente el problema de unificar al proletariado revolucionario para una acción de alcance más amplio y radical que el meramente defensivo. Reducidas las salidas políticas posibles de la presente situación a los términos únicos y antitéticos de fascismo o revolución social, es lógico que la clase obrera ponga empeño en ganar esta partida. Sabe muy bien lo que se juega en ella.

"Por ello, y no en virtud de interesados patatismos de importancia, los trabajadores españoles coinciden hoy instantáneamente en apreciar la necesidad de una alianza de clase que ponga fin al paquete interproletario provocado por las tendencias y capacidades al frente obrero para realizaciones de envergadura histórica. Puede decirse que psicológicamente la alianza es ya un hecho. Nada tan grato para un militante revolucionario como ver fraternizar a las multitudes obreras por encima de las lindes de matizadas (de indudable justificación teórica, pero contrarias a las necesidades tácticas de circunstancias como las actuales) que las han separado hasta aquí de un modo agresivo. Y nada tan esperanzador como verlas confluir por impulso propio, llenas de entusiasmo y voluntad, en un cauce revolucionario positivo.

"Esta disposición anímica de la clase obrera precisa una pronta y eficaz cristalización orgánica. ¿Cómo? Por el centro y por la periferia por abajo, por arriba y por el medio. Lo esencial es que esté basada en una plataforma revolucionaria que presuponga lealtad, consecuencia y honradez de intenciones por parte de todos los pactantes. Enfrascarse en largas discusiones acerca del procedimiento de aproximación sería un bizantinismo desolador. Hay que querer sincerarse en esta aproximación, y basta. Los momentos no están para torneos literarios ni obstrucciones demagógicas.

"LA UNIDAD COMBATIVA; CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE.- La burguesía española acaba de arrojar su disfraz liberal. Animada por los ejemplos contrarrevolucionarios que ofrece Europa, se dispone a reforzar su monopolio económico y político mediante el Estado totalitario. La realización de estos propósitos, planeada con arreglo a un plazo prudencial y bien calculado, ha sufrido un contratiempo importante gracias a la actitud de la C.N.T. en las últimas elecciones y después de ellas.

"Mucho se ha dicho y escrito, muy superficialmente por cierto, contra el abstencionismo electoral de la Confederación, cuya eficacia está resultando infinitamente superior a la elección de cien diputados obreros, ya que abierto un proceso revolucionario de grandes perspectivas para el proletariado español. Sin esta abstención, denunciada oportunamente del volumen de la reacción y de la inanidez del sufragio para combatirla, el fascismo latente se nos hubiera colado un día de rodón por la puerta grande de la "legalidad democrática", bien pertrechando frente a una clase obrera sorprendida, fraccionada y en parte entretenida en hacer reclamaciones inocentes al censo electoral. De esta otra manera hemos atacado al fascio en su período de incubación. Y tras nuestra actitud, de sabotaje desintegrante en un término y de contundencia combativa en otro, se ha comprendido la gravedad de la situación, ha sonado la voz de alarma en todo el campo obrero y, lo que es más importante, se ha comenzado a hablar con seriedad de Frente Único, alianza o unidad revolucionaria.

"E. pontáneamente, sin acordarse de Viejas consignas de estereotipia, los trabajadores de las diversas tendencias se han dado cuenta de que la unión combativa de clase es hoy cuestión de vida o muerte para la causa del proletariado. Aferrados a isletos de principios o fundidos en un bloque táctico, separados o unidos, no tendremos más remedio que presentar o aceptar batalla al extremismo político del capitalismo. La disyuntiva es clara: hay que ser yunque o martillo; o aplastamos implacablemente al fascismo; o ésto nos aplastará sin contemplaciones de ningún género. Poco al desenlace de esta alternativa van los acontecimientos. Las intenciones del enemigo, ratificados a diario por agresiones, desplantes y amenzazas, no ofrecen duda. Como tampoco el coqueteo y aun la amorosa colaboración que les dispensan los últimos mohicinos gubernamentales de una democracia en disolución.

"La represión con que se está diezmado a la C.N.T. es un antícpo vergonzante y vergonzoso hecho al fascismo específico y una muestra elo cuente de cómo los "términos medios" y las ponderaciones teóricas de la democracia burguesa se convierten fácilmente en extremos. A la hora de la lucha, los demócratas olvidan su filiación política y forman con arreglo a su filiación de clase. Aprendan con este ejemplo los camaradas que por purismos deleznables, se encastillen en la teoría de "nosotros sols" para vencer al enemigo que se está acumulando frente al proletariado, es indispensable el bloque granítico de las fuerzas obreras. La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante sí misma y ante la Historia. Porque mil veces preferible a la derrota que el sistemamiento nos depararía, inevitablemente es una victoria proletaria parcial que, sin ser patrimonio exclusivo de ninguna de las tendencias, realice de momento las aspiraciones mínimas coincidentes de todos los elementos pactantes, aspiraciones mínimas que comienzan en la destrucción del capitalismo y la socialización de los medios de producción.

"SITUARSE FRENTE A LA UNIDAD ES SITUARSE FRENTE A LA REVOLUCIÓN.-
El peligro común, cortemente percibido por las masas obreras, ha hecho surgir en ellas una fuerte tendencia a la unidad de acción. Esta repentinaización táctica, impuesta desde abajo y contraria a incompatibilidades clásicas que se alzaron como murallas hasta hace poco tiempo, ha desconcertado a algunos militantes de la C.N.T., los cuales ven con recelo la

espontaneidad con que se está produciendo el acercamiento de sectores obreros que en otras circunstancias se combateron duramente. Y no ha faltado compañeros de significación en los medios confederados que con la mayor fe, sin duda, se han declarado adversarios de esa inteligencia obrera, e incluso han hecho patéticos llamamientos en defensa de los principios anarquistas que ellos erróneamente creen amenazados.

"Estos camaradas parecen no haberse dado cuenta del profundo cambio que el panorama social de España ha experimentado en los dos meses últimos, cambios que pueden resumirse en tres hechos: Primero, la invalidación total de la democracia y sus expedientes políticos; segundo, la radicalización reaccionaria de la burguesía española, hoy en marcha ostensible hacia el facismo, y tercero el desplazamiento teórico y práctico de la social-democracia que, abandonando su funesta política colaboracionista se ha reintegrado a sus posiciones de clase. Estos tres hechos, claramente visibles, han despejado el campo de la lucha de clases, creando una situación nueva y de peculiares exigencias tácticas. La concentración de la burguesía en las trincheras derechistas significa el fin de las tolerancias liberales, el anuncio de una batalla a sangre y fuego encaminada a extirpar toda resistencia obrera y conquistar un Poder indi-viso.

"Los socialistas no tienen más remedio que bailar al son que tocan en la acera de enfrente. Una música desagradable y agorera que recuerda "ergástulos" italianos y "Konzentrationslager" teutones... Por eso han hecho un viraje brusco, que después de larga reparación, les ha vuelto a colocar cerca de las organizaciones obreras que nunca abandonaron las avanzadas revolucionarias. Al restablecerse este contacto ha sido posible hablar de coincidencias y necesidades tácticas. Es decir, que el fren-te, bloque de la alianza se va a efectuar en el terreno revolucionario que ocupara siempre la C.N.T., terreno al cual se acercan ahora los socialistas, tras el fracaso resonante de sus experiencias con la democracia burguesa.

"Y la divisa del pacto eventual no puede ser otra que "Unidad revolucionaria para realizaciones revolucionarias". Así es que, suscribiendo un pacto sobre esta base, la C.N.T. no hará sino ratificar eficazmente sus aspiraciones clásicas.

"Sé que no han de flatar camaradas que hagan objeciones como esta: ¿pero sois tan ingenuos que creéis que las violencias de lenguaje de los socialistas se van a traducir en auténtica combatividad revolucionaria?" A lo cual contestamos nosotros que, tal como van las cosas, y quedades o por lo menos gravemente averiadas las naves de la colaboración democrática, los socialistas sólo podrán elegir entre dejarse aniquilar con mansedumbre, como en Alemania, o salvarse combatiendo junto a los demás sectores proletarios. Y otros dirán: "¿Cómo podemos olvidar las responsabilidades socialistas en las leyes y medidas represivas dictadas y aplicadas en el período triste y trágico del social-azañismo?" Ante esta pregunta, cargada de amarga justicia, sólo cabe replicar que el únicooportunismo admisible es el que sirve a la causa de la revolución. La conjunción del proletariado español es un imperativo insoslayable si se quiere derrotar a la reacción. Situarse de buena o mala fe frente a la

alianza revolucionaria obrera es situarse frente a la revolución.

"!NEGOCIOS DE PARTIDO, NO!- Hemos dicho anteriormente que una condición primordial para que la alianza sea eficaz es la honradez de procedimientos e intenciones por parte de los sectores pactantes. Este "juego limpio", que debiera ser característica natural y sobreentendida de cuantos desean la unidad y quieren facilitar su formación, no parece tan fácil de conseguir si se tiene en cuenta el procedimiento lamentablemente ventajista de determinados elementos y publicaciones. Nos referimos concretamente a los comunistas. Estos no se han decidido aún a abandonar, ni siquiera en bien de la unidad obrera, su vieja táctica partidista, prodiga en hipérboles, desfiguraciones e insultos contra otras zas proletarias, incluso contra aquellas que los superan probadamente en espíritu y valor revolucionario. Si teóricamente son partidarios del "frente único", en la práctica resultan, queriendo o sin querer, el divisor más seguro de esta idea.

"Ahora mismo, cuando la cordialidad es ya moneda corriente en las relaciones de lo que ellos llaman la "base" los jefes y publicaciones comunistas se ensañan con la persiguida E.N.T., y, aprovechándose sin escrupulo de una situación excepcional, hacen "frente único" a su manera, tratando de poner pie una tercera Central sindical... (En lo cual les ayuda piadosamente el "órgano del Frente Único") Y califican de "putsch" uno de los más formidables movimientos de masas que se ha registrado la historia social de España. Este movimiento ha venido defectos indudables y quizás graves; pero no merece el fácil calificativo de "putsch" ni las insinuaciones equívocas que sobre él lanzó el último editorial de "M.O.". Por cierto que dicho editorial tuvo invitado a indiar hasta la actual director de esa "Lucha" que, contra lo que esperábamos, está resultando lo más refinada expresión del ventajismo "alineado". Aun falta lo más gordo. Y es que, a pesar de las fulminaciones lanzadas contra el "putsch," las publicaciones comunistas español lo "poco bueno que esa tentativa revolucionaria haya podido tener". Los que suministran esas informaciones esas informaciones son comunistas y españoles...

"En el número correspondiente al 21 de diciembre de 1933 de la "Rundschau", edición alemana de "La Correspondencia Internacional", un tal Melchor Rodríguez- que, naturalmente, no es nuestro Melchor- afirma "que las organizaciones del Partido Comunista español trataron de ponerse al frente del movimiento de masas (de diciembre), consiguiéndolo en varios puntos"... Y en la misma publicación, número del 27 de diciembre Vicente Uribe se atreve a decir que "el Partido Comunista intervino inmediatamente en la lucha" para enmendar la plana a los "putchistas anarquistas. Todo el mundo sabe que la inhibición del Partido comunista en el movimiento de diciembre fué absoluta, y que, por consiguiente, son totalmente inexactas las informaciones enviadas al extranjero por conocidos jefes comunistas. Sentimos tener que descubrir estas miserias, pero lo hacemos para mostrar a los camaradas comunistas lo contrapodiente de estos métodos.

"Hay que reemplazar estas cosas por las prácticas, estrictamente aplicadas, el "juego limpio" a que aludíamos más arriba. La unidad exige una base de sinceridad incompatible con ese flexible y turbio con-

concepto de la verdad. Conviene no olvidar que la sinceridad de esta unión depende la seriedad de las conquistas y la posibilidad de que una revolución en España sea apoyada por biénanos análogos allende las fronteras. La actitudde los comunistas hasta ahora responde a la divisa: "Medre mi secta, aunque se hunda la revolución." Y esto es dañino y nato moral. Al proceder así no tienen presente que el volumen de sus gritos no guarda relación con la modestía de sus efectivos, y que la unidad proletaria os hacedera en un noventa por ciento con que sólo la quieran la C.N.T. y la U.G.T. Aún tienen tiempo de rectificar esos procedimientos, y ojalá lo hagan, acompañándoles también en ello el Órgano del "frente único", que enseña a diario la oreja de la parcialidad. Si recitan, iremos juntos. Si no, se quedarán solos en su tienda. Porque la democracia obrera, las masas auténticas de la C.N.T., no tolerarán bajo ningún pretexto negocios sucios de partido, cualquiera que sea el partido que losintente. Con que manos limpias, intenciones rectas y menos espavientos confusionistas. Sólo así podremos ser amigos.

● "TAMBIEN LOS SOCIALISTAS.- Lo que hemos dicho llanamente para los comunistas pueden aplícarse también, en buena parte, los socialistas. Repetimos que el restablecimiento de la cordialidad, la franqueza y el respeto mutuo entre los distintos sectores del campo proletario, es el primer paso práctico hacia la alianza revolucionaria. Y este paso sólo puede darse prescindiendo todos de las belicosidades de bandería, sin ahogar, claro está, la expresión de la crítica objetiva.

● "Ya va siendo hora de que los socialistas que lo sean de verdad verdad retiren de la circulación de ese tópico folletinesco e insidioso de las supuestas relaciones entre los anarcosindicalismo y la reacción. Se comprende que lo utilizaran en los tiempos, por fortuna ya pasadas, en que ellos mismos eran administradores gubernamentales de los intereses de la burguesía española y contribuían a apuntalar las instituciones tradicionales haciendo leyes represivas -como la de los Tribunales de Urgencia, de tan sangrante actualidad- y votando copiosas consignaciones para los Cuerpos de Orden Público. Pero repetir ahora esa especie absurda, como lo han hecho días atrás en las Cortes por el prurito de aparecer como partido ponderado ante una mayoría filofascista, es querer sombrar de escollos el camino de la entente proletaria.

"No vale alterngar veleidosamente con la revolución y la legalidad burguesa, ni injuriar a una importantísima organización obrera por el placer narcisita de impresionar favorablemente a un Parlamento antiproletario. Si Largo Caballero quiere hacernos creer en la sinceridad de sus manifestaciones revolucionarias, a lo luna estamos bien dispuestos, es preciso que imponga una consecuencia decidida con ellas a los diputados socialistas. Conocemos muy bien los manejos de los Trifones, Botiños y Saborits contra la unión obrera y la revolución. Lo que no comprendemos es por qué la mayoría del partido, adherida al criterio de Largo Caballero, no corta estos manejos aplicando el principio de rígida disciplina que se ha hecho valer en otros casos. ¿O es que se prefiere mantener dos alas tácticas antagónicas, la revolucionaria y la posibilista, con el fin de adaptarse a "lo que salga", sea revolución social o restauración de la "democracia" social-azafista?

"Los líderes de la U.G.T. quieren a todo trance conformarse con el "status quo" y sus derivaciones o, a lo sumo, hacer unas migajas de revolución blanca... Las elecciones municipales de Cataluña los han paralizado inertos Voronoff para la agonizante democracia burguesa. Es posible que la historia enferma se reanime un poco antes de exhalar el último suspiro. Pero la clase obrera no puede ni debe gastar tiempo en su cabecera. Los "cien días de Napoleón" de la democracia podrían ser más fatigantes que los doce años de colaboración para el proletariado español si éste concediera nuevos créditos de confianza a sistemas trasnochados. Hay que enterrar a los muertos y plantar las posiciones tan adelante como sea posible. Confiamos en que los obreros de la U.G.T. sabrán "desalojar" oportunamente a los mandarines de su Ejecutiva. Y la unidad revolucionaria se hará no para acabar con el tinglado capitalista y empezar la gran construcción de un mundo nuevo y libre.

"PLATAFORMA DE ALIANZA.- Hemos llegado al aspecto más delicado del problema. Lo primero que conviene dejar sentado es que ninguna de las bases doctrinales específicas que conviene dejar sentado es que ninguna de las bases doctrinales específicas de cada movimiento puede servir de plataforma a la unidad. La conjunción buscada es una imposición táctica de circunstancias excepcionales, a las cuales hay que sacrificar particularismos teóricos inflexibles. Si cada tendencia se empeña en mantener su propia declaración de principios como molde obligado de la alianza, ésta sería prácticamente imposible. Hay que buscar, pues, un terreno neutral para el pacto. Ciento que este terreno ha de ser tan firme que pueda resistir sin ~~xxxx~~ resquebrajarse el peso y las consecuencias de la unidad. El acuerdo de carácter táctico es el que ofrece menos dificultades, ya que todos los sectores coinciden en apreciar la gravedad de las actuales circunstancias y sólo habrían que discutir y concretar detalles de modo y oportunidad.

"Dónde surgen los escollos no tan fácilmente de orillar es en la orientación a seguir después del hecho anecdótico. Largo Caballero habla de "la conquista íntegra del Poder público"; los comunistas quieren la implantación de la "dictadura del proletariado", y los anarcosindicalistas aspiran a instaurar el "comunismo libertario", utilizando como células esenciales el Municipio rural y la organización obrera industrial. Aquí los férminos difieren bastante entre sí, siendo notar que mientras socialistas y comunistas resumen su programa en consignas exclusivas tácticas, representadas por las figuras políticas "Poder público" y "dictadura", los anarcosindicalistas ofrecen en suyo un sistema social peculiar y completo.

De estos tres puntos de vista hay que quitar todo lo que mutuamente tengan de refractario e incompatible. Sólo así se podrá hallar la necesaria línea de convergencia, de cuyo logro y mantenimiento depende el triunfo permanente y establecido de una revolución proletaria. Desde luego, hay que desechar las fórmulas "conquista del Poder público" y "dictadura del proletariado", por ser características demasiado parciales y encuadradas insuficientes del contenido práctico de una revolución social. El proletariado español desconfía hoy mucho, y con razón, de los simples trueques de poderes. Después de la experiencia de 1931, exige que el fruto de su lucha se traduzca en transformaciones más tangibles, positivas y profundas.

"DEMOCRACIA OBRERA REVOLUCIONARIA.- Puesto que en el fondo, y según reconocimiento explícito de sus principales teóricos, también los comunistas y socialistas aspiran, como última etapa de desarrollo, a un régimen de convivencia sin clases ni Estado, una de las bases de la alianza deberá estipular el avance en este sentido hasta donde sea posible. Es decir, que con el nuevo orden social no han de crearse órganos coercitivos a la ligera y por el capricho de ajustarse al recetario artificioso de una tendencia, sino sólo los resortes estrictamente indispensables para el encauzamiento eficaz de la labor revolucionaria. Todo el engranaje gubernamental y represivo del viejo sistema debe desaparecer sin dejar raíz. Para aplastar al enemigo de clase no se necesita implantar una dictadura crónica, sino usar adecuadamente de la "violencia revolucionaria" que preconiza Bakunin para el período de transición.

"El burocratismo y el bonapartismo, amenazas latentes de toda revolución, se evitan poniendo la revolución en manos del pueblo laborioso, suscitando la emulación de las grandes multitudes para defensoría y fucundaría.

"Comoquiera que ninguna de las tendencias puede considerar defendible la tesis oligárquica de gobernar por encima de las masas proletarias, es lógico suponer que todas ellas han de mostrarse dispuestas a servir y atacar dicha voluntad como instancia suprema, con lo cual desembocamos en una fórmula que creemos aceptable para todos: la democracia obrera revolucionaria. Esta base corresponde aproximadamente a la que en Baviere tuvo la República de los Consejos obreros en 1919, en la cual, hasta que el socialdemócrata Noske la ahogó en sangre, fué posible la colaboración de socialistas de izquierda, como Ernest Toller; comunistas, como Eugen Leviné, y anarquistas, como Landauer y Mühlsen. La democracia obrera revolucionaria es una gestión social directa del proletariado, un freno seguro contra las dictaduras de partido y una garantía para el desarrollo de las fuerzas y empresas de la revolución.

"En las actuales previsiones teóricas de los partidos socialistas y comunista se está concediendo una importancia excesiva al papel del instrumento político en el proceso revolucionario. Resulta curiosa esta actitud en los partidos oficiales del materialismo histórico, que debiera ver en la influencia de la economía la piedra de toque de todo transformación social efectiva. Nosotros, a pesar del mote de utópicos que se nos suele adjudicar, creemos que el afianzamiento de la revolución depende sobre todo de la articulación rápida y racional de su economía. De ahí que nos parezca insuficiente una simple consigna de orden político para abarcar los problemas fundamentales de una revolución. Lo que hay que enfocar como esencial es la socialización de los medios de producción y la formidable labor de acoplamiento y organización que comporta el levantamiento de una economía de nueva planta. Y esto no puede ser obra de un Poder político central, sino de las entidades sindicales y comunales que, como representación inmediata y directa de los productores, son en sus respectivas zonas los pilares naturales del orden nuevo. Interesa recalcar de antemano que aun subordinándose a un plan general técnico, la dirección de las funciones económicas, tanto en el orden local como en el nacional, corresponde a las colectivididades obreras de las respectivas especialidades. Así la revolución descansará sobre una red

de células vivientes e idóneas que impulsarán con entusiasmo y competencia la construcción del socialismo integral.

"LINEAS DIRECTRICES.- Sería demasiado pretencioso querer prever y examinar por una las muchas cuestiones que en el curso de una revolución han de surgir, y arbitrar para todas ellas soluciones apriorísticas. Lo que más importa es fijar desde ahora las líneas directrices de orden general que pueden servir de plataforma a la alianza y de norma combativa y constructiva a las fuerzas unidas. A nuestro juicio, deben destacarse los siguientes puntos:

"Primero. Acuerdo sobre el plan táctico inequívoco revolucionario que, excluyendo en absoluto toda política de colaboración con el régimen burgués, tienda a derribar éste con una rapidez no limitada más por exigencias de carácter estratégico.

"Segundo. Aceptación de la democracia obrera revolucionaria, es decir de la voluntad mayoritaria del proletariado, como común denominador y factor determinante del nuevo orden de cosas.

"Tercero. Socialización inmediata de los elementos de producción, transporte, alojamiento y finanza; reintegro de los parados al proceso productivo, orientación de la economía en el sentido de intensificar el rendimiento y elevar todo lo posible el nivel de vida del pueblo trabajador, implantación de un sistema de distribución rigurosamente equitativo, los productos dejan de ser mercancías para convertirse en bienes sociales, el trabajo es, en lo sucesivo, una actividad abierta a todo el mundo y de la que emanan todos los derechos.

"Cuarto. Las organizaciones municipales e industriales, federadas por ramas de actividad y confederales nacionalmente, cuidarán del mantenimiento del principio de unidad en la estructuración de la economía.

"Quinto. Todo órgano ejecutivo necesario para atender a otras actividades que las económicas estará controlado y será elegible y revocable por el pueblo.

"Estas bases son mucho más que una consigna. Representan un programa que recoge sintéticamente las realizaciones susceptibles de dar módulo social a una revolución. Además de ser un cartel tan expresivo de las aspiraciones esenciales del movimiento obrero, constituyen un punto de coincidencia en lo fundamental para todas las tendencias.

"De cualquier manera, con estas o con otras bases, consideramos necesario establecer un acuerdo previo sobre los primeros pasos de la revolución. Con el compromiso solemne, claro está, de respetarlo íntegramente. Porque si para derrotar a un régimen enemigo es indispensable la unión de las fuerzas proletarias, lo es mucho más para asegurar el fruto del triunfo revolucionario y vencer las dificultades que puedan acumularse en el período inicial. La ruptura de hostilidades entre las distintas tendencias en este período pondría en serio peligro la vida de la revolución. En interés de la clase trabajadora hay que hacer imposible tal eventualidad.

"PALABRAS FINALES.- Cuanto queda dicho escandalizará acaso a los aficionados a cabalgar sobre purismos teóricos. Quizá se nos tache de herejes por no pagar tributo a rigideces dogmáticas en boga. No nos importa. Al emitir nuestra opinión sobre el importantísimo problema de la unidad hemos sido sinceros con nosotros mismos. Hemos visto la realidad sin las gafas ahumadas de preocupaciones y convencionismos doctrinales. Se trata de una revolución y no de una discusión doctoral sobre tal o cual principio. Los principios no deben ser mandamientos de la ley, sino fórmulas ágiles para captar y moldear la realidad.

"¿Garantiza nuestra plataforma de alianza el comunismo libertario integril para el día siguiente de la revolución? Evidentemente, no. Pero si garantiza es un régimen de democracia proletaria sin explotación ni privilegios de clase y con una gran puerta de acceso a la sociedad plenamente libertaria. Todo esto nos parece más positivo que la metafísica pura y las teorías de monopolio y milagrarismo revolucionario. La franqueza no es delito.

En febrero de 1934 se celebró un Pleno nacional de Regionales de la C.N. El problema de la alianza obrera fué motivo de fogosos debates entre los representantes de Cataluña, Centro y Asturias. La posición de la Regional Catalana era antialiencista por dos motivos substanceles: Primero, por inexistencia de influencia socialista en aquella región; segundo, por resquemor de las represiones llevadas a cabo por el socialismo gubernamental, directamente o por mediación de la Esquerda Republicana de Cataluña. No obstante, el Pleno adoptó por unanimidad la siguiente resolución de emplazamiento a la U.G.T.

"Causas ajenas a la Organización confederal impidieron a ésta dárse antes a la clase trabajadora como hubiera sido su deseo. Reunido el Pleno Nacional con las representaciones de todas las Regionales, estudió detenidamente la situación política y social de España, constatando que tanto las libertades individuales como los derechos ciudadanos se encuentran en la actualidad restringidos y conculcados como en los peores tiempos de la monarquía. Los daños de la represión consecutiva por parte de los elementos republicanos y socialistas que han gobernado el país, han dado razón a lo propagado por la Confederación Nacional del Trabajo en el sentido que la República, como todos los regímenes conservadores y democráticos, no puedan dar satisfacción a las necesidades y aspiraciones a la clase trabajadora.

"Y considerando que la conducta de la República española tiende a conducir al país a la implantación del fascismo, el Pleno determina marcar la posición de la Organización, demostrando a través de ella a la clase trabajadora que la Confederación Nacional del Trabajo, respondiendo a su trayectoria revolucionaria, y atenta a las manifestaciones de los organismos de la U.G.T., está dispuesta, como siempre, a contribuir con todas sus fuerzas a todo movimiento revolucionario que tienda a la manumisión de toda la clase trabajadora, sin que esta manifestación harto conocida implique compromiso o pacto con fuerzas o partidos políticos.

"Por lo tanto, la Confederación Nacional del Trabajo emplaza a la U.G.T. a que manifieste clara y públicamente cuáles son sus aspiraciones revolucionarias.

Por tanto se va un simple cambio de poderes, como en el 14 de abril, si no a la supresión total del capitalismo y del Estado.- Andalucía, Centro, Galicia, Cataluña, Baleares, Norte, Asturias, Levante, Aragón, Rioja y Navarra y Comité nacional.

"Barcelona, 13 de febrero de 1934.

El 23 de junio inicia en Madrid sus tareas otro Pleno nacional de Regionales. El pleno de febrero a la organización sindical socialista para una acción revolucionaria de tipo anticapitalista y antiestatal, sin pactos ni compromisos de ninguna especie. Dicho emplazamiento no fue satisfecho ni pública ni privadamente. A mayor abundamiento, la Regional Asturiana se presenta en este Pleno con un pacto unilateral firmado con la U.G.T. Y ante la recriminación de las otras Regionales, defiende su posición contra el sentido del dictamen que la propia Regional Asturiana subscirió en el Pleno de febrero:

"Se arguirá que ambas Centrales, C.N.T. y U.G.T., acuciadas por el riesgo y sin necesidad de una previa alianza, se encontrarán en la calle, en la mina, en la fábrica y en el taller, y que allí sumarán sus esfuerzos para derrotar al adversario. El argumento es pueril. En las luchas sociales, como en las otras guerras, el éxito es casi siempre de aquellas fuerzas que previamente inteligieron y organizaron sus cuadros de combate,"

Este Pleno comprobó la ruptura por Asturias- y por motivos de realismo revolucionario- de la disciplina orgánica confederal. Los sentimientos de fidelidad a los compromisos adquiridos llevaron a la Regional asturiana a recabar su libertad de acción. He aquí el texto del pacto firmado por los confederados asturianos- a excepción solamente de la importante Federación Local de la Lelguera- con los rorigentes de la U.G.T.:

"Las organizaciones que suscriben, U.G.T. y C.N.T.. convienen entre sí en reconocer que frente a la situación económico-política del régimen burgués en España se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros, con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social. A tal fin, cada organización de las que suscriben queda comprometida a cumplir el compromiso fijado en este pacto, bajo las condiciones siguientes:

"Primera.- Las organizaciones firmantes de este pacto trabajarán de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre los principios socialistas federalistas.

"Segunda.- Para la consecución de este fin se constituirá en Oviedo un Comité Ejecutivo, en representación de todas las organizaciones adheridas a este pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general de toda España.

"Tercera.- Como consecuencia lógica de las conclusiones primera y segunda de este pacto, queda entendido que la constitución del Comité Nacional es promesa indispensable (en caso de que los acontecimientos se desenvuelvan normalmente) para comprender toda acción relacionada con el objetivo de este pacto, por cuanto el mismo trata y pretende la realización de un hecho nacional. El Comité Nacional será el único que autorizadamente podrá ordenar al que queda en Oviedo los movimientos a emprender en relación con el general en toda España.

"Cuarta.- Se constituirán en toda Asturias un Comité de cada localidad cuya composición deberá estar integrada por delegaciones de cada una de las organizaciones firmantes en este pacto y aquellas otras que, adhirieren, sean admitidas en el Comité Ejecutivo.

"Quinta.- A partir de la fecha en que este pacto sea firmado, cesarán todas las campañas de propaganda que pudieran entorpecer o agriar relaciones entre las partes integradas, y que esto signifique dejación de la labor serena y relacionada de las diversas doctrinas preconizadas por los sectores que integran la alianza Revolucionaria, conservando, a tal fin, su independencia colectiva.

"Sexta.- El Comité Ejecutivo elaborará un plan de acción que, mediante el esfuerzo revolucionario, del proletariado, asegure el triunfo de la revolución, en sus diversos aspectos, y consolidandola según las normas del convenio establecido.

"Séptima.- Serán cláusulas adicionales al presente pacto todos los acuerdos del Comité Ejecutivo cuyo cumplimiento es obligatorio para todas las organizaciones representadas, siendo estos acuerdos de obligada vigencia en tanto en el período preparatorio de la revolución, como después de triunfar. Sobrentendiendo que las resoluciones del referido comité Ejecutivo se inspirarán en el contenido de este pacto.

"Octava.- El compromiso contraído por las organizaciones que suscriben terminará en el momento en que haya sido implantado el régimen señalado en el apartado primero con sus órganos propios, elegidos voluntariamente por la clase trabajadora y por el procedimiento que haya perfectuado la obra dimanante de este pacto.

"Novena.- Considerándose este pacto constituye un acuerdo de organizaciones de la clase trabajadora para coordinar su acción contra el régimen burgués establecido, aquellas organizaciones que tuvieran relación orgánica con partidos burgueses las romperán autocáticamente para consagrarse exclusivamente a la persecución de los fines que determinan el presente pacto.

"Décimo.- De esta Alianza Revolucionaria forma parte, por estar previamente de acuerdo, la Federación Socialista asturiana.

28 de Marzo de 1938

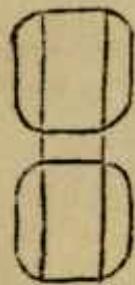
=====

Nº cat. 4224

CEDOC
FONS
A. VILADOT

DOCUMENTOS
DE —————
HISTORIA —————
DE ESPAÑA —————

ETAPA 1934-1936



LA C.N.T. —————
EN LA REVOLUCION —————
ESPAÑOLA - José Peirats

He aquí la obra del Gobierno lerrouxista al dictado de Gil Robles, agente éste a su vez de los jesuitas:

"Desde el primer momento comenzó su gobierno la obra contrarrevolucionaria que le exigían las derechas. A partir de este momento terminó la tranquilidad en España. Ni un sólo día conoció el régimen su vida normal. Las garantías constitucionales estaban constantemente suspendidas; unas veces, en estado de prevención; otras, en el de alarma; más tarde, en el de guerra. La contrarrevolución se mostró más agresiva que nunca: se amnistió a los enemigos de la República; se reintegró a sus puestos a los militares monárquicos; se volvieron a pagar los haberes al clero; se restablecieron negociaciones con el Vaticano; las órdenes religiosas continuaron enseñando; se anuló toda la legislación social republicana; se desvirtuyeron los Ayuntamientos socialistas y republicanos de izquierda -los mismos Ayuntamientos que sirvieron para proclamar la República el 14 de Abril-, entregarán-dolos a los enemigos del régimen; se persiguió con sana a las organizaciones obreras, amordazando su Prensa, clausurando sus Casas del Pueblo, sitiando con hambre a la clase trabajadora. Entre tanto, con la protección oficial, se organizan y arman los grupos fascistas. Con la protección oficial y con dinero y armamento que les proporciona Mussolini." (Rodolfo Llopis: "Octubre del 34".)

La verdad es que el primer vienio social-azañista gobernó a los trabajadores que habían traído la República con leyes monárquicas; puesta en vigor la nueva Constitución, fueron gobernados con la "ley de Defensa de la República" y la de "Vagos y Maleantes", las cuales permitían perseguir con sana a los trabajadores, amordazar su Prensa, clausurar sus Centros y hasta sitiárslos por hambre. En manos estas leyes del bienio radical-cedista, los socialistas conocieron por primera vez el rigor de un arma forjada por ellos mismos. La llamada ley de Orden Público, que apresaba los Tribunales de Urgencia, obra también de aquel desgraciado periodo, era la constitucionalidad de lo inconstitucional, sofisma que permitió convertir unas leyes draconianas de excepción en legislación permanente. Y este punal de dos filos mordía ahora las carnes de Partido Socialista, desplazado del poder por los vaivenes caprichosos de la política.

En consecuencia, el Partido Socialista empezó a revolverse, preso de una crisis de extremismo circunstancial. Los sucesos que sellaron la vida de la socialdemocracia alemana y austriaca influyeron no poco en la posición adoptada por Largo Caballero. Los primeros desfiles -cómicos y chocarreros -del incipiente falangismo, y las paradas y concentraciones de los militarizados cahorros de Gil Robles, inspiraron los incendiarios discursos del que empezaron los comunistas a halagar con el apelativo de "Lenin español". Sus invitaciones a la unidad proletaria, más que las incitaciones a la toma del Poder y a la dictadura de clase, empezaron a hacer mella en los refractarios medios confederalism especialmente en la región asturiana y en la del Centro. Las energías de los cenistas asturianos, aunque rebosantes, se mantenían vírgenes. Los tres movimientos llevados a cabo por la C.N.T. desde principios de 1932 a fines de 1933, no habían tenido repercusión en Asturias. La contingencia de estar allí radicado todo el principal foco socialista digno de este nombre, y la situación minoritaria de la C.N.T. con respecto a la U.G.T. influyeron en la mentalidad de los confederados. No hay tampoco que olvidar la clásica posición aliencista de los anarco-sindicalistas asturianos. Ya en el Congreso de la Comedia se pronunciaron insistentemente por la fusión sin reserva de las dos grandes Centrales sindicales del país.

En la Regional del Centro, uno de los puentes del aliancismo fue el propio Orobon Fernández, cuyo histórico trabajo, publicado por aquellas fechas en el diario madrileño "La Tierra", damos a continuación:

"ALIANZA REVOLUCIONARIA, ¡SI! OPORTUNISMO DE SIDERIA, ¡NO! -La realidad del peligro fascista en España ha planteado seriamente el problema de unificar el proletariado revolucionario para una acción de alcance más amplio y radical que el meramente defensivo. Reducidas las salidas políticas posibles de la presente situación a los más únicos y antitéticos de fascismo o revolución social, es lógico que la clase obrera ponga empeño en ganar esta partida. Sabe muy bien lo que se juega en ella.

Por eso, y no en virtud de interesados patetismos de importación, los trabajadores españoles coinciden hoy instintivamente en apreciar la necesidad de una alianza de clase que ponga fin al paqueo interplotario provocado por las tendencias y capacite el frente obrero para realizaciones de envergadura histórica. Puede decirse que psicológicamente la alianza es ya un hecho. Nada tan grato para un militante revolucionario como ver fortalecer a las multitudes obreras por encima de las lindes de matices (de indudable justificación teórica, pero contrarias a las necesidades tácticas de circunstancias como las actuales) que las han separado hasta aquí de un modo expresivo. Y nada tan esperanzador como verlas confluir por impulso propio, llenas de entusiasmo y voluntad, en un cauce revolucionario positivo.

Esta disposición animica de la clase obrera precisa una pronta y eficaz ~~é~~ cristalización orgánica. ¿Cómo? Por el centro y por la periferia, por abajo, por arriba y por en medio. Lo esencial es que esté basada en una plataforma revolucionaria que presuponga lealtad, consecuencia y honradez de intenciones por parte de todos los pactantes. Enfrascarse en largas discusiones acerca del procedimiento de aproximación sería un bálsamo desolador. Hay que querer sinceramente esta aproximación, y basta. Los momentos no están para torneos literarios ni obstrucciones demagógicas.

LA UNIDAD COMB.ATIVA, CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE.-La burguesía española acaba de arrojar su disfraz liberal. Animada por los ejemplos contrarrevolucionarios que ofrece Europa, se dispone a reforzar su monopolio económico y político mediante el Estado totalitario. La realización de estos propósitos, planeada con arreglo a un plazo prudencial y bien calculado, ha surrido un contratiempo importante gracias a la actitud de la C.N.T. en las últimas elecciones y después de ellas.

Mucho se ha dicho y escrito, muy superficialmente por cierto, contra el abstencionismo ~~moral~~ electoral de la Confederación, cuya eficacia está resultando infinitamente superior a la elección de cien diputados obreros, ya que ha abierto un proceso revolucionario de grandes perspectivas para el proletariado español. Sin esta abstención, denunciadora oportunamente del volumen de la reacción y de la inanidez del sufragio para combatirla, el fascismo latente se nos hubiera colado un día de rondón por la puerta grande de la "legalidad democrática", bien pertrechado frente a una clase obrera sorprendida, fraccionada y en parte enternida en hacer reclamaciones inocentes al censo electoral. De esta otra manera hemos atacado al fascio en su período de incubación. Y tras nuestra actitud de sabotaje desintegrante en un terreno y de cotundencia combativa en otro, se ha comprendido la gravedad de la situación, ha sonado la voz de alarma en todo el campo obrero y, lo que es más importante, se ha comenzado a hablar con seriedad de frente único, alianza o unidad revolucionaria.

Espontáneamente, sin acordarse de viejas consignas de estereotipia, los trabajadores de las diversas tendencias se han dado cuenta de que la unión combativa de clase es hoy cuestión de vida o muerte para la causa del proletariado. Aferrados a islotes de principios o fundidos en un bloque táctico, separados o unidos, no tendremos más remedio que presentar o aceptar batalla al extremismo político del capitalismo. La disyuntiva es clara: hay que ser yunque o martillo, o aplastamos implacablemente al fascismo, o éste nos aplastará sin contemplaciones de ningún género. Freo al desenlace de esta alternativa van los acontecimientos. Las intenciones del enemigo, ratificadas a diario por agresiones, desplantes y amenazas, no ofrecen duda. Como tampoco el coqueteo y aun la amorosa colaboración que los disponen los últimos mohicanos gubernamentales de una democracia en disolución.

La represión con que se está diezmando a la C.N.T. es un antícpio vergonzante y vergonzoso hecho al fascismo específico, y una muestra elecuente de cómo los "términos medios" y las ponderaciones teóricas de la democracia burguesa se convierten fácilmente en extremos. A la hora de la lucha, los "demócratas" olvidan su filiación política y forman con arreglo a su filiación de clase. Aprendan con este ejemplo los camaradas que, por purismos deleznables, se encastillan en la teoría de "nosaltres sols". Para vencer al enemigo que se está acumulando frente al proletariado, es indispensable el bloque granítico de las fuerzas obreras. La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante el mismo y ante la Historia. Porque mil veces preferible a la derrota que el aislamiento nos depararía, inevitablemente, es una victoria proletaria parcial que, sin ser patrimonio exclusivo de ninguna de las tendencias, realice de momento las aspiraciones mínimas coincidentes de todos los elementos pactantes, aspiraciones mínimas que comienzan en la destrucción del capitalismo y la sociabilización de los medios de producción.

SITUARSE FRENTE A LA UNIDAD ES SITUARSE FRENTE A LA REVOLUCIÓN.- El peligro común, certamente percibido por las masas obreras, ha hecho surgir en ellas una fuerte tendencia a la unidad de acción. Esta repentina táctica, impuesta desde abajo y contraria a incómpatibilidades clásicas que se alzaron como murallas hasta hace poco tiempo, ha desconcertado a algunos militantes de la C.N.T., los cuales ven con recelo la espontaneidad con que se está produciendo el acercamiento de sectores obreros que en otras circunstancias se combatieron duramente. Y no han faltado compañeros de buena fe, sin duda, con significación en los medios confederales que se han declarado adversos a esa inteligencia obrera, e incluso han hecho patéticos llamamientos en defensa de los principios anarquistas que ellos erróneamente creen amenazados.

Estos camaradas parecen no haberse dado cuenta del profundo cambio que el panorama social de España ha experimentado en los dos meses últimos, cambio que puede resumirse en tres hechos: Primero, la invalidación total de la democracia y sus expedientes políticos; segundo, la radicalización reaccionaria de la burguesía española, hoy en marcha osensible hacia el fascismo, y tercero, el desplazamiento teórico y práctico de la social-democracia que, abandonando su funesta política colaboracionista, se ha reintegrado a sus posiciones de clase. Estos tres hechos, claramente visibles, han despejado el campo de la lucha de clases, creando una situación nueva y de peculiares exigencias tácticas.

La concentración de la burguesía en las trincheras derechistas significa el fin de las tolerancias liberales, el anuncio de una batalla a sangre y fuego, encaminada a extirpar toda resistencia obrera y conquistar un Poder indiviso.

Los socialistas no tienen más remedio que bailar al son que tocan en la saceria de enfrente. Una música desapgradable y agorera que recuerda "er-festulos" italianos y "Konzentrationslager" alemanes... Por eso han hecho un viraje brusco, que después de larga separación, les ha vuelto a colocar cerca de las organizaciones obreras que nunca abandonaron las avanzadas revolucionarias. Al restablecerse este contacto ha sido posible hablar de coincidencias y necesidades tácticas. Es decir, que el frente, bloque de la alianza, se va a efectuar en el terreno revolucionario que ocupara siempre la C.N.T., terreno al cual se acercan ahora los socialistas, tras el fracaso resonante de sus experiencias con la democracia burguesa.

Y la divisa del pacto eventual no puede ser otra que "Unidad revolucionaria para realizaciones revolucionarias". Así es que, suscribiendo un pacto sobre esta base, la C.N.T. no hará sino ratificar eficazmente sus aspiraciones clásicas.

Sé que no han de faltar camaradas que hagan objeciones como esta: "¿Pero sois tan ingenuos que creéis que las violencias de lenguaje de los socialistas se van a traducir en auténtica combatividad revolucionaria?" A lo cual contestamos nosotros que, tal como van las cosas, y quemados o por lo menos gravemente averiadas las naves de la colaboración democrática, los socialistas sólo podrán elegir entre dejarse aniquilar con mansedumbre, como en Alemania, o salvarse combatiendo junto a los demás sectores proletarios. Y otros dirán: "¿Cómo podemos olvidar las responsabilidades socialistas en las leyes y medidas represivas dictadas y aplicadas en el periodo triste y trágico del social-azamismo?" Ante esta pregunta, cargada de amarga justicia, sólo cabe replicar que el único oportunismo admisible es el que sirve a la causa de la revolución. La conjunción del proletariado español, es un imperativo insoslayable si se quiere derrotar a la reacción. Situarse de buena o mala fe frente a la alianza revolucionaria obrera es situarse frente a la revolución.

!NEGOCIOS DE AHÍ DEDO; !NO! -Hemos dicho anteriormente que una condición primordial para que la alianza sea eficaz es la honradez de procedimientos e intenciones por parte de los sectores pactantes. Este "juego limpio", que debiera ser característica natural y sobreentendida de cuantos deseen la unidad y quieren facilitar su formación, no parece tan fácil de conseguir si se tiene en cuenta el procedimiento lamentablemente ventajista de determinados elementos y publicaciones. Nos referimos concretamente a los comunistas. Estos no se han decidido aún a abandonar, ni siquiera en bien de la unidad obrera, su vieja táctica partidista, prédiga en hipérboles, desfiguraciones e insultos contra otras zonas proletarias, incluso contra aquellas que les superan probadamente en espíritu y valor revolucionarios. Si teóricamente son partidarios del "frente único" en la práctica resultan, queriendo o sin querer, el disolvente más seguro de esta idea.

Ahora mismo, cuando la cordialidad es ya moneda corriente en las relaciones de lo que ellos llaman la "base", los jefes y publicaciones comunistas se ensañan con la perseguida C.N.T., y, aprovechándose sin escrúpulo de una situación excepcional, hacen "frente único" a su manera, tratando de poner en pie una "tercera sindical"... (en lo cual les ayuda el "Órgano del frente único").

Y califican de "putsch" uno de los más formidables movimientos de masas que ha regresado la historia social de España. Este movimiento ha tenido defectos indudables y quizás graves; pero no merece el fácil calificativo de "putsch" ni las insinuaciones equívocas que sobre él lanzó el último editorial de "M.O.". Por cierto que dicho editorial tuvo la virtud de indignar hasta al actual director de esa "Lucha" que, contra lo que esperábamos, está resultando la más refinada expresión del ventajismo "alineado". Aún flata lo más gordo. Y es que, a pesar de las fulminaciones lanzadas contra el "putsch", las publicaciones comunistas internacionales han apuntado en el haber del Partido Comunista español lo "poco bueno que esta tentativa revolucionaria haya podido tener". Los que suministran estas ~~es~~ informaciones son comunistas y españoles...

"En el número correspondiente el 21 de diciembre de 1933 de la "Rundschau", edición alemana de "La Correspondencia Interacional", un tal Melchor Rodríguez -que, naturalmente, no es nuestro Melchor- afirma que "las organizaciones del Partido Comunista español trataron de ponerse al frente del movimiento de masas (de diciembre), consiguiéndolo en varios puntos"... Y en la misma publicación, número del 27 de diciembre, Vicente Uribe se atreve a decir que "el Partido Comunista intervino inmediatamente en la lucha" para enredar la plana a los "putschistas anarquistas". Todo el mundo sabe que la inhibición del Partido Comunista en el movimiento de diciembre fué absoluta, y que, por consiguiente, son totalmente inexactas las informaciones enviadas al extranjero por conocidos jefes comunistas. Sentimos tener que descubrir estas miserias, pero lo hacemos para mostrar a los camaradas comunistas lo contraproducente de estos métodos.

"Hay que reemplazar estas cosas por las prácticas, estrictamente aplicadas del "juego limpio" a que aludíamos más arriba. La unidad exige una base de sinceridad incompatible con ese flexible y turbio concepto de la verdad. Conviene no olvidar que la sinceridad de esta unión depende la seriedad de las conquistas y la posibilidad de que una revolución hecha por un bloque proletario en España se apoyada por bloques análogos allende las fronteras. La actitud de los comunistas hasta ahora responde a la divisa: "Medre mi sevta, aunque se hunda la revolución". Y esto es dañino y nada moral. Al proceder así no tienen presente que el volumen de sus gritos no guarda relación con la modestia de sus efectivos, y que la unidad proletaria es hacedera en un noventa por ciento con que solo la quieran la C.N.T. y la U.G.T. Aún tienen tiempo de rectificar esos procedimientos, y ojalá lo hagan, acompañándoles también en ello el órgano del "frente único", que enseña a diario la oreja de la parcialidad. Si rectifican, iremos juntos. Si no, se quedarán solos en su tienda. Porque la democracia obrera las masas auténticas de la C.N.T., no tolerarán bajo ningún pretexto negocios sucios de partido, cualquiera que sea el partido que los intente. Con que manos limpias, intenciones revtas y menos aspavientos confusionistas. Solo así podemos ser amigos.

"TAMBIEN LOS SOCIALISTAS.- Lo que hemos dicho llanamente para los comunistas pueden aplicarselo también buena parte los socialistas. Repetimos que el restablecimiento de la cordialidad, la franqueza y el respeto mutuo entre los distintos sectores del campo proletario, es el primer paso práctico hacia la alianza revolucionaria. Y este paso solo puede darse prescindiendo todos de las belicosidades de bandería, sin ahogar, claro está, la expresión de la crítica objetiva.

"Ya va siendo hora de que los socialistas que lo sean de verdad retiren de la circulación este tópico folletinesco e insidioso de las supuestas relaciones entre el anarcosindicalismo y la reacción. Se comprende que lo utilizaran en los tiempos, por fortuna ya pasados, en que ellos mismos eran administradores gubernamentales de los intereses de la burguesía española y contribuyana apuntalar los tribunales de Urgencia, de tan sangrante actualidad y votando copiosas consignaciones para los Cuerpos de Orden Público. Pero repetir ahora esta especie absurda, como lo han hecho días atrás en las Cortes por el prurito de aparecer como partido ponderado ante la mayoría filofascista, es querer sembrar de escollos el camino de la entente proletaria.

"No vale alternar veleidosamente con la revolución y la legalidad burguesa, ni injuriara a una importantísima organización obrera por el placer narcisista de impresionar favorablemente a un Parlamento antiproletario. Si Largo Caballero quiere hacernos creer en la sinceridad de sus manifestaciones revolucionarias, a lo cual estamos bien dispuestos, es preciso que imponga una consecuencia decidida con ellas a los diputados socialistas. Conocemos muy bien los manejos de los Trifones, Besteiro y Saborita contra la unión obrera y la revolución. Lo que no comprendemos es por qué la mayoría del partido, adherida al criterio de Largo Caballero, no corta estos manejos aplicando el principio de rígida disciplina que se ha hecho valer en otros casos. ¿O es que se prefiere mantener dos alas tácticas antagónicas, la revolucionaria y la posibilista, con el fin de adaptarse a "lo que salga", sea revolución social o restauración de la "democracia" social-azanista?

"Los líderes de la U.G.T. quieren a todo trance conformarse con el "status quo" y sus derivaciones o, a lo sumo, hacer unas migajas de revolución blanca... Las elecciones municipales de Cataluña les ha parecido injertos Voronoff para la agonizante democracia burguesa. Es posible que la histórica enferma se reanime un poco antes de exhalar el postror suspiro. Pero la clase obrera no puede ni debe gastar tiempo en su cabecera. Los cien días de "apoleón" de la democracia podrían ser más fructuosos que los dos años de colaboración para el proletariado español si éste concediera nuevos créditos de confianza a sistemas trastocados. Hay que enterrara a los muertos y plantar las posiciones tan adelante como sea posible. Confiamos en que los obreros de la U.G.T. sabrán "desalojar" oportunamente a los mandarines de su Ejecutiva. Y la unidad revolucionaria se hará, no para encumbrar caciques ni hacer ministros pequeñoburgueses, sino para acabar con el tinglado capitalista y empezar la gran construcción de un mundo nuevo y libre.

"PLATAFORMA DE ALIANZA.- hemos llegado al aspecto más delicado del problema. Lo primero que conviene dejar sentado es que ninguna de las bases doctrinales específicas de cada movimiento puede servir de plataforma a la unidad. La conjunción buscada es una imposición táctica de circunstancia excepcionales, a las cuales hay que sacrificar particularismos teóricos inflexibles. Si cada tendencia se empeña en mantener su propia declaración de principios como molde obligado de la Alianza, ésta sería prácticamente imposible. Hay que buscar pues un terreno neutral para el pacto. Cierto es que este terreno ha de ser tan firme que pueda resistir sis resquebrajarse el peso y las consecuencias de la unidad. El acuerdo de carácter táctico es el que ofrece menos dificultades, ya que todos los sectores coinciden en apreciar la gravedad de las actuales cir-

cunstancias y solo habría que discutir y concretar detalles de modo y oportunidad.

"Donde surgen los escollos no tan facilmente de orillar es en la orientación seguir después del hecho anecdótico. Largo Caballero habla de "la conquista integral del poder público"; los comunistas quieren la implantación de la "dictadura del proletariado", y los anarcosindicalistas aspiran a instaurar el "comunismo libertario", utilizando como células esenciales el Municipio rural y la organización obrera industrial. Aquí los términos difieren bastante entre sí, siendo de notar que mientras socialistas y comunistas resumen su programa en consignas exclusivamente tácticas, representadas por las figuras políticas "Poder público" y "dictadura" los anarcosindicalistas ofrecen en éste suyo un sistema social peculiar y completo.

De estos tres puntos de vista hay que quitar todo lo que mutuamente tengan de refractario e incompatible. Solo así se podrá hallar la necesaria línea de convergencia, de cuyo logro y mantenimiento depende el triunfo permanente y ascendente de una revolución proletaria. Desde luego, hay que desechar las fórmulas "conquista del Poder público" y "dictadura del proletariado", por ser características demasiado parciales y encuadrados insuficientes del contenido práctico de una revolución social. El proletariado español desconfía hoy mucho, y con razón, de los simples trueques de poderes. Después de la experiencia de 1931, exige que el fruto de su lucha se traduzca en transformaciones más tangibles, positivas y profundas.

" DEMOCRACIA OBRERA REVOLUCIONARIA... - Puesto que en el fondo, y según reconocimiento explícito de sus principales teóricos, también los comunistas y socialistas aspiran, como última etapa de desarrollo, a un régimen de convivencia sin clases ni Estado, una de las bases de la alianza deberá estipular el avance en este sentido hasta donde sea posible. Es decir, que con el nuevo orden social no han de crearse órganos coercitivos a la ligera y por el capricho de ajustarse al recetario artificio de una tendencia, sino solo los resortes estrictamente indispensables para el encauzamiento eficaz de la labor revolucionaria. Todo el engranaje gubernamental y represivo del viejo sistema debe desaparecer sin dejar raíz. Para aplastar al enemigo de clase no se necesita implantar una dictadura crónica, sino usar adecuadamente de la "violencia revolucionaria" que preconizaba Bakunin para el período de transición.

"El burocratismo y el bonapartismo, amenazas latentes de toda revolución se evitan poniendo la revolución en manos del pueblo laborioso, suscitando la emulación de las grandes multitudes para defenderla y secundarla.

"Comoquiera que ninguna de las tendencias puede considerar defendible la tesis oligárquica de gobernar por encima de las masas proletarias, es legítimo suponer que todas ellas han de mostrarse dispuestas a servir y atacar dicha voluntad como instancia suprema, con lo cual desembocamos en una fórmula que creemos aceptable para todos: la democracia obrera revolucionaria. Esta base corresponde aproximadamente a la que en Navarra tuvo la República de los Consejos obreros en 1919, en la cual, hasta que el socialdemócrata Noske la ahogó en sangre, fué posible la colaboración de socialistas de izquierda, como Ernest Toller; comunistas como Eugen Leviné, y anarquistas, como Landauer y Mühsam. La democracia obrera revolucionaria es una gestión social

social directa del proletariado, un freno seguro contra las dictaduras de partido y una garantía para el desarrollo de las fuerzas y empresas de la revolución.

En las catuales previsiones teóricas de los partidos socialista y comunista se está concediendo una importancia excesiva al papel del instrumento político en el proceso revolucionario. Resulta curioso observar esta actitud en los partidos oficiales del materialismo histórico, que debieran ver en la influencia de la economía la piedra de toque de toda transformación social efectiva. Nosotros, a pesar del mote de utópicos que se nos puede adjudicar, creemos que el afianzamiento de la revolución depende sobre todo de la articulación rápida y racional de su economía. De ahí que nos parezca insuficiente una simple consigna de orden político para abarcar los problemas fundamentales de una revolución. Lo que hay que enfocar como esencial es la socialización de los medios de producción y la formidable labor de acoplamiento y organización que comporta el levantamiento de una economía de nueva planta. Y esto no puede ser obra de un Poder político central, sino de las entidades sindicales y comunales que, como representación inmediata y directa de los productores, son en sus respectivas zonas las pilares naturales del orden nuevo. Interesa recalcar de antemano que, aun subordinándose a un plan general técnico, la dirección de las funciones económicas, tanto en el orden local como en el nacional, corresponde a las colectividades obreras de las respectivas especialidades. Así la revolución descansará sobre una red de células vivientes e idóneas que impulsarán con entusiasmo y competencia la construcción del socialismo integral.

LÍNEAS DIRECTRICES.—Sería demasiado pretencioso querer prever y examinar una por una las muchas cuestiones que en el curso de una revolución han de surgir, y arbitrar para todas ellas soluciones apriorísticas. Lo que más importa es fijar desde ahora las líneas directrices de orden general que pueden servir de plataforma a la lucha, y de norma combativa y constructiva a las fuerzas unidas. A nuestro juicio, deben destacarse los siguientes puntos:

Primero. Acuerdo sobre un plan táctico inequivocamente revolucionario que, excluyendo en absoluto toda política de colaboración con el régimen burgués, tienda a derribar éste con una rapidez no limitada más que por exigencias de carácter estratégico.

Segundo. Aceptación de la democracia obrera revolucionaria, es decir, de la voluntad mayoritaria del proletariado, como común denominador y factor determinante del nuevo orden de cosas.

Tercero. Socialización inmediata de los elementos de producción, transporte, comutación, alojamiento y fianza; reintegro de los parados al proceso productivo, orientación de la economía en el sentido de intensificar el rendimiento y elevar todo lo posible el nivel de vida del pueblo trabajador, implantación de un sistema de distribución rigurosamente equitativo, los productos dejarán de ser mercancías para convertirse en bienes sociales, el trabajo es, en lo sucesivo, una actividad abierta a todo el mundo y de la que emanen todos los derechos.

Cuarto. Las organizaciones municipales e industriales, federadas por ramos de actividad y confederadas nacionalmente, cuidarán del mantenimiento del principio de unidad en la estructuración de la economía.

Quinto. Todo órgano ejecutivo necesario para atender a otras actividades que las económicas estará controlado y será elegible y revocable por el pueblo.

Estas bases son mucho más que una consigna. Representan un programa que recoge sintéticamente las realizaciones susceptibles de dar módulo social a una revolución. Además de ser un cartel expresivo de las aspiraciones esenciales del movimiento obrero, constituyen un punto de coincidencia en lo fundamental para todas las tendencias.

De cualquier manera, con estas o con otras bases, consideramos necesario establecer un acuerdo previo sobre los primeros pasos de la revolución. Con el compromiso solemne, claro está, de respetarlo íntegramente. Porque si para derrotar a un régimen enemigo es indispensable la unión de las fuerzas proletarias, lo es mucho más para asegurar el fruto del triunfo revolucionario y vencer las dificultades que puedan acumularse en el periodo inicial. La ruptura de hostilidades entre las distintas tendencias en este periodo pondría en serio peligro la vida de la revolución. En interés de la clase trabajadora hay que hacer imposible tal eventualidad.

PALABRAS FINALES.—Cuanto queda dicho escandalizará a los aficionados a cabalgar sobre puros teóricos. Quizá se nos tache de herejes por no pagar tributo a reigideces dogmáticas en goba. No nos importa. Al emitir nuestra opinión sobre el importantísimo problema de la unidad hemos sido sinceros con nosotros mismos. Hemos visto la realidad sin las gafas ahumadas de preocupaciones y convencionalismos doctrinales. Se trata de una revolución y no de una discusión doctoral sobre tal o cual principio. Los principios no deben ser mandamientos de la ley, sino fórmulas ágiles para captar y moldear la realidad.

¿Garantiza nuestra plataforma de alianza el comunismo libertario integral para el día siguiente de la revolución? Evidentemente, no. Pero lo que sí garantiza es un régimen de democracia proletaria sin explotación ni privilegios de clase y con una gran puerta de acceso a la sociedad plenamente libertaria. Todo esto nos parece más positivo que la metafísica pura y las teorías de monopolio y milagrerismo revolucionario. La franqueza no es delito."

En febrero de 1934 se celebró un Pleno nacional de Regionales de la C.N.T. El problema de la alianza obrera fue motivo de fogosos debates entre los representantes de Cataluña, Centro y Asturias. La posición de la Regional Catalana era antialiandista por dos motivos substanciales: Primero, por inexistencia de influencia socialista en aquella región; segunda, por resquicio llevado por las represiones llevadas a cabo por el socialismo gubernamental directamente o por mediación de la Esquerra Republicana de Cataluña. No obstante, el Pleno adoptó por unanimidad la siguiente resolución de apelazamiento a la U.G.T.:

"Causas ajenas a la Organización confederal impidieron a ésta dirigirse antes a la clase trabajadora como habiera sido su deseo. Reunido el Pleno Nacional con las representaciones de todas las Regionales, estudió detenidamente la situación política y social de España, constando que tanto las libertades individuales como los derechos ciudadanos se encuentran en la actualidad restringidos y conculcados como en los peores tiempos de la monarquía. Los daños de la regresión consecutiva por parte de los elementos republicanos y socialistas que han gobernado el país, han dado razón a lo propagado por la Confederación Nacional

del Trabajo, en el sentido de que la República, como todos los regímenes conservadores y democráticos, no puede dar satisfacción a las necesidades y aspiraciones de la clase trabajadora.

Y considerando que la conducta de la República española tiende a conducir al país a la implantación del fascismo, el Pleno determina marcar la posición de la Organización, demostrando a través de ella a la clase trabajadora que la Confederación Nacional del Trabajo, respondiendo a su trayectoria revolucionaria, y atenta a las manifestaciones de los organismos representativos de la U.G.T., está dispuesta, como siempre, a contribuir con todas sus fuerzas a todo movimiento revolucionario que tienda a la panumisión de toda, pero toda, la clase trabajadora, sin que esta manifestación harto conocida implique compromiso o pacto con fuerzas o partidos políticos.

Por lo tanto, la Confederación Nacional del Trabajo emplaza a la U.G.T. a que manifieste clara y públicamente cuáles son sus aspiraciones revolucionarias. Pero téngase en cuenta que al hablar de revolución no debe hacerse creyendo que se va a un simple cambio de poderes, como en el 14 de abril, sino a la supresión total del capitalismo y del Estado.— Andalucía, Centro, Galicia, Cataluña, Baleares, Norte, Asturias, Levante, Aragón, Rioja y Navarra y Comité Nacional.

Barcelona, 13 de febrero de 1934."

El 23 de junio inicia en Madrid sus tareas otro Pleno nacional de Regionales. El Pleno de febrero emplazó a la organización sindical socialista para una acción revolucionaria de tipo anticapitalista y antiestatal, sin pactos ni compromisos de ninguna especie. Dicho emplazamiento no fue satisfecho ni pública ni privadamente. A mayor abundamiento, la Regional Asturiana se presenta en este Pleno con un pacto unilateral firmado con la U.G.T. Y ante la recriación de las otras Regionales, defiende su posición contra el sentido del dictamen que la propia Regional Asturiana suscribió en el Pleno de febrero:

"Se argüirá que ambas Centrales, C.N.T. y U.G.T., acuciadas por el riesgo y sin necesidad de una previa alianza, se encontrarán en la calle, en la mina, en la fábrica, en el taller, y que allí sumarán sus esfuerzos para derrotar al adversario. El argumento es pueril. En las luchas sociales, como en las otras guerras, el éxito es casi siempre de aquellas fuerzas que previamente inteligenzaron y organizaron sus cuadros de combate."

Este pleno comprobó la ruptura por Asturias —y por motivos de realismo revolucionario— de la disciplina orgánica confederal. Los sentimientos de fidelidad a los compromisos adquiridos llevaron a la Regional Asturiana a recabar su libertad de acción. He aquí el texto del pacto firmado por los confederados asturianos —a excepción solamente de la importante Federación Local de La Felguera— con los dirigentes de la U.G.T.:

"Las organizaciones que suscriben, U.G.T. y C.N.T., convienen entre sí en reconocer que frente a la situación económico-política del régimen burgués en España se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros, con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social. A tal fin, cada organización de las que suscriben, queda comprometida a cumplir el compromiso fijado en este pacto, bajo las condiciones siguientes:

Primera.-Las organizaciones firmantes de este pacto trabajarán de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la Revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre los principios socialistas federalistas.

Segunda.-Para la consecución de este fin se constituirá en Oviedo un Comité Ejecutivo, en representación de todas las organizaciones adheridas a este pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y de mismo carácter para los efectos de la acción general en toda España.

Tercera.-Como consecuencia lógica de las condiciones primera y segunda de este pacto, quedó entendido que la constitución del Comité Nacional es premisa indispensable (en caso de que los acontecimientos se desenvuelvan normalmente) para emprender toda acción relacionada con el objetivo de este pacto, por cuanto el mismo trata y pretende la realización de un hecho nacional. El Comité nacional que ha de constituirse será el único que autorizadamente pondrá orden al que quede en Oviedo los movimientos a emprender en relación con el general en toda España.

Cuarta.-Se constituirá en toda Asturias un Comité de cada localidad, cuya composición deberá estar integrada por delegaciones de cada una de las organizaciones firmantes de este pacto y aquellas otras que, adhiriéndose, sean admitidas en el Comité Ejecutivo.

Quinta.-A partir de la fecha en que este pacto sea firmado, cesarán todas las campañas de propaganda que pudieran entorpecer o agriar relaciones entre las partes aliadas, sin que esto signifique dejación de la labor serena y razonada de las diversas doctrinas preconizadas por los sectores que integran la Alianza Revolucionaria, conservando, a tal fin, su independencia colectiva.

Sexta.-El Comité Ejecutivo elaborará un plan de acción que, mediante el esfuerzo revolucionario del proletariado, asegure el triunfo de la revolución en sus diversos aspectos, y consolidándola según las normas del convenio establecido.

Séptima.-Serán cláusulas adicionales al presente pacto todos los acuerdos del Comité Ejecutivo cuyo cumplimiento es obligatorio para todas las organizaciones representadas, siendo estos acuerdos de obligada vigencia tanto en el período preparatorio de la revolución como después de triunfar. Sobreentendiendo que las resoluciones del referido Comité Ejecutivo se inspirarán en el contenido de este pacto.

Octava.-El compromiso contraído por las organizaciones que suscriben terminará en el momento en que haya sido implantado el régimen señalado en el apartado primero con sus órganos propios, elegidos voluntariamente por la clase trabajadora y por el procedimiento que haya preceptuado la obra dominante de este pacto.

Novena-Considerando que este pacto constituye un acuerdo de organizaciones de la clase trabajadora para coordinar su acción contra el régimen burgués y abolirlo, aquellas organizaciones que tuvieran relación orgánica con partidos burgueses las romperán automáticamente para consagrarse exclusivamente a la consecución de los fines que determina el presente pacto.

Décima.-De esta Alianza Revolucionaria forma parte, por estar previamente de acuerdo, la Federación Socialista Asturiana.

28 de Marzo de 1934."

LA SITUACION POLITICA Y LAS TAREAS DEL } PROLETARIADO

ANDRES NIN

MAYO 1937

Este texto fue redactado como Tesis política para su discusion en el congreso del POUM que tenía que celebrarse el 19 de Junio de 1937, y que no llegó a celebrarse a causa de la persecución y desmantelamiento del POUM por los stalinistas y el Gobierno de la Republica, que llegó hasta el asesinato del mismo NIN.

Documentos de Historia de España

LA SITUACION POLITICA Y LAS TAREAS DEL PROLETARIADO

I- Los acontecimientos que se han desarrollado en España después del Congreso de constitución del POUM, celebrado en Barcelona el 29 de Septiembre de 1935, han confirmado que la posición fundamental de nuestro partido, al afirmar que la lucha no estaba planteada entre la Democracia burguesa y el Fascismo, sino entre el Fascismo, y el Socialismo, y al calificar de Democrática socialista nuestra revolución, era completamente justa.

La experiencia de 1931-1935 había demostrado sobradamente la impotencia de la burguesía para resolver los problemas fundamentales de la Revolución Democrático-burguesa, y la necesidad de que la Clase Obrera se pusiera decididamente al frente del Movimiento de emancipación para realizar la Revolución Democrática e iniciar la Revolución Socialista. La persistencia de las ilusiones democráticas y de la alianza orgánica con los Partidos republicanos habría de conducir fatalmente al reforzamiento de las posiciones reaccionarias, y en un próximo porvenir, al triunfo del Fascismo como única salida de un régimen capitalista incapaz de resolver sus contradicciones internas dentro del marco de las instituciones Democrático-burguesas.

La lección de Asturias, donde el Proletariado, al tomar decididamente la dirección del movimiento, en Octubre del 34, asentó un golpe mortal a la reacción y la de Cataluña, donde en los mismos días se evidenció una vez más, la incapacidad y la inconsciencia de los partidos pequeño-burgueses, no fue debidamente aprovechada, como resultado de la ausencia de un gran Partido revolucionario. Los partidos Socialista y Comunista, en vez de aprovechar la lección de Octubre impulsando la Alianza Obrera que tan explendidos resultados había dado en Asturias y canalizando todos los esfuerzos en el sentido de asegurar la hegemonía de la Clase Obrera, infusieron nuevamente al Proletariado, a través del Frente Popular a los Partidos republicanos burgueses, fracasados estrepitosamente en Octubre, y desaparecidos virtualmente de la escena política.

El período que precedió inmediatamente a las elecciones del 16 de Febrero, se caracteriza por la galvanización de los partidos republicanos, por obra y gracia de socialistas y comunistas oficiales, y por un cierto renacer de las ilusiones democráticas entre las masas, las cuales, sin embargo, parecen moverse más bien por el vehemente deseo de obtener la amnistía de los presos y condenados de Octubre que por confianza en los partidos republicanos. Este deseo era tan unánime y el movimiento tan avasallador, que nuestro partido no tuvo más remedio que sumarse al mismo, pero conservando íntegramente su personalidad e independencia, y ejerciendo una crítica dura y despiadada de la política republicana. Esta táctica, que nos salvó del aislamiento, nos permitió acercarnos a grandes masas, hasta entonces inasequibles para nosotros, entre las cuales difundimos nuestros principios.

La gestión de los republicanos de izquierda en el poder, después del 16 de Febrero, fue la confirmación absoluta de nuestras previsiones. Desde el primer momento, se estableció un divorcio profundo entre el gobierno y el poderoso impulso de las masas, que obligaba a aquel a dictar el derecho de amnistía e iniciaba un vasto y profundo movimiento de huelgas. Desde abajo se reclamaba una actuación rápida y energica, una política de realizaciones revolucionarias, y de medidas rigurosas contra la reacción, cada día más insolentes. Desde arriba, se efectuaba una política cuyo lema parecía ser el no variar nada, no asustar a nadie, ni lesionar a las clases explotadoras. El resultado de esta política fue el levantamiento militar fascista del 19 de Julio de 1936. El estampido de los cañones y el crujir de las ametralladoras en aquella madrugada de Julio, despertó de sus sueños a los trabajadores que aún mantenían ilusiones democráticas. La victoria electoral del 16 de Febrero no había zanjado el problema planteado en nuestro país. La reacción fascista recurrió a argumentos más contundentes que la papeleta electoral. Valiéndose de la situación privilegiada que el propio gobierno de la República le había concedido al mantenerla en los puestos estratégicos más importantes, la inmensa mayoría de la oficialidad del Ejército al servicio de las clases reaccionarias desencadenaba la guerra civil.

II- El levantamiento militar-fascista provoca una formidable reacción en la clase trabajadora, que se lanza resueltamente al combate, y, a pesar de la pasividad en unos casos, y de la traición, en otros, de los Partidos republicanos, cuyos representantes oficiales se niegan a entregar las armas a los trabajadores, aplasta la insurrección en los centros industriales más importantes del país.

Esta intervención resuelta de los trabajadores tiene consecuencias políticas inmanas. Los órganos del poder burgués quedan, en realidad, desechos. Se crean Comités Revolucionarios por doquier. El Ejército permanente se derrumba, y es reemplazado por las milicias. Los obreros toman posesión de las fábricas. Los campesinos se apoderan de las tierras. Conventos e Iglesias son destruidos por el fuego purificador de la Revolución. En pocas horas, a lo sumo en pocos días, los obreros y campesinos resuelven por la acción directa revolucionaria los problemas que la burguesía republicana no ha podido resolver en 5 años—es decir, los problemas de la Revolución Democrática—e inician la Revolución Socialista por medio de la expropiación de la burguesía.

Durante un cierto período, los órganos del poder burgués no son más que una sombra. El poder real lo ejercen los Comités Revolucionarios, que forman una tupida red en todas las regiones no ocupadas por los fascistas.

Sin embargo, en este primer período, el impulso revolucionario es mucho más vigoroso en Cataluña que en España. Cataluña va indudablemente a la cabeza de la revolución, porque gracias a la influencia del POUM, CNT, FAI, que no se incorporan al Frente Popular, el oportunismo Democrático republicano ha penetrado menos en la masa trabajadora. La insurrección fascista, pues, destinada principalmente a ahogar el Movimiento Obrero revolucionario, lo acelera vertiginosamente, dando a la lucha de clases una violencia inaudita, y planteando claramente el problema del Poder: o Fascismo o Socialismo. Lo que se proponía ser una contrarrevolución preventiva se convierte en Revolución proletaria, con todas las características distintivas de la misma: relajamiento del mecanismo estatal burgués, descomposición del Ejército, de las fuerzas coactivas del Estado, y de las Instituciones Judiciales, armamento de la clase trabajadora, que ataca y vulnera el derecho de propiedad privada, intervención directa de los campesinos, que expropian a los terratenientes, y finalmente, la convicción, por parte de las clases explotadoras, de que su dominio ha terminado.

En las primeras semanas que siguen al 19 de Julio, el convencimiento de que el pasado no puede volver, de que la República democrática está superada es general. Y el impulso de la Revolución es tan poderoso que los propios Partidos de la Pequeña Burgesía proclaman la caducidad del régimen capitalista y la necesidad de emprender la transformación socialista de la sociedad española.

La única salida inmediata de la situación era coordinar el empuje de las masas e instituir un poder vigoroso basado en los organismos salidos de las entrañas de la Revolución, como expresión directa de la voluntad de los que desempeñaban un papel predominante en la lucha contra el fascismo. Ese poder vigoroso no podía ser otro que un Gobierno Obrero y campesino. Esta posición, sostenida por el POUM desde el momento en que el carácter de la lucha apareció con claridad, tropezó con la oposición de todos los Partidos del Frente Popular, y en primer lugar el Partido Comunista, y con la indecisión de la CNT, cuya ideología anarquista le impedía darse cuenta de la importancia fundamental y decisiva del problema del poder.

Entre tanto, con ayuda de una campaña tenaz y sistemática, iban abriendose paso dos concepciones de consecuencias funestas para el desarrollo victorioso de la lucha de la Clase Obrera. La primera de estas concepciones se expresaba en los términos: "Primero ganar la guerra, después se hará la Revolución". De acuerdo con la segunda, consecuencia directa de la primera, en la guerra actual los obreros y campesinos luchan por el mantenimiento de la República Democrática parlamentaria, y por tanto no se puede hablar de Revolución Proletaria. Más tarde, esa concepción tuvo una derivación insospechada: la que la dramática contienda que ensangrenta y arruina al país, es "Una guerra por la independencia Nacional y la defensa de la Patria".

Nuestro Partido adopta desde el primer momento una actitud de oposición decidida frente a estas concepciones contrarrevolucionarias.

III.— La fórmula "Primero ganar la guerra, después se hará la Revolución", es fundamentalmente falsa. En la contienda que se desarrolla actualmente en España, guerra y Revolución son, no sólo dos términos inseparables, sino sinónimos. La guerra civil, estado más o menos prolongado del conflicto directo entre dos o más clases de la sociedad, es una de las manifestaciones, la más aguda, de la lucha entre el Predestinado por una parte, y la Gran burguesía y los terratenientes por otra, que atemorizadas por el avance revolucionario del proletariado, intentan instituir un régimen de dictadura sangrienta, que consolide sus privilegios de clase. La lucha en los frentes de batalla no es más que una prolongación de la lucha en la retaguardia.

La guerra es una forma de la política. Esta política es la que guía la guerra en todos los casos. Los ejércitos defienden siempre los intereses de una clase determinada. Se trata de saber si los obreros y campesinos de los frentes se batirán por el orden burgués o por una sociedad socialista. Guerra y Revolución son tan inseparables en el momento actual en España como lo eran en Francia en el Siglo XVIII y en Rusia de 1917 a 1920. ¿Cómo podemos separar la guerra de la revolución cuando la guerra no es más que la culminación violenta del proceso revolucionario que se está desarrollando en nuestro país desde el año 1930 a acá?

En realidad, la fórmula: "Primero ganar la guerra..." encubre el propósito efectivo de frustrar la revolución. Las revoluciones hay que hacerlas cuando existen circunstancias favorables para ello, y estas circunstancias la Historia nos las ofrece excepcionalmente. Si no se aprovecha los momentos de máxima tensión revolucionaria, el enemigo de clase va reconquistando posiciones y escapa por extrangular la revolución. La Historia del Siglo XIX y la más reciente de la postguerra (Alemania, Austria, Italia, China, etc.) nos ofrece abundantes ejemplos en este sentido. Aplazar la revolución para después de ganada la guerra, equivale a dejar las manos libres a la burguesía para que, aprovechándose del desdenso de la tensión revolucionaria, vaya restableciendo su mecanismo de opresión a fin de preparar, sistemáticamente y progresivamente la restauración del régimen capitalista. La guerra, ya lo hemos dicho, es una forma de la política. El régimen político sirve siempre a una clase determinada, de la cual es la expresión y el instrumento. Mientras dure la guerra hay que hacer una política: ¿Al servicio de quién?, ¿de qué intereses de clase?. Toda la cuestión radica aquí. Y la garantía de una victoria rápida y segura en los frentes estriba en una política revolucionaria firme en la retaguardia, capaz de inspirar en los combatientes el brío y la confianza indispensables para la lucha, capaz también de impulsar la solidaridad revolucionaria. El proletariado internacional, la única con la que podemos contar, de crear una sólida industria de guerra, de reconstruir sobre bases socialistas la economía desequilibrada por la guerra civil, de forjar un ejército eficiente al servicio de la causa proletaria, que es la de la humanidad civilizada. El instrumento de esta política revolucionaria no puede ser más que un Gobierno Obrero y Campesino.

IV- Como en Rusia en 1917 en toda Europa, después de la guerra imperialista, el obstáculo más considerable que se opone al avance victorioso de la revolución proletaria es el reformismo, agente de la burguesía en el Movimiento Obrero, pero se da el caso paradigmático de que, en nuestro país, el exponente más característico del reformismo castrador es precisamente el Partido Comunista de España y su filial el Partido Socialista Unificado de Cataluña, afiliados a una Internacional, la Internacional Comunista, surgida como consecuencia de la ruptura ideológica y orgánica con el reformismo. Prisionero de la burocracia soviética, que se ha vuelto de espaldas a la revolución proletaria Internacional para cifrar todas sus esperanzas en los países "democráticos" y la Sociedad de Naciones, el comunismo oficial ha abandonado definitivamente la política revolucionaria de clase, para orientarse hacia la alianza con los partidos burgueses democráticos (Frente Popular) y preparar sicológicamente a las masas para la próxima guerra mundial. De aquí la consigna: "Lucha por la independencia Nacional", y que traducida al lenguaje de la política Internacional significa: "Sujección de la España revolucionaria a los intereses del bloque imperialista franco-británico", del cual forma parte asimismo la URSS. Las consecuencias nefastas de esta política no han tardado en dejarse sentir: especulando con las dificultades de la guerra y las posibles dificultades internacionales, el reformismo, apoyado eficazmente por los representantes de la burocracia stalinista, los cuales, a su vez, han especulado con la ayuda prestada por la URSS, ha logrado socavar sistemáticamente las conquistas revolucionarias, preparando el terreno a la contrarrevolución. Nuestra eliminación del Gobierno de la Generalidad, las tentativas de formación de un Ejército Popular "democrático", "neutral", la supresión de las milicias de retaguardia y la reconstitución del orden público a base del restablecimiento del antiguo, la censura periodística, son las etapas más importantes de este proceso contrarrevolucionario, que continuará inflexiblemente hasta el total aplastamiento del Movimiento Revolucionario.

si los obreros no recuperan, reconquistando sus posiciones, impulsando la Rev. Socialista.

En la situación presente, inequívocamente revolucionaria, la consigna "Lucha por la República Democrática Parlamentaria" no puede servir más que los intereses de la contrarrevolución burguesa. Hoy más que nunca "La palabra Democracia no es más que una tapadera con la que se quiere impedir al pueblo revolucionario que se levante y acarre, libre, intrépidamente y por su cuenta, la edificación de la sociedad nueva" (Lenin). Como nos ha enseñado el marxismo revolucionario, la República Democrática no es más que una forma enmascarada de la dictadura burguesa. En el período de apogeo del capitalismo, cuando este representaba un factor progresivo, la burguesía podía permitirse el lujo de conceder una serie de libertades "democráticas" -considerablemente limitadas, condicionadas por el hecho de su dominación económica y política- a la clase trabajadora. Hoy, en la época del Imperialismo, "última etapa del capitalismo", la burguesía, para superar sus contradicciones internas, se ve precisada a recurrir a la instauración de regímenes de dictadura brutal (fascismo), que destruyen incluso las máquinas libertades democráticas. En estas circunstancias, el mundo se halla ante un dilema fatal: o Socialismo o fascismo. Los regímenes "democráticos" han de ser forzosamente fugaces, inconsistentes, con el agravante de que al adormecer y desanimar a los trabajadores con sus ilusiones, preparan eficazmente el terreno para la reacción fascista.

Para justificar su monstruosa traición al marxismo revolucionario, los stalinistas arguyen que la República Democrática que preconizan será una República Demócrática distinta: de las demás, una República "Popular" de la que habrá desaparecido la base material del fascismo. Es decir, que dejan escandalosamente de lado la teoría marxista del Estado como instrumento de dominación de una clase sobre otra. Para caer en la utopía del Estado Democrático "por encima de las clases", al servicio del pueblo, con objeto de mystificar a las masas y preparar la consolidación pura y simplemente del régimen burgués. Una República de la cual haya desaparecido la base material del fascismo, no puede ser más que una República Socialista, por cuanto la base material del fascismo es el capitalismo.

V- El antifascismo en abstracto, hábilmente manejado por los reformistas -que preparan políticamente y sicológicamente las condiciones favorables para una intervención en la próxima guerra imperialista mundial, presentada como una contienda entre los países fascistas y los países democráticos- si el antídoto de la Revolución Prolética, la expresión de la política de "Unidad nacional", a la cual el marxismo ha opuesto siempre la lucha de clases.

Si el dilema ante el cual la historia ha colocado al proletariado español es "fascismo o socialismo", el problema fundamental de la hora presenta es el problema del poder. Todos los demás -el de la organización militar, el de la industria de guerra, el de abastos, el de la reconstrucción económica del país, el de la seguridad interior, etc.- están subordinados a este problema fundamental, cuya solución depende de la clase en cuyas manos esté el poder.

¿Cuál es la actitud de los distintos sectores del Movimiento Obrero ante este problema?

El Partido Comunista, el Partido Socialista, y el Partido Socialista Unificado de Cataluña preconizan la política de Frente Popular, que presupone el ejercicio del poder por gobiernos "antifascistas", de coalición con la burguesía y con un programa Democrático-burgués.

La CNT y la FAI se declaran resueltamente partidarios de la Revolución Social y, por tanto, adversarios acérrimos de la restauración de la República Democrática; pero su tradición antiestatal y la propaganda sistemática a favor del Comunismo Libertario, realizada durante largos años, dificulta su evolución hacia la concepción del poder proletario.

Nuestra actitud frente a estos distintos sectores se haya determinada por el papel que desempeñan o pueden desarrollar en el curso del desarrollo de los acontecimientos.

El Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña, por su posición política presente, inspirada directamente por la Internacional Comunista -instrumento a su vez de la burocracia soviética-, deben ser consideradas como organizaciones ultrarreformistas, por su política de colaboración de clases, por su renuncia total a los principios y a las tácticas fundamentales del marxismo revolucionario, por su auxilio declarado a los planes de ahogar la Revolución española, tramados por el capitalismo nacional e internacional.

El Partido Comunista y el PSUC desempeñan un papel de agentes de la burguesía en el Movimiento Obrero, más peligrosos para la revolución que la propia burguesía por cuenta la etiqueta marxista con la que se adoran facilita su penetración en las filas proletarias. Los intereses supremos de la revolución exigen una crítica constante e implacable de las posiciones políticas de dichos partidos, crítica que contribuirá eficazmente a acentuar la diferenciación en el seno de los mismos, trayéndole a las posiciones revolucionarias a los elementos proletarios.

Los acontecimientos actuales han puesto de manifiesto la inconsistencia ideológica de la llamada "izquierda" del Partido Socialista español, cuya fraseología revolucionaria había hecho nacer tantas esperanzas entre una buena parte de la vanguardia de la Clase trabajadora. De las tendencias que existían en vapores del 19 de Julio no queda virtualmente nada. Entre las tendencias de "derechas", "izquierdas" y "centro" no queda ninguna diferencia fundamental. Todas ellas están unidas por un denominador común: la política del Frente Popular que les lleva a renunciar a las posiciones revolucionarias del proletariado para hacer el juego a la burguesía democrática. Pero en la base del Partido se nota un profundo malestar, producido principalmente por las tentativas del stalinismo por absorber al Partido -como ha conseguido ya con las Juventudes- y someterlo a la política de la burocracia de la 39. InternacionaL Muchos de los viejos militantes existen con dolor y con sentimiento de protesta sorda a la obra de destrucción, sistemáticamente llevada a cabo, de la organización que con tanto esfuerzo levantaron, y a la introducción de métodos que repugnan a su conciencia socialista y a las tradiciones del Partido. Por otra parte, la política escandalosamente oportunista del PC, caracterizada por una monstruosa deformación del marxismo suscita viva y justificada inquietud entre los millones de trabajadores sinceramente revolucionarios que se han incorporado al PSOE y que se dan cuenta, alarmados, de la labor de penetración que los stalinistas, valiéndose de todos los medios, realizan en sus filas.

La misión de nuestro Partido debe consistir en ayudar a esos elementos a ver claramente la situación, tratando fraternalmente de guiarles por el buen camino, es decir, hacerles comprender la necesidad de una política de intransigencia proletaria, servida por un fuerte Partido Revolucionario. Son deseables los acuerdos temporales con los elementos que sin aceptar plenamente nuestras posiciones revolucionarias, están dispuestos a luchar contra la burocracia stalinista y sus métodos de corrupción. La CNT y la FAI han coincidido con nosotros desde el primer momento, en reconocer que la guerra y la revolución son inseparables, han coincidido asimismo en la apreciación de algunos problemas fundamentales que se han planteado, tales como el del Ejército, el del Orden Público, etc., etc. Pero las vacilaciones de las Organizaciones mencionadas con respecto a la cuestión del poder, así como su posición estrictamente "sindical" que tiende a eliminar los Partidos, lo que no obstante para que, al amparo de esta posición se establezca, a través de la UGT, una colaboración efectiva con socialistas y comunistas oficiales, ha hecho que esa coincidencia no diera los resultados fructíferos apetecidos.

El anarcosindicalismo ha rectificado notablemente sus posiciones anteriores, pero el peso de la tradición le ha impedido llevar esa rectificación hasta sus últimas consecuencias, así, como ha renunciado a su apolitismo inveterado, entrando a participar en el Gobierno de la República y en el de Cataluña, es decir, en gobiernos de coalición con los partidos republicanos burgueses, sin atravesarse a adoptar una actitud afirmativa, más fácilmente comprensible para las masas trabajadoras encuadradas en la CNT, con respecto a la formación de un Gobierno Obrero y Campesino. Si la CNT y la FAI adoptaran esta actitud, el destino victorioso de nuestra revolución estaría garantizado. Sólo la conquista del poder permitiría la solución rápida y eficaz de todos los problemas que la revolución y la guerra han planteado.

Sin renunciar a una labor tenaz y paciente encomendada a llevar a las masas confederales a esta posición, impuesta imperiosamente por la situación actual, debemos orientar todo nuestro esfuerzo en el sentido de estrechar las relaciones de nuestro Partido con las organizaciones de la CNT y la FAI, nuestros aliados naturales en las circunstancias presentes. Las coincidencias importantísimas que ya se han manifestado y la necesidad de defender la Revolución en peligro, imponen una alianza efectiva, que no presupone ni mucho menos, la renuncia a la crítica recíproca ni a la defensa de las posiciones efectivas.

VI- El deber imperioso del momento, pues, es la conquista del poder por el proletariado, aliado con los campesinos, y la formación consiguiente de un Gobierno Obrero Único capaz de organizar, de acuerdo con las necesidades de la población y de la guerra, la economía desquiciada y de establecer un orden revolucionario en el país.

Este Gobierno, para que tenga toda su eficacia revolucionaria, no puede ser designado desde arriba, como resultado de combinaciones más o menos diplomáticas, ni surgir de un Parlamento constituido según las normas democráticas burguesas. Un Gobierno formado por Delegados de Organizaciones obreras nombrados por los Comités superiores de las mismas, representaría, indudablemente, un paso adelante con respecto a la situación actual, pero no sería el Gobierno que las circunstancias exigen. Elegido en estas condiciones, seguramente no iría mucho más allá de las posiciones del Frente Popular.

El Gobierno Obrero y Campesino ha de ser la expresión directa de la voluntad revolucionaria de las masas obreras y campesinas del país, y por tanto no puede surgir del Parlamento del 16 de Febrero, completamente superado por los acontecimientos, ni del que pudiera resultar de unas elecciones efectuadas a base del sufragio universal. El Parlamento burgués ha de ser disuelto, y en su lugar debe convocarse un Congreso que siente las bases económicas, sociales y políticas de la España libre de la dominación capitalista, que se está forjando en los campos de batalla, y elija el Gobierno Obrero y Campesino. Esta Asamblea no puede ser de tipo democrático-burgués, es decir, no puede basarse en el derecho de representación para todas las clases, sino que ha de reflejar la nueva situación creada por la guerra civil y la revolución, concediendo todos los derechos a los que las sostienen con las armas en la mano o con el trabajo creador. En una palabra, el Congreso debe estar formado por los Delegados de los Sindicatos obreros y campesinos, y de los combatientes.

Esos mismos órganos deben constituir la base de la transformación de todo el mecanismo del poder, empezando por los Ayuntamientos, con las modificaciones de detalle que las circunstancias impongan.

La orientación que propugna el POUM puede resumirse en estas dos consignas fundamentales: A-consigna del Poder para la Clase Obrera
B-instauración de un régimen socialista.

En la etapa actual de la revolución, la conquista del poder por el proletariado no presupone forzosamente la Insurrección armada. Las posiciones que, a pesar del retroceso sufrido por la revolución, sigue manteniendo la clase trabajadora, el peso específico de la misma y sobre todo el hecho de que siga teniendo una gran parte de las armas en sus manos, permiten la conquista pacífica del poder. Basta para ello que el proletariado recobre la confianza en su fuerza y se decida a afirmar intranquilamente su voluntad, imponiéndola. De él depende enteramente que se restablezca la correlación de fuerzas del 19 de Julio y que sepa utilizarla en beneficio propio, o lo que es lo mismo, de la Revolución.

La conquista del poder por el proletariado significa la hegemonía absoluta de la clase trabajadora a fin de ahogar implacablemente toda tentativa contrarrevolucionaria y aplastar a la burguesía. Esta hegemonía de la Clase no puede identificarse en ningún caso con la dictadura de un Partido, sino que presupone la más amplia democracia obrera, el derecho de crítica más absoluto para todos los sectores proletarios, la participación de todos en la obra común. Sólo las clases explotadoras quedan privadas de todo derecho político. Cuando las clases hayan desaparecido completamente, los órganos de coacción resultarán superfluos y desaparecerá el Estado.

Al conquistar el Poder, la Clase Obrera no se limitará a utilizar el antiguo mecanismo del Estado -como lo ha hecho la burguesía democrática- sino que los destruirá de raíz. Con ayuda de los Comités de Obreros, Campesinos y Combatientes, transformará de abajo arriba todo el mecanismo gubernamental e instituirá un Gobierno barato y verdaderamente democrático. El Gobierno barato será posible por la destrucción del viejo y costoso sistema burocrático, la supresión de los sueldos elevados, estableciendo como norma que nadie pueda percibir un sueldo superior al de un obrero cualificado, el control vigilante y activo de las masas trabajadoras.

La verdadera democracia quedará garantizada por la participación efectiva de la inmensa mayoría del país en la administración de la cosa pública, la alegibilidad de todos los cargos y su revocación en cualquier momento. En fin, el Gobierno Obrero y campesino será el Gobierno de la victoria militar, pues sólo un gobierno de esa naturaleza es capaz de crear la moral indispensable para el triunfo, organizar una sólida industria de guerra, nacionalizar los bancos, acabar con la especulación, concentrar y movilizar todos los recursos económicos del país para la guerra.

VII- Uno de los argumentos que recurren con frecuencia, los reformistas para justificar su política colaboracionista y contrarrevolucionaria, es la necesidad de mantener el bloque con los partidos pequeñoburgueses, con el fin de asegurar el concurso de una masa importante de la población.

La pequeña burguesía constituye, en efecto, un factor de la mayor importancia, en todos los países, muy particularmente en los que, como el nuestro, se han incorporado con gran retraso al proceso capitalista. Pero por su carácter de clase intermedia, equidistante de la gran burguesía y del proletariado, por su dependencia económica, no puede desempeñar un papel independiente en la vida política. Vacilante e indecisa, se mueve siempre entre las dos clases fundamentales, haciendo, en definitiva, la política de la una o de la otra. Los partidos pequeñoburgueses mantienen vivo el equívoco de una política independiente -ni burguesa ni proletaria- pero, en realidad, son siempre instrumento en manos del gran capital, y por tanto instrumento contra los intereses de la pequeña burguesía, cuya representación ostentan. Su política conduce indefectiblemente a la consolidación de las posiciones económicas del Gran Capital, y por consiguiente a la afición efectiva de la pequeña burguesía. La alianza con los partidos pequeñoburgueses no representa la alianza con la pequeña burguesía sino contra ella. La experiencia española desde el 14 de Abril acá, es muy eloquente a este respecto. La pequeña burguesía, y en primer lugar los campesinos, no ha visto satisfecha ninguna de sus reivindicaciones fundamentales. Todo lo conseguido lo debe a la acción independiente de la clase obrera.

La pequeña burguesía, potencialmente, no es revolucionaria ni reaccionaria. Quiere un orden, el que fuere, pero un orden. Y este orden no lo puede establecer más que el proletariado o la burguesía. Cuando la Clase Obrera actúa resueltamente dando la sensación neta de su fuerza y de que sabe lo que quiere y donde va, la pequeña burguesía queda neutralizada, e incluso, en gran parte, sigue al proletariado, o para decirlo con más propiedad, es arrastrada por él. Pero si en el momento decisivo la Clase Obrera falla, la pequeña burguesía pierde la fe en ella, la vuelve la espalda y pone de nuevo los ojos en la gran burguesía. Si en aquel momento aparece un caudillo más o menos demagógico, no le será difícil aprovecharse del desencanto de las masas pequeñoburguesas, para convertirlas en la base social de un movimiento fascista, destinado a aplastar a la clase trabajadora y a instaurar un régimen de Dictadura sangrienta del gran capital.

La pequeña burguesía ha hecho la experiencia de la República Democrática. Repetirla equivale a preparar nuevos fracasos, a crear las premisas necesarias de una incorporación de las masas pequeñoburguesas al campo reaccionario. Por el contrario, si la Clase Obrera aparece a los ojos de las masas populares del país como el verdadero orgullo de la revolución, como la única fuerza capaz de crear un régimen fuerte, un orden nuevo, la pequeña burguesía seguirá a aquella, como la siguió después de las Jornadas Gloriosas de Julio. La política de atracción de la pequeña burguesía no consiste, pues, en contener el ritmo de la revolución, sino en acelerarlo. Cuanto más audaz y decidido se muestra el proletariado, más seguro puede estar de la colaboración de la pequeña burguesía o por lo menos de su neutralización.

VIII- La división de la Clase Obrera es, indudablemente, uno de los factores que se oponen más poderosamente a que se creen las masas pequeñoburguesas la sensación de fuerza invencible del proletariado. La unidad sindical -cuya ausencia, por otra parte, repercute desfavorablemente en la obra de organización socialista de la producción- constituiría un paso adelante al este sentido. Pero la burocracia reformista la sabotearía sistemáticamente por cuanto presiente que el movimiento sindical unitificado le escaparía de las manos para pasar a las de los elementos revolucionarios.

Impulsarla e imponerla constituyendo el deber ineludible de la Clase trabajadora. En el terreno político debían surgir los órganos de unidad adecuados a las circunstancias. A fines del 33 aparecieron las Alianzas Obreras, destinadas a desempeñar en nuestro país el mismo papel que desempeñaron los Soviets en la Revolución rusa. Dichas Alianzas demostraron su magnífica eficacia revolucionaria durante la Insurrección asturiana de Octubre de 1934. Formada por todos los Partidos y Organizaciones obreras sin excepción, la Alianza Obrera de Asturias demostró al mundo los prodigios de heroísmo y de iniciativa de que es capaz el proletariado unido. Pero la política del Frente Popular frustró aquellos espléndidos inicios, y nuevamente la Clase trabajadora marchó a la zaga de los partidos republicanos. Si las alianzas obreras no hubiesen sido liquidadas por los paladines de la colaboración de clases, los acontecimientos habrían tomado un giro completamente distinto. al que tomaron, y la hegemonía del proletariado habría sido afirmada indiscutiblemente.

Resucitarlas hoy sería un error, por cuanto corresponden a una etapa ya superada. Los Congresos, de Delegados de los Sindicatos obreros y campesinos, y de los combatientes son sustancialmente lo mismo que eran las Alianzas Obreras en la etapa anterior. En ellos debe basarse el Gobierno de la Clase Trabajadora, de ellos deben surgir los órganos de poder; ellos deben encarnar la unidad de acción de los trabajadores por encima de las diferencias que les separa en el terreno de la organización sindical y política. En ellos se basará la futura Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.

Ni la unidad sindical ni las Asambleas de Delegados Obreros, campesinos y combatientes excluyen la necesidad de la formación de alianzas entre los sectores de la clase obrera que coincidan en la concepción del momento y la actitud de la clase trabajadora. Al contrario, estas Alianzas están claramente dictadas por la situación.

En el caso concreto de nuestra revolucion se impone la constitucion de un Frente Obrero revolucionario, formado por la CNT, la FAI y el POUM, organizaciones que coinciden en el reconocimiento de la necesidad de cerrar el paso al reformismo, evitar el retorno a la situacion anterior al 18 de Julio, y de impulsar la revolucion proletaria llevandola hasta sus ultimas consecuencias. Un programa de realizaciones claras y concretas -hoy perfectamente posibles- deberia ser la base del Frente Obrero revolucionario, cuya formacion determinaria,indiscutiblemente,un cambio fundamental en la correlacion de fuerzas e imprimiria un poderoso empuje a la Revolucion.

IX- Uno de los argumentos predilectos empleados por los reformistas contra la revolución proletaria es el de que sería fatalmente ahogada por los países capitalistas. La clase obrera cometería un profundo error sin no contase con la probabilidad de una intervención armada extranjera contra la revolución española. Pero si el proletariado no pudiera lanzarse a la lucha revolucionaria decisiva más que en el caso de estar seguro de que esta intervención no iba a producirse, tendría que renunciar de antemano a toda esperanza de emancipación. Porque es evidente que el capitalismo internacional no podrá sistir pasivamente por espíritu de conservación, a la victoria del proletariado en ningún país del mundo.

El peligro de la intervención existe, y si el factor decisivo fuera el factor técnico militar, la derrota del proletariado podría considerarse como descontada. Pero hay un factor real e infinitamente más eficaz: la fuerza explosiva de la revolución. Triunfante en España, tendría una repercusión inmediata en los demás países, y muy particularmente en Italia y Alemania, a cuyos regímenes fascistas asentaría un golpe mortal.

La revolucion rusa fue la causa inmediata del hundimiento de los Imperios Centrales, hizo tambalear el régimen capitalista en toda Europa, y provocó un movimiento tan intenso de solidaridad proletaria internacional que contribuyó poderosamente al fracaso de la intervención. Las consecuencias de la Revolución española pueden ser no menos trascendentales. La victoria de la clase obrera de nuestro país modificaría inmediatamente, en favor del proletariado, la correlación de fuerzas en el mundo entero, dando un impulso decisivo a la revolución proletaria internacional.